

Camisa negra

MARCO AURELIO CHAVEZMAYA



LETRAS | NARRATIVA

Camisa negra

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

MARCO AURELIO CHAVEZMAYA

Camisa negra



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Camisa negra

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado
de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Marco Aurelio Chávez Maya, autor.

© Beatriz Álvarez Álvarez, albacea.

ISBN: 978-607-490-309-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/25/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Tengo la camisa negra
y debajo tengo el difunto.

JUANES

Libro primero

La conciencia de las tareas

El hombre entregó un par de trajes a la vieja de la tintorería y regresó al coche. Tras el volante, mientras encendía el motor, echó una última mirada a la mujer y pensó en su existencia, en la de ella, en qué clase de vida era esa de atender una tintorería, de recibir ropa ajena, mandarla a lavar y luego cobrar una comisión al cliente. Qué vida, se dijo, pasar los años tras un mostrador, regañando al planchador, un individuo siempre distinto, malhumorado y cretino. El semáforo cambió al rojo y el hombre se detuvo en la esquina. El pensamiento no lo abandonó: qué vida era ésa, una vida de mínima empresaria, con deudas seguramente, con un departamento en un edificio en el que las paredes son tan delgadas que todos los condóminos escuchan sus respectivos quejidos y miserias, quizá con hijas problemáticas, una ya embarazada en la preparatoria, otra mal

casada, el hijo en Estados Unidos y una carrera trunca. Qué satisfacción podría ella obtener de llevar una vida así. Pero a lo mejor, pensó el hombre, la vieja obtenía alguna alegría de servir a la clientela, de lavar, de asear su ropa y devolverla limpia. Quizá su mayor servicio era precisamente ése: ayudar a que sus clientes estuvieran bien presentados, elegantes, guapos, con la ropa impecable. Tal vez ésa era su principal satisfacción: hacer que la gente se viera bien. Y el hombre pensó que los trabajos modestos son modestos sólo en parte, que todos los oficios guardan en realidad una grandeza anónima, una gloria sin reflectores. Sí, se dijo el hombre, la señora de la tintorería, con su obesidad y todos los años encima, sabe eso, sabe que llegando el momento de saludar a la muerte, en el fondo de su corazón anidará la certeza de que su labor habrá sido una labor sencilla pero importante, nada ostentosa ni mediática, pero necesaria. Eso es la vida, se dijo finalmente: la conciencia de las tareas; la conciencia de saber que no hay trabajos desdeñables, que todas las tareas humanas conllevan una trascendencia, una utilidad.

El hombre recordó entonces el bulto que llevaba en la cajuela y pensó en su propio oficio, un oficio nada *desdeñable*, anónimo, sin reflectores, pero necesario. Quizá algún día, se dijo el hombre, mi jefe reconozca la sucia labor que yo hago para que él esté limpio, bien presentado, guapo, con la ropa impecable. Continuó pensando en esto mientras salía de la carretera y se internaba por un camino de terracería. Finalmente detuvo el coche. Enseguida caminó unos pasos y eligió un sitio conveniente. Durante la siguiente hora cavó un agujero de buen tamaño y se deshizo del cuerpo.

El fogonazo de la historia

Zapata bebe lentamente. La cerveza no está fría. Zapata bebe lentamente y mira el ayate con cervezas enviado por Guajardo. Con cada trago le vienen los recuerdos. Recuerda a la mula que no quería caminar y a la que él mordía las orejas para que se pusiera en movimiento. Recuerda los cuentos que le contaban al lado del tlecuil, que tu abuelito peleó contra Maximiliano en Cuernavaca, que tu otro abuelito fue custodio de armas de Anenecuilco. Zapata mira las cervezas y piensa en Guajardo. Guajardo, qué feo apellido. ¿Quién es ese hombre?, piensa y da otro trago. Aún le queda un resabio de desconfianza.

Zapata recuerda un día de hace muchos años en que hizo a su padre aquella pregunta dolorosa: “¿Por qué lloras?”. Y su padre dijo “Porque nos quitan las tierras. Los amos son poderosos”. Y Emiliano

se acuerda muy bien que le dijo “Cuando yo sea grande haré que las devuelvan”. Zapata se toca esa especie de manita que tiene grabada en el pecho y recuerda también el día en que lo nombraron calpuleque, líder comunal y presidente de la junta de defensa para seguir la lucha por la restitución de las tierras.

Zapata bebe con lentitud a la sombra de un árbol en esta mañana de abril. Un día igual de soleado, pero de hace nueve años, en mayo de 1910 para ser más precisos, Zapata armó a ochenta hombres de Anenecuilco y se los llevó a los campos del Huajar, expulsó a los hombres de la hacienda del Hospital. Emiliano recuerda eso y sonríe. Y no puede olvidar que en marzo de 1911 los jefes más importantes del ejército libertador del sur le otorgaron el mando. Y Zapata emprendió la lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz, uniéndose al antirreeleccionismo maderista. Una de sus primeras acciones fue la toma de Cuautla. Miliano recuerda esa batalla y bebe la cerveza que se está entibiando. Se acuerda de Pablo Torres Burgos, el profesor, cómo olvidar a Pablito, a don Pablo, si con él se fueron a la ciudad de México a entrevistarse con el señor Madero, y recuerda que a don Pancho le dijeron en algún momento: “Estamos buscando que se cumpla el artículo tercero del Plan de San Luis Potosí, que dice que hay que regresarle sus tierras a las gentes que han sido despojadas”.

El señor Madero. Pobre hombre. Tan bueno, tan ingenuo. Zapata bebe de su cerveza y recuerda el llanto de Villa ante la tumba de Madero. Zapata sonríe al recordar aquel diálogo con el mártir: “Mire, señor Madero, si yo, aprovechándome de que estoy armado, le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos volvemos a encontrar los dos armados con igual fuerza, ¿tendría usted derecho a exigirme su devolución?”.

Emiliano da un trago prolongado a su cerveza. Y de buenas a primeras recuerda los jaripeos, las corridas, las peleas de gallos, esa vida de charro en tiempos de paz, en la que siempre fue bueno para el machete, el rifle y la pistola. Zapata, corazón grande, corazón de tierra. Zapata enamorado de las mujeres. Galán. Su mirada se pone vidriosa, pero no de dolor, sino de acordarse de cuando conoció a Josefa, a Josefita Espejo, de los recaditos en el sombrero y de las serenatas acompañado de la banda de Torres Burgos. Emiliano recuerda con una sonrisa lo que decía su suegro, don Fidencio, a su hija Josefa: “Emiliano no te conviene; es un verdadero barrendero, jugador, mujeriego que no tiene ni burro que montar”. Pero muerto don Fidencio se casaron en la casa de Villa de Ayala. Fue un día de agosto de 1911. Y allí estuvieron presentes don Francisco Madero y su señora doña Sara, en calidad de padrinos.

Agosto siempre fue un mes importante en la vida de Zapata. Él nació un 8 de agosto; se casó en agosto de 1911, y nunca lo sabría, pero su mujer Josefa murió también un 8 de agosto.

Pero hoy es un día de abril, 10 de abril de 1919 para ser más precisos, y Emiliano bebe rápido, antes de que la cerveza termine de entibiarse. A su lado, el Mole, también llamado Ceferino Ortega, bebe sin hablar. No han desayunado y las cervezas empiezan a hacer su labor en las entrañas de Zapata. El ayate de cervezas mengua y Zapata ordena al Ranchero que vaya a Chinameca y le diga a Guajardo que mande más cervezas, aprovechando que lo de la presencia de tropas federales fue un simple rumor. Con las cervezas últimas del primer ayate, Zapata recuerda a sus hijitos muertos y se pone a llorar como un niño. Tan chiquitos su Felipe y su Josefa, tan mordidos por la vida del monte, tan mordidos por la muerte, tan pequeños que no

vivieron para contar nada. Los ojos de Emiliano son de agua pura, tan claros como los recuerdos. Emiliano recuerda también llorando a sus otros muertos, tan infinitos, a su hermano el Ufemio y a su primo el Amador.

A Eufemio Zapata dicen que lo mató Sidronio o Celerino, a quien llamaban el Loco, que porque Eufemio había golpeado al padre de aquél, despedazándole el cráneo. Eufemio murió por una venganza en 1917. Amador murió por una bala perdida un año antes. Pero Emiliano llora a los dos, y llora por todos sus muertitos. Llega un nuevo ayate de cervezas por parte de Guajardo. Guajardo, qué apellido tan feo. ¿Quién es, verdaderamente, ese hombre?, se pregunta Zapata y no atina a contestarse. Dizque un melitar enojado con su antiguo jefe, a quien le dicen la Hiena González. Y Zapata, con un resabio de duda, de incertidumbre, mandó decir hace días a Guajardo que para quedar convencido de su alianza leal, que hiciera el favor de fusilar a Victoriano Bárcenas, un cabrón que en los últimos tiempos había dejado un reguero de destrucción y muerte por todo Morelos. Guajardo no lo dudó ni tantito y mandó fusilar a Bárcenas y a cincuenta y nueve de sus hombres, todos carrancistas. Zapata estaba casi casi convencido.

Acabado el segundo ayate de cervezas, Emiliano manda traer otro, pero Guajardo contesta que mejor se presente el general en la hacienda de Chinameca, para atenderlo como se merece y ofrecerle los honores debidos.

Vamos a ver al coronel, ordena Emiliano, que vengan nada más diez hombres conmigo. Y Zapata monta en el As de Oros, el caballo alazán que el propio Guajardo le ha regalado apenas el día anterior, en Tepalcingo. Mientras se dirigen a la puerta de la casa de

la hacienda, el jefe suriano continúa abrumado por los recuerdos. Detrás suyo queda el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. Mientras Zapata y los diez que lo acompañan van hacia Chinameca, recuerda el encuentro con Villa en Xochimilco y la buena cabalgata que pegaron para entrar a la ciudad de México. Emiliano se acuerda de Villa, ese hombretón sonriente, colorado, medio burlón. Jamás en su vida había visto Emiliano tanta gente civil, miles de pañuelos, miles de mirones, “Como nunca se había visto”, le dijo entonces Villa.

Mientras cabalga Zapata hacia Chinameca, recuerda que su hermano Eufemio agarró de caballerizas algunos salones de Palacio Nacional. Pero de entre los recuerdos más poderosos que encabritan el ánimo de Emiliano está el del banquete y, sobre todo, el de la silla presidencial. Eufemio, su hermano, pensaba que se trataba de una silla de montar.

Cuando la conoció, allí en ese gran salón, a Emiliano le pareció el trono de un papa, de un cardenal, con sus doraduras y su hoja de oro, como el cuerpo de un santo, con su terciopelo rojo, como las vestiduras de un santo, de un cristo. Y las preguntas, como cantilenas, ¿qué es una silla presidencial?, ¿qué poder emana de ella? Zapata recuerda aquel banquete en Palacio Nacional, y que en algún momento, a la entrada, se le acercó el licenciado Vasconcelos y le dijo que por favor fuera tan amable de dejar su guardia afuera, que no era necesaria, pero él, Zapata, no olvida que, sin responder al licenciadito, al relamido Vasconcelos, ministro del presidente provisional Eulalio Gutiérrez, ordenó a su guardia entrar y ponerse a su espalda. Desde luego, no olvida a toda esa gente fufurufa que poblabla las mesas, ni a los fotógrafos y camarógrafos que no perdían

detalle de la manera en que Villa le hincaba el diente a la comida o la manera en que él, Emiliano, se relamía los famosos bigotes.

Y el recuerdo de Zapata, mientras cabalga en el As de Oros rumbo a Chinameca, insiste en la silla presidencial. Su recuerdo es tan vivo que parece que lo está viviendo de nueva cuenta.

Zapata, discreto, reconcentrado, entra al salón.

—Siéntate, Zapata —le dice Villa.

—No, mi general, eso no —responde Zapata—, eso le corresponde a usted.

—Bueno —dice Villa—, entonces con permiso. Mientras que toman la foto, estaré sentadito aquí.

Así que Zapata mira al fotógrafo que se dispone a tomar la foto y, cruzando la pierna izquierda, coloca el sombrero sobre la rodilla, a continuación se inclina un poco a la derecha, descansa el brazo sobre el brazo de su asiento pero roza el descansabrazo del asiento de Villa, de la silla todopoderosa, y toca el propio brazo izquierdo de Villa que se sienta exultante en la silla presidencial.

Eso fue el 4 de diciembre de 1914, piensa Zapata. Eso fue lo más cerca que estuve de la silla, se dice entre dientes, eso fue lo más cerca que estuve del poder. ¿Qué es el poder?, se pregunta mientras su caballo regalado trotaba hacia Chinameca. ¿Y si me hubiera sentado, qué?, se vuelve a preguntar. Y no sabe qué contestarse. Él, que vivió entre su gente y junto a su tierra, no acierta a entender el poder que puede representar un objeto.

Yo era un chamaco, diría años más tarde su hijo Nicolás (uno de los hijos que tuvo con Inés). Yo soy el niño más pequeño que se asoma para salir en la fotografía del lado izquierdo.

Hoy es 10 de abril de 1919 y Zapata está cada vez más cerca de Chinameca. La guardia uniformada, gente de Guajardo (Guajardo, qué feo apellido), parece preparada para hacerle los honores. “El clarín toca tres veces la llamada de honor, y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta”, Zapata ve claramente el fogonazo, pero no es el fogonazo del fotógrafo aquel diciembre de 1914 en Palacio Nacional que los retrató a Villa en la silla y a él a un lado, sino el fogonazo de la traición, el fogonazo de la muerte, el fogonazo de la historia.

Vuela vuela, palomita,
vuela vuela al pedregal.
Explícame cómo el traidor
que mata a Miliano Zapata
recibe grado de general
y cincuenta mil pesos de plata.

El invierno conversa con los muertos

Nessun dorma!

Turandot, acto 3

Un pensamiento aceitado pero frío, tan danza sobre hielo. Entonces él vuelve al lecho a decirle a su mujer que los caballos de la aurora se llaman así y asado. Ya lo sabía, mi amor, murmura ella con los ojos ocultos. Luminosas crines en el espinazo del oriente. La serranía. Y luego las campanas a esa hora de la mañana. ¿Con quién conversan las campanas? Y los pájaros. Pero sólo en el silencio que habita en su frío pensamiento pueden escucharse las conversaciones: los pájaros, los perros, los cohetes a lo lejos, el camión cisterna, el primer pregón del fierro viejo, el vuelo de las palomas, y, claro, también las campanas. Todo objeto y todo animal conversa consigo mismo y con su semejante. No son ruidos del día. Son conversaciones. Pero no el gallo. En el pensamiento aceitado pero frío el canto del gallo no es conversación, es anuncio, aviso, culminación. El hombre

hace a un lado la cortina y se asoma una vez más. Y una vez más vuelve a decir que los caballos de la aurora... Ya lo sé, mi amor, dice ella, mira, ven a acostarte otro rato. La capa blanca sobre el toldo, sobre el parabrisas, comienza a deshacerse en vapores delgados, en delgadísimos riachuelos. Y el coche sonrío de frío allá afuera. Y las llantas temblando, conversando.

Él no pudo dormir. Otra vez no pudo dormir. *Nessun dorma!* Que nadie duerma. Pero sólo él no duerme. El cuerpo insomne. Y tiene el pensamiento blanco, tan joqui sobre hielo, aceitado pero frío. ¿En qué piensas, corazón?, dice ella. Ven, métete en la cama un ratito, te vas a congelar. El invierno no nos quiere, piensa él. ¿Con quién conversa el invierno?, se pregunta. ¿Tú sabes con quién conversa el invierno?, le pregunta. No, mi amor, no lo sé, dice ella en un susurro. El deshielo: qué gran mugido del día. La vaca bajo el primer sol conversa con el señor del pan. Mugido, claxonazo: conversación. ¿No pudiste dormir, verdad? Ya no pienses. Olvídate de todo. Vamos a conversar, dice él. ¿De qué, mi amor?, por favor, olvídate de todo. Conversemos. Todas las cosas conversan, ¿no lo sabes?, los animales también. ¿Oyes a la vaca? Un motor despierta a cincuenta metros. Otro se acerca, se detiene, en la mediana lejanía: el perifoneo de las naranjas, cincuenta naranjas por veinte pesos, y en las pausas, la música. Los Tigres. Todavía es temprano, ven a acostarte, dice ella suavemente, ya no pienses, duerme un rato. Él no la oye. Sólo escucha su pensamiento, tan frío, tan cálculo blanco y relojería, tan aceitado pero frío, tan joqui sobre hielo. ¿Así que de eso se trata todo esto?, piensa él. Durante toda la noche lo ha pensado. Minuciosamente. Durante varias noches. ¿Cuántas? ¿Y cómo escapar? ¿Cómo salir?

La bugambilia se deshiela. Las flores muertas sudan frío, inútiles y mudas. Las plantas y flores muertas escuchan al invierno. ¿Pero y las moscas en la ventana? ¿Y esa abeja zumbando solitaria, perdida? ¿Y esa brevísima mariposa blanca conversando con las flores silvestres, vivas todavía, latiendo, frente a la casa? ¿Con quién conversa el zumbido de la vida?, se pregunta él. Está enfermo, se dice ella en el último sueño, ese hilacho de sueño que conversa deshiladamente con el aire tibio de la almohada: la inconsciencia postrera. ¿Estás despierta? Conversemos. Estás enfermo, mi amor, yo te entiendo, dice el retazo, el mínimo trapo de sueño. Yo te entiendo. Pero él conversa consigo mismo. ¿Así que de eso se trata todo esto? ¿Y no hay remedio, sino seguir, seguir, como peones, siempre hacia delante? Conversemos, por lo menos conversemos. Él piensa que acaso en las palabras pueda hallarse cierta remisión, un cierto consuelo, una miel, un aplazamiento ante esa inexorable síntesis a que ha llegado su pensamiento, su aceitado y frío pensamiento, cocinado a lo largo de la noche, de las noches. Pero, ¿no son las noches todas iguales? Y este deshielarse y los pájaros y los mugidos, ¿no son los mismos signos con que inicia su respiración el día? Y el motor del corazón y el motor del tiempo, ¿no nos conducen por los mismos senderos habituales, por las mismas veredas de siempre? ¿Para qué dormir entonces, si además el canto del gallo no es conversación sino aviso, anuncio, culminación?

Cincuenta naranjas por veinte pesos. Y luego, entre pausas del perifoneo, la música. Los Tigres. Su pensamiento danza sobre el hielo aceitado. Debe tomar su medicina, la voz de ella se sueña en el deshielo, en el retazo. Ella despierta. Debes tomar tu medicina, mi amor. Corazón. Conversemos. Pero, ¿qué quieres que te diga? A cincuenta

metros el herrero inicia su charla con el hierro. ¿Qué te dice el fuego, oh, rojo y blando y dulce hierro? Clang-clang-clang. Ave María. Su mujer se persigna. En el nombre del padre. Ven, mi amor, déjame persignarte. Verás que hoy te sentirás mejor. ¿Y de qué sirve todo esto? Su pensamiento es aceite blanco, muy joqui sobre hielo. Y se desplaza. Él se desplaza sobre sus pantuflas heladas y entra al baño. En el espejo sus ojos quietos, casi blancos, en silencio. Y la barba que crece y crece. El filo cotidiano. Y el agua como lengua de tiempo que arrastra todo lo que lame. El agujero del lavabo. El tiempo. El breve olvido. Y mañana será otra barba. Y después otra. Y otro filo. Ven, mi amor, toma tu pastilla, dice ella, cariñosa, y esta otra pastilla también, mi amor, verás qué bien te hacen. Afuera las arañas se deshuelan. Los ratones entumidos se deshuelan. Sólo el invierno conversa con los muertos. ¿Sabes cómo se llaman los caballos de la aurora? Sí, mi amor, verás que hoy estarás mejor, cada amanecer es un triunfo, cada día es un triunfo, mi amor. ¿Así que de eso se trata todo esto? He visto el amanecer, piensa él (¡que nadie duerma!), esas pálidas crines en el espinazo de los montes, y él se acuerda nuevamente de aquella canción: *quando la luce splendorá!* Y esto es así entonces. El triunfo de la luz. Una melodía que se repite y se prolonga, y que al día siguiente insiste en repetirse siempre igual. Las pálidas y rosáceas crines en el lomo del oriente. Una melodía blanca. Infinita. Y su pensamiento tan frío, tan joqui sobre hielo. ¿Así que de eso se trata todo esto? Una sola melodía pertinaz, inextinguible, insuperable. Clang-clang-clang. ¿Quién es? Son las herraduras de los caballos que arrastran el carro de la aurora. Basta ya, señor herrero, deje en paz al dulce y blando y rojo hierro. Nada hay para forjar en esta tierra. No hay tal triunfo de la luz. ¿Con quién conversa la luz? ¿Sabes

con quién conversa la luz? No, mi amor. Con los insectos. ¿Por qué no duermes un ratito? ¿Y después? Y después te doy tu desayuno, jugo de naranja —cincuenta-naranjas-por-veinte-pesos— y café y el pan de amasijo que te gusta y carne, te doy un beso, te doy todo mi cuerpo, ella piensa en decirle toda esta retahíla, pero no puede. Las lágrimas brotan y brotan, como una melodía. Cascada. Sí, quiero dormir, conversar con los sueños, dice él, pero al despertar ahí estarán nuevamente los caballos. Sí, mi amor, los caballos son un triunfo para ti. Cincuenta naranjas... El perifoneo, y en las pausas: la música: Los Tigres. La melodía no cesa nunca. Me duele la cabeza, dice él. Acuéstate, mi amor, ¿por qué no te bañas? Pero el agua está fría, incluso la luz está fría. La mañana lentamente se deshíela. La abeja solitaria ha encontrado la puerta abierta de una flor, zumbido, toqueteo, conversación. En su cabeza el dolor conversa consigo mismo. El dolor. El Dolor. Cierra los ojos, mi amor, cierra los ojos, ¿quieres que te frote las sienes?, duerme, verás que al rato estarás mejor, deja que te haga efecto la medicina, ya no pienses. He ahí el mugido. La melodía. Los caballos relinchan, resuenan los belfos. El deshíelo. Las gotas frías. La melodía. ¿Sabes con quién conversa el invierno? No, mi amor. El invierno conversa con los muertos. Ya no pienses, corazón, duerme, cierra los ojos, ven, acuéstate. Pero su pensamiento danza, tan frío, tan aceitosamente frío, tan joqui sobre hielo. ¿Así que de eso se trata todo esto? Ella en el baño. Y sus lágrimas en el espejo. ¿Cuánto ha durado el dolor?, se pregunta, ¿con quién conversa el dolor?, se pregunta. Con él, conversa con él. Y con mis lágrimas también, eso piensa ella, con los ojos inundados.

Él, acostado, cierra los ojos. Pero escucha el trote, el jugueteo de las cabalgaduras. ¿Así que de eso se trata todo esto? ¿Y cuándo

parará? Da vueltas en la cama, se aprieta las sienes. Y, sin embargo, su pensamiento sigue frío, tan joqui sobre hielo. El tiempo, oh, señor, horno cabal donde se gratinan los relojes. Piensa. Su pensamiento se desliza blancamente sobre el hielo: así que de eso se trata todo esto, de jugar a las luces y a las sombras, al sueño y a la vigilia, de abrir las ventanas para que humedezcan sus belfos los caballos, de levantarse, de agradecer el regalo de la luz, de colocarse el hombro derecho, el que carga a los amigos muertos y enseguida el otro, el que lleva el portafolios con los libros del diario, de ajustarse los brazos, que sirven lo mismo para el trabajo que para el abrazo a los niños que marchan a la escuela, de colocarse las piernas para andar en círculos por la idea de vivir la misma vida de ayer, de enderezarse la corbata y la columna vertebral para que el saco parezca un señor decente, de besar a la esposa en la pátina esquinera de los labios, de salir otra vez al lodo de la calle, al quehacer verdadero de los sapos. ¿Con quién conversan los sapos? ¿Con quién tienen conversación los pensamientos cansados? ¿Con quién conversan los huesos perdurables de los caballos? Clang-clang-clang. La maquinaria. Veinte naranjas por mugido. La música. El perifoneo. El canto del gallo: cancelación, aviso, claudicación... Me duele mucho, dice él en un susurro. Ay. Corazón. Ella también sufre. Sólo los espejos de la casa saben cuánto dolor se ha acumulado en el azogue. Toma otra pastillita, mi amor, y una más, anda, mira qué dulces están, verás que al rato no te dolerá. ¿Sabes con quién conversa el Dolor? No, mi amor, ¿con quién? El Dolor conversa con mi dolor. Dime palabras, lo que tú quieras. ¿Qué puedo decirte?, mejor duérmete un ratito. Dormir. Dormir. Pero todavía el dolor no conversa con el sueño. *Nessun dorma!* Dame otra pastilla. Y una más. Por favor. El jugo de naranja es delicioso. Toma

lo que quieras, mi amor, tómame si quieres, ¿quieres café, el pan de amasijo que tanto te gusta? Dame un beso. Sí. Corazón. Sí.

¿Sabes con quién conversa el tiempo? No, mi amor, no sé. ¿Sabes con quién conversan las luciérnagas insomnes? No, mi amor, duérmete ya. Por favor. ¿Oyes la vaca bajo el sol? Sí, la oigo, corazón. ¿Sabes con quién conversa el herrero? —clang-clang-clang—. Con las herraduras de los caballos. Cierra los ojos, un ratito, sólo un rato, duerme, mi amor, duerme, verás que al rato estarás mejor, ya no pienses. ¿Sabes cómo se llaman los caballos de la aurora? No, mi amor, ¿cómo se llaman? Yo tampoco lo sé. Pero él se lo dice a sí mismo, se lo dice en silencio: se llaman tiempo, llanto, luz, desmemoria, melodía, maquinaria. ¿Y sabes con quién conversa el invierno? No, mi amor. El invierno conversa con los muertos. El tiempo: horno donde se gratinan los relojes. Afuera la melodía. Inacabable. Los caballos resoplan. Ella le besa los párpados. Beso tibio y amargo. Él cierra los ojos. Él quiere conversar a solas con sus sueños. Lo que quieras, mi amor. Tranquilo, su pensamiento blanco, frío, tan frío, tan aceitosamente frío, tan joqui sobre hielo, se detiene con el canto del gallo. Afuera los caballos sacuden las crines, las temblorosas crines. Ella le cierra los párpados con otro beso. El deshielo. La melodía. El invierno conversa con los muertos.

Reconstruir el paraíso

—Abuelo, ¿cómo era el sol cuando eras niño? —preguntó Primo.

Como en otras ocasiones, las palabras del nieto tomaron por sorpresa al viejo alfarero y éste no supo qué responder. Primo hundía un fragmento de arcilla en la concavidad del molde, se apoyaba en una esquina de la gruesa plancha de tablones sobre la que el propio viejo amasaba delicadamente una bola de barro, con la que se disponía a modelar el mundo. El sol de las ocho de la mañana estriaba de castaño y verde los ojillos curiosos del niño.

No sólo entraba el sol por el balcón abierto hacia el oriente, también los pájaros. Su canto. Desde las seis de la mañana el viejo trabajaba sobre la mesa y ahora la estructura del árbol de la vida estaba terminada y la decoración edénica en marcha. Primo había terminado el sol y la luna y ahora elaboraba las hojas y las flores en

sendos moldes, mientras su abuelo emprendía, a pulso, las figuras de Dios padre abrazando el mundo y el arcángel con su espada flamígera. Después vendrían los animales, Adán y Eva, la serpiente, los frutos. El paraíso empezaba por la parte superior: el sol, la luna, el Creador. El viejo colocó, pues, la esfera que simbolizaba al mundo entre los brazos de Dios padre; enseguida adornó la figura con un hemisiclo de nubes y rayos y así completó al personaje.

En ese momento ascendió el grito del arriero: “¡Hay morillos y leña!”. El niño corrió al balcón. “¡Buenos días!”, volvió a gritar el hombre, “¿no compran leña?”. Primo contestó el saludo y la pregunta con un movimiento negativo de la mano y observó, como siempre, el par de líneas que uno de los burros, el de los morillos, dibujaba en el camino de tierra. Volvió a sus moldes y preguntó a su abuelo:

—¿Los burros no saben nada, abuelo?

El viejo miró con intensidad y azoro el rostro del niño, pensó en el prodigio que bullía en esa mente de diez años, y no encontró en su propio interior nada que tuviera apariencia de respuesta. La madre de Primo asomó por la escalera y anunció que ya estaba servido el desayuno. Su nuera era habitualmente una presencia salvadora.

El alfarero vivía con mujer, nuera y nieto. El hijo mayor, el padre de Primo, trabajaba en la tortillería más grande de Los Ángeles, California, y la hija menor gastaba su soltería en una vaga oficina del ayuntamiento de Toluca, ciudad donde también vivía.

Doña Lucina, la mujer del alfarero, mencionó durante el café con leche que, mientras compraba el pan en el amasijo de don Pablo, se enteró de que había muerto la noche anterior la mamá de los

Jiménez, los albañiles que vivían frente a la capilla del barrio. La estaban velando en la calle, bajo la misma lona amarilla que rentaban para las fiestas.

Para confirmar la noticia, en uno de esos relámpagos de coincidencia que ofrece el cielo del azar, dos vecinas tocaron a la puerta. Una de ellas llevaba un plato en las manos, como una ofrenda, con hojas de romero y un otero de monedas. Doña Lucina agregó veinte pesos a la limosna que ayudaría a pagar la misa de la difunta.

—¿Por qué no le hacemos una misa al Negro? —propuso Primo, quien estaba seguro de que su perro, después de quince días de ausencia, ya estaba muerto.

—Todavía puede regresar —dijo el abuelo.

—Andará de vago —añadió la abuela.

“Contra la muerte, la vida”, se dijo el viejo y, después del desayuno, volvió a su taller y a su árbol, en el piso superior.

El niño anunció que saldría a dar una vuelta en bicicleta, a ver si, en efecto, veía al Negro por ahí.

La casa se erguía en una loma, en un mirador natural. La del alfarero era una de las doscientas casas del barrio de Santa Ana. Las viviendas, algunas con tejados de dos aguas y otras con losas de cemento, formaban filas o columnas desperdigadas y, junto con los sembradíos y calles empinadas y mal trazadas, componían un tapiz irregular. Al oriente, en el llano, empezaba el pueblo que la gente llamaba Pueblo Nuevo.

La casa, pues, estaba ubicada en las alturas y formaba esquina. Era, en general, un buen lugar para vivir y trabajar. El recinto que ocupaba el taller era nuevo. El sitio anterior, en la parte baja de la casa, lo había cedido el viejo para que la nuera estableciera

una pequeña tienda que incluía abarrotes, un elemental surtido de artículos de papelería y dos computadoras con servicio de internet. El viejo había estado renuente a ceder el cuarto de su taller para poner computadoras, pero finalmente su mujer lo convenció. El dinero para acondicionar el establecimiento provenía del hijo ausente. Hacia la calle estaban orientadas la tienda y la entrada de la casa, así como las dos ventanas de la sala-comedor. Al norte daban las ventanas de las recámaras. En el interior, el patio de ladrillos, con pileta y lavadero, y en las orillas un surtido abundante de bugambilias, rosas de castilla, geranios, ojos de pájaro, hiedra, y macetas con ruda, hierbabuena, hinojo y otras plantas medicinales; al fondo, una cocina de humo, el gallinero y, traspassando una puerta de madera, el huerto: ciruelos, una higuera, dos capulines, un tejocote y violentas y jugosas nopaleras pegadas a las bardas de adobe que delimitaban la propiedad. Atrás de ésta se encontraba la milpa del viejo, media hectárea, que rentaba a un pariente de Pueblo Nuevo.

A las once de la mañana, de las curtidas manos del viejo nacía, finalmente, después de varios intentos, el cuerpo del arcángel. En ese momento le vino el mareo. Esta vez tuvo que sostenerse con fuerza de las esquinas de la mesa. Tres esta semana, pensó, y sacudió la cabeza. Los vértigos iban creciendo en intensidad y el hombre entendió, con esa certeza que sólo dan siete décadas y media vividas dentro del mismo pellejo, que se acercaba la hora de su muerte. Cada vez le costaba mayor esfuerzo el modelado en barro, la hechura de rostros y cuerpos diminutos por la concentración que exigía. Algunas veces el viejo soñaba que moría a mitad del sueño. Eso lo llenaba de inquietud: cerrar los ojos por la noche y no volver a

despertar. La idea de un trabajo inconcluso lo ofendía. Pero, en todo caso, su arte y su destreza no menguaban: la espada flamígera tenía el aire de una amenaza sutil y, sin embargo, despiadada.

Eva parecía inaccesible y el viejo la dejó en paz por el momento. Entonces formó a la serpiente y la enroscó en el tronco central. Pegó flores y frutos. Modeló una jirafa y un gallo. Por la calle pasaba el afilador con su música de labios. El viejo se preguntó, con una sonrisa, si la espada del arcángel requería una última afilada. De sus manos brotaban leones, palomas. Se escuchó el perifoneo de la vendedora de pollos del día. Adán resultó menos difícil. Pasó el vendedor de fruta, cincuenta naranjas por veinte pesos. El viento trajo de pronto sonidos de una campana y el susurro de un tractor: el alfarero supo al mismo tiempo de la misa de la difunta y del pariente que había empezado el barbecho de la milpa rentada.

En el patio el agua entonaba su canción sencilla. Nuera y suegra se daban tiempo para atender el negocio y lavar la ropa. Se daban tiempo para lavar y cocinar la prisa. Un rato más tarde, cargada de cubetas, apareció la mujer del alfarero por la escalera de caracol, y el viejo la ayudó a subir la ropa lavada a la azotea, en tanto la nuera atendía la venta.

Era sábado. La primavera respiraba tranquila y el aire se columpiaba, verde y azul, entre los cables y los trinos.

En la azotea, mientras la mujer colgaba la ropa en los tendedores, el alfarero se puso a observar el paisaje. A partir de la construcción del cuarto que albergaba al taller, él subía y destinaba unos minutos cada día a esta tarea. El viejo encaminó la mirada hacia el norte, donde se perfilaba la sombra oscura de La Teresona, el antiguo lugar sagrado de los matlatzincas. Al pie de éste, la ciudad de

Toluca apenas se distinguía entre la bruma, una falsa bruma hecha de polvo y humo y tiempo.

Y entonces, por primera vez en el día, dirigió los ojos a la mancha del incendio. El incendio estaba ahí, dos kilómetros al norte. Blanco y amarillo. Refulgente. No fue un simple vistazo sino que lo observó con parsimonia, como se observa una tormenta inevitable. El incendio se acercaba y nadie parecía darse cuenta. El viejo se echó el sombrero hacia atrás, secó el sudor de su frente con un paliacate rojo, y se preguntó, como cada día, cuánto tiempo tardaría el incendio en quemar su paraíso con sus flamas de cemento.

Su mirada se distrajo enseguida con un colibrí que se desplazaba lateralmente frente a los surtidores verdes y amarillos de las flores del maguey. Eran dos colibríes: el segundo atacaba las flores de una palma real. Palmas y magueyes florecían en el bordo del terreno a la izquierda de la casa del viejo. Esta milpa, cultivada todavía el año pasado, ahora ofrecía un semblante de surcos endurecidos y marañas de hierbajos secos que la quema de los sembradíos colindantes no había alcanzado. En el lindero crecía también una nopalera en cuyas pencas altas verdeaban tiernísimos nopales. En una esquina, en la banda opuesta, a la sombra de dos palmas, dormitaba sobre un lecho de zacate el becerro de Benedicto, el tabiquero.

El viejo contempló las milpas a su alrededor. En algunas era evidente el barbecho y el paso de la rastra; otras solamente ofrecían los poderosos terrones de arcilla como entrañas abiertas al sol. Dos propiedades más allá, hacia la torre de telefonía, podía verse una mula arrastrar una sembradora mecánica; detrás de ésta caminaba un hombre de sombrero blanco que frenaba a la mula al final de cada surco con una “o” prolongada y amorosa. La otra actividad

agrícola visible a esta hora pálida y agobiante del día la efectuaba el pariente del alfarero, que iba y venía con el tractor, abriendo la tierra con los discos de metal. El viejo se asomó a mirarlo, el hombre lo identificó y zarandeó el brazo a manera de saludo. El viejo devolvió el gesto. Detrás de la máquina, entre el polvo, danzaba un quinteto de grullas que picoteaban la tierra franca en busca de gusanos.

—Esos animales son malos para la tierra —dijo doña Lucina y el viejo estuvo de acuerdo. Pero no tenía la voluntad de espantarlos.

El viejo sintió una blanda palmada. Era Primo, que había subido y ahora los conminaba a mirar hacia la nopalera. Entre los nopales añejos, pegados a la tierra (sobre algunos restos insomnes de unicel y polietileno), brincoteaba la comadreja con un ratón entre las fauces: el cuerpo alargado, marrón y canela, corrió sobre los ásperos surcos rumbo al sauco verde y enorme donde era un hecho que había construido su madriguera más reciente. La comadreja era el secreto de la familia. Durante meses la habían visto ir y venir por los alrededores y admirado su tenacidad para cambiar su escondrijo y adaptarse a las transformaciones del suelo.

El niño y el viejo deambulaban por la azotea. Uno de los colibríes se afanaba nuevamente en las flores blancas de la palma.

—Me gustaría ser colibrí —dijo el niño—. ¿Sabes para qué, abuelo?... para estar comiendo dulce todo el día.

Por la calle pasaba don Rutilo con su carrito de mulas cargado de alfalfa. Las palomas volaban en familia. Una golondrina tijereteaba el aire. Más arriba un zopilote afinaba, escrupuloso, su anillo y su descenso. Se escuchó un grito desde el terreno de enfrente. “¡Primo!”. Era uno de sus compañeros de la escuela. Ese terreno era comunal y el ayuntamiento lo había encementado para

acondicionar una cancha de basquetbol y futbol rápido en el mismo espacio. Alrededor de la cancha, el bordo de pasto seco apenas empezaba a verdear; no así las chicalotas que lo poblaban radiantes y en las que zumbaban golosas las abejas.

—¿Cuándo cortarás las flores? —preguntó doña Lucina.

Se refería al corte anual de las flores de la palma y del maguey (estas últimas tenían por nombre galumbos, según algunos vecinos) con que ella luego preparaba tamales, mezclando las flores con carne de cerdo, o bien tortas en chile verde, o quesadillas.

—Mañana —dijo el alfarero, y siguió mirando su paraíso.

Doña Lucina, terminada su labor, bajó de la azotea. Los tenderos flameaban de ropa limpia, como banderas de todos los colores, como oraciones budistas por la paz del mundo. El viejo echó una última ojeada al panorama. Primo cruzaba la calle rumbo a la cancha, con el gato de la casa en brazos. Al verlo, diversos perros comenzaron a ladrar y el gato saltó, regresó y entró corriendo a la tienda. El viejo miró allá abajo, a doscientos metros, los camiones que trabajaban en la mina de barro y el humo blanco de las ladrilleras. En ese momento, por la calle que llevaba a Pueblo Nuevo, apareció la figura de Benedicto que subía trabajosamente la cuesta.

Era sábado. En la calle se oyó el pregón del zapatero remendón.

Benedicto era viudo. Sus hijos trabajaban con él en la ladrillera. Cada sábado subía a tomarse con su amigo el alfarero una copa de licor de hierbas que él mismo preparaba. El viejo salió a recibirlo. En el huerto tomaron asiento, como de costumbre, a la sombra de los ciruelos. Algunas veces hablaban del cacomixtle que cazaron juntos, muchos años atrás, en el ocotal; de los tlacuaches al horno que preparaba la madre del alfarero; en otras tardes hablaban de su

infancia, es decir, de lo mismo de siempre: del tiempo de antes, tan largo como los maizales.

—Ayer vi un cenizontle en la barranca —dijo don Bene, de pronto—. Me tocó cuidar al becerro... ¿De qué color es el perro de tu nieto, el que anda desaparecido?

—Negro.

—Había un perro negro tirado en la barranca..., gordo de gusanos. Entonces apareció un cenizontle, estaba en una retama, bajó y se paró en la panza del perro y empezó a picotear los gusanos que parecían granos de arroz. Más despuecito volvió a la retama y empezó a cantar.

El viejo alfarero pudo ver en su cabeza la imagen del pájaro picoteando el vientre putrefacto del perro. Don Bene no fue capaz de explicar los cantos del cenizontle. Pero dio a entender que si hubiese un dios de los pájaros seguro cantarían como él. Y no habló más. Pero después de media hora de estar bebiendo pequeñas porciones del licor verde, de escuchar el lenguaje del huerto y hablar de otras cosas, suspiró y dijo:

—Bueno, vamos a darle gusto a la tripa, patrón.

—Sí, ya es hora.

Al terminar de comer, el alfarero se empecinó en el cuerpo de Eva. Al cabo de tres horas concluyó no sólo la figura femenina, sino todo el árbol de la vida. El viejo había encendido un rato antes la luz eléctrica. De la tienda ascendió un grito:

—¡Abuelo, el becerro de don Bene se metió al internet!

El viejo pensó en esa imagen absurda, en el becerro parado mansamente en medio de la tienda, mirando las pantallas de las computadoras. El viejo pensó en sí mismo y sonrió. Al simpático alboroto se sumaron unos ladridos. El nieto subió a toda prisa para confirmar el aviso. Tras él venía el gato, enloquecido, que cruzó el aire del taller y, en su intento por alcanzar el balcón, rozó un extremo del árbol fresco y éste se ladeó; el viejo alargó el brazo para sujetarlo pero, con su movimiento apresurado, lo empujó aún más y el árbol se volcó, partiéndose en dos. El trabajo de ocho días estaba en el piso. El mundo se había desprendido de los brazos de Dios padre. Primo miró el desastre y, sintiéndose culpable, bajó silenciosamente. Afuera había oscurecido por completo.

El alfarero no tuvo ánimo para levantar las piezas rotas y se encaminó al balcón que daba al norte. En el horizonte florecían luces de todos los tonos. Y más acá el incendio. Otra vez el incendio. Una cazuela de luciérnagas en el cercano valle. No se trataba, por supuesto, de un incendio real sino de la inmensa mancha que componían las casas de interés social: la cuadrícula urbana cuyo resplandor, ahora ámbar debido al alumbrado, hacía más evidente su presencia.

El viejo sintió venir el mareo. Se afianzó del barandal. Respiró el aire fresco durante varios minutos. Entrañablemente y poco a poco volvió a la normalidad.

“Mañana sería domingo”, se dijo, es posible que venga la hija, y quizá llame el hijo de California. Sí, mañana pasarían los muchachos del barrio vestidos de futbolistas; mañana él cortaría las flores para los tamales y Primo lo encandilaría con sus palabras; mañana vendría don Melitón con sus nieves caseras, y cantarían el ceniztle en la barranca, y aparecerían otra vez los colibríes y la comadreja...

Y tal vez mañana apareciera el Negro, si los gusanos le permitieran levantarse de la muerte.

Entonces el viejo comprendió: las flores del maguey, los brillantes ciruelos verdes, los tejocotes arracimados, la ropa limpia, su propio nieto, el licor verde de Benedicto, los infinitos pájaros, el olor a fruta de su mujer, la sonrisa de su nuera y aun el árbol de barro, eran parte del canto que producía la vida en esta tierra luego de comer y destilar sus invisibles gusanos.

La muerte podría esperar, después de todo.

El viejo, en su interior, tuvo la certidumbre de que viviría otro día, de que sobreviviría a la noche y al sueño, de que siempre se podría encontrar, bajo el sol, un día más, un trozo de tiempo suficiente para reconstruir el paraíso.

El tercer jurado

Por azares que no comentaré, me comisionaron para elegir a los jurados de un premio nacional de cuento que se instituyó en el Valle del Anáhuac, al que llamaron, nada originalmente, “Juana de Asbaje”. Dedicué una noche a elaborar una lista de diez escritores y a la mañana siguiente empecé a llamar por teléfono para invitarlos. Xavier de la Higuera aceptó de inmediato al saber el monto de los honorarios: treinta mil pesos. Eduardo Marroquín y Salas también dijo que sí, que era un honor y que me agradecía haber pensado en él. Sólo me faltaba un escritor y pensé que, en vista de los ocho nombres que me quedaban en la lista, agregar uno más sería una tarea bastante sencilla. Pero las siguientes cinco llamadas resultaron un fiasco: Aldemiro de la Hoya expresó, con su petulancia acostumbrada, que no podía, que saldría del país a realizar una residencia en

Canadá. Arthur de la Cueva dijo que estaba *full*, con unas conferencias en puerta que le había solicitado El Colegio Nacional. Josefina Veranda se negó porque estaba imposibilitada. Por qué, le pregunté. Con un hilito de voz me dijo que ella pensaba participar en nuestro certamen. Karla Santamarina argumentó que el pago se le hacía poco para todo el trabajo que implicaba leer y leer tantos originales como, seguramente, llegarían al concurso. Joselo Hernández Vite se negó porque hacía mucho tiempo que había renunciado a concursar o ser jurado, y con su voz rasposa, tan parecida a la del difunto Ricardo Garibay, me expresó que él ya no se prestaba a esas mamarrachadas.

Me quedaban tres nombres en la lista: Andrés Ximénez Calvo, William Zanabria y Georgina Montobbio. Ximénez me contestó muy cordial, que qué milagro, que se había quedado esperándome en su oficina para charlar como habíamos acordado en nuestro último correo, hacía ya cinco meses. Le ofrecí disculpas y le expliqué que el trabajo me agobiaba, lo cual era cierto. Estuvo de acuerdo en los honorarios y preguntó que cuándo le llegarían los trabajos a dictaminar. Le dije que en una semana.

Así que ya tenía a mi jurado completo, y además de muy buen nivel, cosa en la que me habían insistido los organizadores. En los días siguientes trabajé con los cientos de engargolados concursantes, los separé en tres juegos, los acomodé en cajas y preparé los envíos con sus correspondientes acuses. Una semana más tarde ya estaba todo entregado.

Ahora sólo quedaba esperar.

Pero tres días después me avisaron, ya muy noche, que a Andrés Ximénez Calvo le había dado un infarto y que había muerto. En la madre, me dije, ¿y ahora? Casi no pude dormir. Por la mañana,

antes del café, lo primero que hice fue llamar al siguiente candidato que estaba en mi lista. A William Zanabria le encantó la idea de ser jurado. Así que mandé al chofer por las cajas que le habían sido entregadas a Andrés y le encargué llevarlas al domicilio de Zanabria. Lamenté el suceso, desde luego, ya que la muerte de Andrés significaba la irreparable pérdida de uno de los autores más representativos de su generación.

Ocho días más tarde me levanté con la noticia de que William Zanabria había fallecido la noche anterior de un paro cardiaco. Llamé entonces a Georgina Montobbio. Por supuesto, no le dije que ella era la última de mi lista, ni que era la suplente de Zanabria, quien a su vez había sustituido a Ximénez Calvo. Montobbio dijo que aceptaba con mucho gusto. Así que repetí el asunto de las cajas con los engargolados concursantes. Pero Georgina murió cuatro días después de un cáncer cervicouterino que ya estaba en fase de metástasis.

Fue entonces cuando lo supe. Lo supe en mi cabeza y en mi alma, en mi interior profundo: supe que yo tenía poder sobre la vida y la muerte de las personas.

Pensé en los escritores que odiaba, en todos aquellos que detestaba por haber ganado las becas que yo nunca recibí, por haber obtenido los premios que nunca tuve. Y me dediqué a llamar a uno por uno para invitarlos a ser el tercer jurado del certamen de cuento “Juana de Asbaje”. Y la muerte de cada uno de ellos, a los pocos días de mi llamada, me convenció de que a mi disposición estaba una gozosa e inaudita e implacable herramienta de venganza.

Las cajas con los trabajos concursantes iban de un lado para otro.

Pero los nombres comenzaron a escasear. Y los organizadores me presionaban de manera feroz para que completara el cuerpo

reglamentario de tres jurados, tal como señalaba la convocatoria. Hice una última lista con los nombres de algunos poetas de medio pelo, a quienes odiaba por asistir a los festivales internacionales de poesía a los que a mí nunca me invitaban. Así que llamé a Joaquín Balmori Campos. No aceptó, porque dijo que estaba preparando un festival internacional de poesía y que no tenía tiempo para nada. Telefoneé a Guillermina Sanchiz Gomeztagle, a quien le guardaba cierto rencor porque nunca me quiso hacer caso. Ella tampoco accedió a ser jurado. Y Raúl Cerda y Olivares no me quiso tomar la llamada.

El tiempo apremiaba y yo estaba llegando al límite de la desesperación.

Ahora las cajas con los trabajos concursantes ya no iban de un lado para otro, sino que permanecían inmóviles, como una amenaza oscura, en las oficinas del comité organizador.

Una mañana el presidente del comité, quien por cierto es un escritor fracasado, me llamó a su oficina y me dijo: “En vista de que no ha sido cubierto el tercer puesto del cuerpo de jurados, y en ejercicio de las facultades que me confiere la presidencia del comité, me permito nombrarte a ti como tercer jurado de nuestro concurso. Espero que, considerando el tiempo que te queda, hagas un papel decoroso en la elección del ganador”.

Quise negarme, pero una parálisis invencible selló mi boca. El presidente hizo llegar las cajas a mi domicilio particular.

Han pasado tres días. No he abierto ninguna de las cajas.

No lo considero necesario.

Espero la primera señal del dolor, el primer signo de lo irrevocable.

Sin abuela

En una tribu de Somalia a las niñas les son arrancados el clítoris y los labios vaginales en un ritual que marca el inicio de su pubertad. Un hombre en Austria mantuvo secuestradas a sus dos hijas durante quince años en el sótano de la casa. Dos lesbianas, ante la corte de Los Ángeles, California, pelean la custodia de un vibrador. En la ciudad de México fue legalizado el matrimonio entre homosexuales. Un hindú se casó con una locomotora. Un sacerdote, acusado de violar a tres niños, fue exonerado. Un hombre en Las Vegas, Nevada, se operó el sexo y ahora es una feliz mujer casada.

Recorté éstas y otras noticias de varios periódicos (las noticias más terribles que encontré), las metí en un sobre y lo hice llegar a mi abuela, que está desahuciada. En mi última visita ella me dijo que ya estaba cansada, que la ayudara a morir, que me lo pedía a

mí, su nieto mayor, su preferido, porque no confiaba en nadie más. ¿Cómo ayudar a un anciano a morir? Las probables respuestas, en su diversidad, no eran sencillas. Por supuesto estaban excluidos los venenos o las armas y otros recursos semejantes, cuya vulgaridad me asustaba de sólo pensar en ello. Después de mucho meditarlo, encontré la solución en los recortes de periódico. El mensaje era simple: “No cabes aquí, abuela. No perteneces a esto. Estás de sobra. Eres demasiado hermosa y buena y antigua para seguir viviendo en esta porquería de mundo”.

Al tercer día me llamó por teléfono una prima, desde el hospital. No le entendía nada porque lloraba como una niña extraviada. Por fin fue capaz de balbucear:

—No tienes abuela.

La cabeza

La tamalera llegó a las seis de la mañana a su esquina de costumbre. En la banqueta, junto al poste de luz, había una cabeza humana metida en una bolsa de plástico transparente. Los ojos abiertos le recordaron a la tamalera los ojos de su padre, tan iracundo siempre, tan bestial. “Que Dios lo tenga donde no estorbe”, pensó. El primer cliente, un albañil que iba en bicicleta, pidió un atole de cajeta y una guajolota, y luego miró la cabeza dentro de la bolsa transparente.

—Órale —dijo—, tiene las cejas de mi tío Jacinto, que en paz descanse.

Una enfermera, que venía del turno de la noche, se acercó y pidió dos atoles de arroz con leche, para llevar. Ella también miró la cabeza y aseguró que las orejas del muerto eran idénticas a las de su abuelito Carmelo, que Dios lo tenga en su santa gloria.

Y a todos los demás clientes la cabeza metida en la bolsa de plástico transparente les recordó también a algún familiar ya fallecido.

Eso era lo bueno de los malos tiempos en esta ciudad: que las cabezas de los descabezados servían para que la gente no olvidara a sus propios muertitos.

Ventajas de no ser un genio

—*Modigliani se suicidó*, Hemingway se suicidó, Yukio Mishima se suicidó, Emilio Salgari se suicidó, Vincent Van Gogh se suicidó, Virginia Woolf se suicidó, Reynaldo Arenas se suicidó, Marilyn Monroe, dicen, se suicidó también. Todos los genios se suicidan. Sólo yo me he abstenido de tan necia costumbre.

—¿Por qué, mi amor?

—Porque quiero gozar de tu tibia carne y de mi absoluta mediocridad.

Apocalipsis ahora

Primero llegaron los niños: Adad, Poreiu, Euy, Fetraj, Kakduef, Kowior. Unos minutos después aparecieron los hombres: Jask, Lak, Poiapoiar, Poaierk, Dapodad, Fiopertu, Jeiud, Werer, Qoirworuh, Woretruj, Shfeiru, Kapqoruq. Las mujeres tardaron un poco más, pero finalmente llegaron también. Estaban todas: Nadpoeira, Piureka, Nalsfhak, Feeori, Rutyssnai, Kashre, Kiowery, Kawruy y Laddjas. Todo el grupo, sin embargo, tuvo que esperar un buen rato el arribo de los ancianos. Cuando por fin entraron al templo, a la cabeza venía el centenario Poweruz, y detrás de él: Xuihvioj, Wiak, Qoidis, Treyc, Xhak, Shfoqirytreut, Queurys y Houryryts.

Ahí estaban todos: la última especie.

Los últimos humanos sobre la Tierra.

Encendieron las antorchas y, después de hacer un círculo, bebieron la sangre sagrada del Yak. Cantaron alabanzas y ofrendaron sus lágrimas y un leve incienso a la furibunda diosa que presidía el altar mayor. Tomados de las manos, se pusieron de hinojos y enseñada se inclinaron hasta posar la frente sobre el duro piso de tierra.

Entonces cerraron los ojos y, sin dejar de cantar, esperaron el impacto.

Amasijo y Transfiguración

Un hombre viejo aprovecha que lo han dejado solo y sale de su casa, después de mucho tiempo de no hacerlo. Trepa a un camión rumbo a la ciudad. Anota todo para no perderse. Escribe los rótulos que ve a través de las ventanas del camión y así reconocer, según él, el camino de regreso. El hombre padece una enfermedad extraña. La enfermedad del tiempo, le llaman. Anota: Examen de la vista gratis. Templo del Señor de la Transfiguración. Pan de amasijo. Lencería. Tacos Manolo alambre y suadero. Urgencias los 365 días del año. Taller de bicicletas. Cocina casera Lupita. Y otras muchas frases que son migajas en el sentido del cuento de hadas. El hombre llega al centro de la ciudad y olvida su propósito de acudir a la oficina de pensiones. Se pierde en las plazas. Y luego sube a otro camión para volver a casa. Pero la enfermedad del tiempo es terrible.

Y el hombre se confunde. El hombre lo confunde todo y los letreros que anotó y que mira en su libreta no se parecen en nada a los del primer viaje: El hombre lee: Tacos de bicicletas. Lupita los 365 días del año. Pan de suadero. Urgencias gratis. Templo Manolo. Taller de la vista. Lencería del Señor. Amasijo y Transfiguración. El hombre, consternado, repite en un murmullo “Amasijo y Transfiguración” y desciende del camión. En la banqueta limpia sus anteojos, se quita la cera de los oídos, pero intuye que son actos perfectamente inútiles. En el cristal de un aparador el hombre mira su reflejo y, detrás de su reflejo, dos bestias fulgurantes: “Amasijo y Transfiguración”. Una señora de rostro blanco se acerca a ayudarlo. El hombre enfermo del tiempo se sabe perdido. Y llora como un niño.

La camisola

Yacía el muerto querido sobre la cama. La desconsolada y sus consoladoras —la hermana, la amiga, la prima— lo habían cubierto por el momento con una colcha floreada que olía a limpio, aunque estaba deshilachada de una esquina.

—¿No será mejor una sábana? —dijo alguna—. Parece falta de respeto.

—No —murmuró la esposa—. A él le gustaba esa colcha.

Reiniciaron los gimoteos. Cada una de las mujeres sabía que se aproximaba la innoble tarea de vestir a quien en vida había sido enemigo de trajes y discursos. En la pared colgaba su mejor retrato, en éste aparecía el difunto haciendo la “v” de la victoria y mostrando la flor de plata que había ganado dos años atrás en los Juegos Florales de Guamúchil. La esposa miraba la fotografía y pensaba:

“Qué guapo con sus canas y su coleta de torero, qué guapo con su camisola de manta...”.

¡La camisola!

La desconsolada buscó en el ropero. Ahí estaba, en el último gancho.

—¡Está sucia del cuello! —exclamó, y la pena se avivó.

La lavadora no servía, así que la amiga y la hermana cogieron la camisola y corrieron al lavadero. Entre las dos exprimieron la prenda y la colgaron. El sol no estaba en sus mejores días.

—¡Con la plancha! —dijo la hermana.

Sonó el teléfono.

—De la funeraria —anunció la prima—, que ya vienen. ¿Qué hacemos?

La humedad no cedía ni con la plancha bien caliente. Así que le pusieron al muerto la camisola húmeda.

La desconsolada dijo, sin pensar:

—Se va a resfriar.

Las otras mujeres miraron a la viuda como a una criatura caída del cielo.

Los de negro se llevaron el cuerpo y después, horas más tarde, lo trajeron en una caja de madera brillante. Y más tarde lo de siempre: llantos, rezos, flores y abrazos. En el cementerio la mujer, la desconsolada, colocó en el interior del ataúd tres objetos del difunto: su pipa, su pluma fuente y su libro de poemas, con la portada hacia arriba para que pudiera verse el rótulo “Ganador de los Juegos Florales de Guamúchil”. Antes de bajarlo alguien levantó el brazo. A la viuda le pareció sentir una ráfaga de viento frío, pero eran las palabras que ese alguien decía acerca del hombre tendido:

“Vate del campo y de las palabras sencillas, gloria de las letras regionales”. Otra voz dijo algo sobre la ausencia. Pero la desconsolada viuda, rodeada por las consoladoras, no escuchaba nada sino sus propios pensamientos. Y la mujer pensaba con toda claridad en el resfrío inminente de su pobre marido muerto, en que muy pronto estaría estornudando, moqueando y limpiándose con la manga de la camisola... ¿Y con qué otra cosa iba a limpiarse si ella, la esposa, había olvidado ponerle un pañuelo limpio? Y la mujer lloraba, no por la terrible ausencia, no por la orfandad literaria en que se quedaría esta tierra, no lloraba de rabia, ni siquiera por el tremendo sentimiento de impotencia de que hubieran balaceado a su marido confundiénolo con otro, sino que lloraba por ese olvido tan..., ¿cómo llamarlo? Y la desconsolada seguía llorando, llorando sin parar.

¿Qué es la realidad?

Me dijo Nemorio que se encontró a Mondragón bien jodido, flaco, pálido. ¿Estás enfermo?, le preguntó. No, dijo aquél, me siento muy bien. Al tercer día me encontré en el café a Mondragón y me llevó muy misteriosamente a los sanitarios. Ahí me dijo que había visto a Nemorio, flaco, pálido, bien jodido. Parece que tiene cáncer, agregó.

En un primer momento me pregunté quién tenía la razón. Yo, que conozco a los dos, digo que ambos. En realidad todos estamos jodidos y envejecemos más rápido de lo que puede soportar nuestro ego. Yo mismo me pregunto dónde quedaron mis encantos. Y es muy probable que si algún conocido o conocida me encuentra en la calle evitará hablarme y seguro dirá a otro más tarde: “Oye, me encontré a fulano y ya dio el viejazo, está acabadísimo, pálido, flaco, bien jodido el pobre”.

¿Qué es la realidad? La realidad es una tienda de telas, tú entras, das una o varias vueltas por el lugar, te compras los metros que quieras, de la clase de tela que más te guste, y luego te haces un traje a la medida.

The Second Coming Project

—Señor Goldberg —preguntó una periodista—, ¿puede explicarnos en qué consiste el proyecto *The Second Coming Project*?

—Con gusto —dijo Jeremiah Goldberg III, con un insufrible pero educado tono de suficiencia—. En mi calidad de presidente de la Fundación “Judy Goldberg”, que lleva el nombre de mi madre, hemos decidido patrocinar las investigaciones y la operación de un prestigioso laboratorio en Silicon Valley, cuyo nombre no me es dado revelar por el momento.

Otra periodista, una mujer de color, levantó la mano y el mag-nate le dio la palabra.

—Existen muchos rumores sobre estas investigaciones, señor Goldberg. ¿Cuál es la naturaleza de estas investigaciones..., es decir, cuál es su propósito principal?

Con la mirada Jeremiah Goldberg III realizó un paneo sobre el conjunto de periodistas que abarrotaban la sala de conferencias, suspiró y dijo con perfecta dicción:

—Queremos traer de vuelta al hijo de Dios.

Por unos segundos el tiempo pareció detenerse. El silencio fue roto por la voz de un periodista latino:

—¿Está usted hablando de Jesucristo?

—Exactamente.

—¿Y cómo piensan hacer eso, señor Goldberg? —preguntó un periodista de gafas que se encontraba en primera fila.

—Nuestro primer objetivo es obtener una muestra de la sangre de Jesucristo, que por el momento está custodiada por diez científicos en el mundo. Estamos entusiasmados con los avances de la ingeniería genética, y con nuestro patrocinio este laboratorio, único en todo el planeta, intentará clonar a Jesús de Nazaret mediante muestras de sangre extraídas de la llamada sábana santa de Turín.

Una mano se levantó al fondo del auditorio:

—¿Pero qué ganaría su fundación con traer a Jesucristo de nueva cuenta a la Tierra?

—Todos sabemos el estado actual del mundo —respondió Goldberg—. Jesucristo ayudaría a paliar el dolor de las personas, a perdonar sus pecados.

Después, sin que mediaran más preguntas, el hombre se dedicó a elaborar un discurso, bastante hollywoodense, acerca de la maldad del mundo y la necesidad de luchar por devolverle una buena dosis de piedad y humanismo a la vida moderna. Entre los periodistas se condensó una atmósfera de incredulidad. Miraban al hombre que

estaba frente a ellos como un mal comediante, y, peor aún, un comediante satisfecho de sí mismo.

En la cuarta fila, una periodista japonesa levantó la mano y, sin esperar el signo de aprobación de Jeremiah Goldberg, expresó:

—Señor Goldberg, la opinión pública no ignora que los principales benefactores de su fundación son prominentes líderes políticos, banqueros y dueños de las mayores fortunas del planeta, en cuyas manos se encuentran las decisiones sobre la economía mundial, así que, ¿por qué no nos dice cuál es el verdadero propósito que guía esta iniciativa descabellada, por decir lo menos?

El magnate expandió el pecho, recorrió con los pulgares el borde de su cinturón, bebió un sorbo de agua y otra vez observó a la concurrencia. Finalmente suspiró y sonrió.

—Bueno, no voy a negar que detrás de esta iniciativa descabellada, como usted la llama, hay un asunto sentimental...

—¿Cuál es ese asunto sentimental? —gritó un periodista inglés.

—Sin comentarios —dijo Goldberg.

Una oleada de protestas y preguntas se extendió por la sala. El magnate hizo un movimiento con el pie izquierdo, que se interpretó como un intento de retirada, por lo que la barahúnda creció en intensidad. El hombre permaneció en su sitio, hasta que el ruido cesó por completo.

—Está bien —aceptó Goldberg—, se los diré. Queremos traer a Jesucristo a la Tierra por una razón, como ya dije, sentimental, que tiene que ver con nuestras más antiguas tradiciones —hizo una pausa teatral, consciente del efecto de sus palabras. Finalmente agregó—: Todos los integrantes de la fundación queremos repetir de nuevo aquel hermoso grito, aquella hermosa exhortación, como

antafío lo hicieron nuestros remotos ancestros: “¡Crucificadle, crucificadle!”.

Famosos

—¿Qué tan cerca has estado de un famoso, de un famoso de verdad? Mi amiga Jazmín tiene una teoría bastante curiosa: ella postula que entre un famoso y uno, miserable bípedo anónimo evasor de impuestos, hay apenas una o cuando mucho dos personas intermedias. Y yo no sólo he llegado a creerlo, sino que, con el tiempo, lo he comprobado. No me creas, pero mi amiga tiene razón. Su teoría es muy sencilla: tú conoces a alguien que conoce a alguien, que ha estado cerca de una persona famosa, de una celebridad, que la ha tocado o conversado con ella.

—No te entiendo.

—Mira, te pongo un ejemplo. Entre Emiliano Zapata y yo estuvieron el doctor Gustavo Baz Prada y mi papá. En su juventud, Baz fue gobernador zapatista del Estado de México, allá por 1914. Y mi

papá saludó a don Gustavo en 1985, cuando éste ya era un viejito y le faltaba poco para morir. Pero imagínate tocar las manos que tocaron las manos de Zapata. A esa conexión es a la que se refiere mi amiga. Mediante ese contacto yo puedo decir que también, de algún modo, tocando las manos de mi padre, que tocaron las del doctor Baz, tuve contacto con Emiliano Zapata.

—¿Y eso qué?

—Y hace unos años me tocó la buena fortuna de saludar a un tío lejano, que conoció a José Bolaños. Este hombre fue amante de Marilyn Monroe durante veinte días de 1962, mientras estuvo de visita en México. Bolaños murió en 1994 y nunca quiso hablar de esos días de frenesí con la diva, pero cuando mi tío lo conoció se cayeron bien y se dieron repetidamente las manos. Imagínate tocar las manos de quien tocó no sólo las manos de Marilyn sino a toda ella.

—De veras que no te entiendo. ¿Adónde quieres llegar?

—Pero el mejor ejemplo es éste: hace poco conocí al periodista peruano Manuel Jesús Orbeagozo, lo visité en su casa de Lima, en el barrio de Miraflores. Éramos amigos por internet y después de nuestro primer y único encuentro hicimos de la amistad virtual una larga correspondencia. Pero aquella tarde en su casa nos dimos varios abrazos, nos tocamos las manos en fraternos saludos, hablamos sin parar, bebimos pisco y nos tomamos un montón de fotografías. Él me contó sus andanzas por el mundo, al que le dio vuelta dos veces. Me regaló su libro de entrevistas a personajes famosos. De entre ellas, su favorita era la que le había hecho a la madre Teresa de Calcuta. El periodista me contó que hablaron durante un par de horas y al final de la charla la santa le regaló un rosario, incluso Manuel Jesús me mostró la fotografía en la que la madre Teresa le

está poniendo el rosario entre las manos. Pensarás que entre la religiosa y yo sólo está el periodista. Pero el punto, mi punto, no es éste. Si es verdad que la madre Teresa, una persona tan singular, tan querida por mucha gente, es amiga de Dios, yo puedo decir que entre Dios y yo están, apenas, mi amigo Manuel Jesús y la madre Teresa. ¿Entiendes a qué me refiero? Yo, a través de las manos de Manuel Jesús, que tocaron a su vez las manos de la madre Teresa, quien ha tocado con su altísima bondad las manos de Dios, yo, repito, puedo declarar que soy también un poco amigo de Dios, que estoy cerca suyo y que cuando me lleve el Diablo, que podría ser muy pronto, es probable que Él aparezca y me arrebate de las manos del maligno, o por lo menos interceda por mí para que éste no me trate tan mal allá en el hondo abismo. Incluso soy capaz de mirar la escena: Dios aparece y le dice a su adversario: “Mira, no seas cabrón, este hombre que pretendes llevarte es, en esencia, un tipo bueno, además de anodino y aburrido. Su lugar, en todo caso, está en el cielo, así que, ¿por qué no lo pones en mis manos?”.

—¿Y todo este choro —exclamó ella, con un gesto divertido— te lo inventaste para decirme que tú, el mayor pecador que he conocido, no te vas a ir al infierno, como está predestinado que ocurra?

—Es correcto —confesó él—. ¿Me das un beso?

—No —exclamó ella, sonriendo abiertamente—. Ya hueles a condenado.

Mil maneras de morir

Es uno de los incontables programas estúpidos de televisión que abundan ahora. Todas son muertes accidentales. El otro día miré en la pantalla la muerte (la representación de la muerte) de un hombre, un alcohólico, que debido a una operación de garganta estaba impedido para beber, así que pidió a su amante que le aplicara una lavativa con *bourbon*. El líquido entró por el culo, le quemó el recto al hombre (el actor que hacía de él asumió un gesto de lánguida delicia) y puesto que no hubo intervención del hígado, los niveles de alcohol en la sangre fueron mortales. En la misma emisión, un macho alfa disfrazado de motociclista se encuentra jugando en el billar con sus compinches, quienes en cierto momento lo exhortan a “hacer el truco”, que consiste en fingir tragarse una bola de *pool*. El *chopper* se introduce una bola negra, la lleva a mitad del pescuezo

y mediante contracciones la regresa a la boca. La manada se vuelve loca y aplaude a rabiar. El tipo, con el ego inflamado, repite el truco, pero ahora lo hace con la bola blanca. El muy imbécil no recuerda que ésta es un poco más grande que las otras bolas, así que las contracciones para regurgitarla no funcionan y el macho muere de asfixia revolcándose en el suelo.

Rosca de Reyes

Con el enorme muñeco atorado en su garganta, advirtió con claridad que se estaba muriendo. Y le dio risa. Y la risa provocó que la asfixia se tornara un camino sin regreso. Pensó que la suya sería una muerte estúpida, como las que miraba en la televisión. Y lo último que ocupó su mente fue precisamente su muerte representada en la pantalla. Recordó las palabras del arzobispo primado en la misa de Navidad, “Cristo es el pan, Cristo se hizo pan para nosotros”, así que mientras un amigo lo sacudía y le quebraba de paso las costillas tratando de salvarlo, el hombre se dijo que el arzobispo mentía, que el verdadero pan para los hombres era la muerte, la muerte es el pan nuestro de cada día. El Niño Jesús de Plástico estaba más allá del bien y del mal, en la nebulosa zona donde ya nada importa.

Pedir prestado

Desde temprano me puse a pedir prestado a Diestro y Siniestro. Diestro, que es voluntario en la Cruz Roja, me regañó por mi forma de vida, me invitó a misa y, al salir del templo una hora después, me dijo que yo era un desobligado, que no podía prestarme ni un peso, que yo no era de confianza. Hijo de puta.

Siniestro, en cambio, estaba montado todavía en la borrachera de la noche anterior. Me soltó un billete de quinientos a la primera insinuación, no sin antes obligarme a beber uno de sus insólitos brebajes: Xtabentún con licor de naranja y un toque de ajeno. Una perversión deliciosa. Lo abracé y salí corriendo a la casa de mi amada. Su madre abrió, me miró como se mira a un trozo de majada y cerró la puerta.

Mi amada salió, pese a todo. Estaba sin bañar pero aun así la arrastré al hotel y me la cogí como a una perra. Dormimos una hora o dos. Al despertar nos metimos al jacuzzi e hicimos el amor dentro del agua. Por la ventana se oía la *Pavana para una infanta difunta*, de Ravel. Entonces me puse a pensar en la muerte y ésa fue la razón, supongo, de que nuestros sexos se contrajeran y se quedaran pegados, imantados por una frialdad fuera de nuestra comprensión. Mi amada y yo dejamos de hablar al sentir nuestros cuerpos fríos, metidos en el amargo sarcófago del jacuzzi. Sonaron las campanas del mediodía. Cuando entraron los paramédicos de la Cruz Roja lo primero que vi fue la figura de Diestro. Sentí su proverbial y terrible mirada reprobatoria como un puño de tierra sobre mi rostro.

¿Qué has hecho, Rosario?

Manuel Acuña fue uno de esos poetas a quienes no importó que se supiera, públicamente, la tragedia de su vida íntima. El 6 de diciembre de 1873 apareció muerto sobre su cama —hay quienes aseguran que el original del famoso “Nocturno” se encontraba a su lado— envenenado, según algunos, con cianuro de potasio, o arsénico, según otros. Quienes trataron de volverlo a la vida cayeron desmayados por los efluvios de la cantidad de veneno que el poeta había ingerido. Enterado de la noticia, Ignacio Manuel Altamirano salió corriendo de su casa (vivía en la calle de Tacuba) y cruzó Niño Perdido para aporrear en el número 10 de la calle de Santa Isabel (que hoy sería el costado norte del Palacio de Bellas Artes), casa donde vivía la musa del poeta, Rosario de la Peña. Abrió la muchacha de compañía. Sin detenerse, subió a su cuarto y la acusó:

—¡Qué has hecho, Rosario! Manuel acaba de suicidarse.

(Y aquí a uno se le antoja agregar la respuesta, ficticia, de Rosario, la cual tendría algo de verdad: “Por pendejo. Yo nunca le di esperanzas”.)

Recado en la contestadora

(9 de septiembre, 2001.) Querida, mañana salgo de viaje. Como te dije, debo estar en Nueva York, en el World Trade Center, el día 11 muy temprano... Bueno, ¿qué quieres que te diga?, te he pedido de todas las maneras posibles que hagamos el amor. No entiendo tu resistencia... ¿Para quién las guardas, corazón?, ¿para cuándo? Dámelas ya, princesa, hoy por la noche. Mira que si no vienes hoy, tal vez nunca vuelvas verme. Mañana a mediodía es mi vuelo. Imagínate que el avión se estrella... ¡Ah, ya veo tu rostro, arrepentido! Anda, te espero, pajarita mía... Ojalá te decidas a venir.

After day

En mi noche de bodas me acosté con una mujer hermosa, fría y apretada. Olía a alcohol, a juventud y perfume número cinco. Al día siguiente desperté junto a un pellejo. Habían pasado cincuenta años. En el espejo encontré otro pellejo sin dientes y unos bigotes blancos y profusos hasta la neblina: todo un retrato de mi viejo padre muerto. Un colibrí apareció en la ventana y me dijo: “¡Rauda rueda la rueda irremediable del tiempo!”. A esa hora yo no estaba para pájaros poetas y cerré las persianas.

Pero la oscuridad vino a nosotros, como una madre.

Prólogo

En este fangoso siglo no parece haber lugar para los memorialistas. El día-a-día enarbola su proclama: recordar es una mala costumbre, o por lo menos una curiosidad de otros tiempos. Pero mientras muchos edifican a toda velocidad las estancias donde gozar, promiscuamente, de sus quince minutos de gloria, sin ánimo demirar hacia atrás, hay otros para quienes el repaso es el guiño cómplice de una tribu en extinción.

Marco Aurelio Altamirano Méliès (1960-2004) pertenecía a esta tribu. Su muerte en una carretera italiana, camino de Nápoles, vino a interrumpir para siempre la redacción de sus memorias, tituladas “Confesiones de un libertino”. En la habitación de su hotel en Nápoles fue hallado el manuscrito (sí, manuscrito) y, por el cuaderno de notas que Altamirano llevaba consigo a todas partes, se sabe

ahora que uno de los epígrafes inaugurales de esas “Confesiones” sería un verso de Pessoa, en la voz de Caeiro: “El Niño Eterno me acompaña siempre” (el otro sería de Thomas Mann). Altamirano sabía, como también lo supo en su momento Rostand, que la infancia es el país primordial del artista, del escritor, del hombre.

¿Qué significan estas “Confesiones”? Estamos ante el anecdotario sensual del niño-adolescente Altamirano, quien andando el tiempo se convertiría en la figura emblemática de la escultura en México durante el último tramo del siglo xx. De manera que, ¿cuál es el valor del volumen que el lector tiene en sus manos? Nada más, pero nada menos, que la posibilidad de acercarse por otra puerta a la obra plástica de un hombre que llevó la escultura erótica a latitudes inexploradas.

Hoy en día nadie ignora la leyenda de sus últimos días: pasó una semana en Capri, siguiendo las huellas de Tiberio. Enseguida hizo una tercera visita a Pompeya. “Me gusta la idea de claudicar frente a un imperio de ceniza”, escribió en su cuaderno. Altamirano vivía un idilio con la vieja cultura romana. Fue su padre quien le inculcó este amor por lo romano, desde la imposición de su nombre. Así que no es nada extraordinario que la hermana menor del escultor lleve el nombre de Pompeya. Y Pompeya, la ciudad, lo sedujo aun antes de conocerla. Una de sus últimas anotaciones se refiere a un fresco en la Villa de los Misterios y a las estatuillas de las deidades domésticas que los acaudalados pompeyanos solían entronizar en sus hogares. Después, asimismo en su cuaderno, Altamirano ofrece un comentario sobre el arte de los mosaicos. Y eso es todo. Luego vendría la curva entre Portici y Nápoles y, al final, la oscuridad.

Herrero, escultor, trotamundos, escritor, cineasta, hombre de oficios varios, Marco Aurelio Altamirano hizo de su temporada italiana una búsqueda simbólica de su infancia. Este volumen ofrece la oportunidad, no menos relevante, de descubrir el rostro de un hombre preocupado por el pasado de su ciudad, San Isidro, y por indagar en sus raíces personales. *Buscas a Roma en Roma, ¡oh, Peregrino!*, le diría Quevedo. Altamirano había regresado a México al mediar los noventa y, premiado con una beca, retornó a Italia para trabajar en una serie de esculturas, conocida ahora como “El Paseo de San Isidro”. Altamirano preparaba asimismo, de acuerdo con sus notas, el video *La alfarería erótica de Tlatilco*.

Ya es lugar común afirmar que el erotismo escultórico de Altamirano entrecruzaba épocas, lugares y estilos para representar, siempre con el hierro y el bronce, una suerte de búsqueda melancólica del placer. En los últimos años (como puede verse en algunas piezas de “El Paseo de San Isidro”) logró fusionar con éxito elementos del viejo arte romano con aquel otro, no menos antiguo, del Valle del Matlatzinco; véase como ejemplo la escultura cuya formación recuerda un cajete trípode del periodo preclásico mesoamericano, y cuyos soportes son réplicas estilizadas de la estatua de Hércules descabezado.

Altamirano no ha sido el primero ni el único artista mexicano en encontrar la muerte tras el volante. Treinta y cuatro años atrás el inolvidable José Carlos Becerra perdió la vida cerca de Brindisi. Y lo mismo que al poeta tabasqueño, a Marco Aurelio Altamirano también le gustaba Pessoa, uno de cuyos poemas, puesto aquí, adquiere un acento inquietante:

Más allá de la curva del camino
tal vez haya un pozo y tal vez un castillo,
o tal vez tan sólo continúe el camino.
No lo sé ni pregunto.
Mientras voy por el camino que hay antes de la curva
sólo miro el camino que hay antes de la curva [...]

En todo caso, un verso del también hermano Álvaro de Campos, del poema “Al volante del Chevrolet por la carretera de Sintra”, parecería dibujar con curiosa exactitud el destino final del escultor sanisidroño, y aun podría ser un hermoso epitafio sobre el barro de su tumba: “¿Dejo sueños a mi espalda, o será el automóvil el que los deja?”.

Padre Tiempo. Señora Blanca

Desde el baño es visible, en el oriente, el lomo naranja de las montañas. Los actos de nacer y amanecer son simultáneos. Breves pájaros flotan entre las ramas del peral, revolotean sobre la gloria y la bugambilia. Los efluvios amnióticos escapan por la coladera. Crezco a cada instante. Pongo *Las mañanitas*. Bebo del aire. Soy el colibrí. Aleteo por la casa y chupo el néctar dulce del instante. Siento crecer los músculos bajo las plumas. En el espejo del mediodía soy el joven de la risa fácil, de la dentadura prepotente, del esperma volcánico. Una mujer toca a la puerta. Es la hora de la carne, del yacer como exacto aperitivo. El beso: un relámpago. Pero ya viene la rutina con su paso galopante mientras el sol da forma a su joroba. Al mediar la tarde aparece el dolor de huesos. Los hijos, robadores de calcio, sonríen desde sus múltiples pantallas. Las punzadas úricas del cuerpo.

¿Es la vista cansada o el azul y buenas noches? Socarronas gotas de orina manchan el plumaje. La música es otra, como de golondrinas, un nocturno, pero ya no importan los sonidos ante la sordera codiciosa. Ya no hay hombre. Ya no hay hambre: basta apenas un vaso de agua tibia. A la hora de las lechuzas, hora violeta, casi negra, aparece la Señora Blanca. Sus nudillos tocan a la puerta.

Y así siempre, día tras día.

Libro segundo

Me enseñaron la nacencia, el alargue de los huesos, la cogienda, la multiplicación de los errores. Mis ojos de agua sucia llovían tras el vuelo de una falda. Era un agua sucia, joven y brillante, y a veces pude mojarme en compañía. Del hoyo de la madre al hoyo de la tierra me enseñaron que debía masticar, a conciencia, los huesos de mis antepasados para saber mirarme en el espejo. Me enseñaron a atarme las agujetas, emparentar con clavos ardiendo, amar las espigas en el centro de la sangre (pero esto era fácil porque el dolor era como mi medio hermano, de parte de madre). Aprendí el mojamiento de los ojos, antes que el difícilísimo arte de sorber el piloncillo de los instantes. Me enseñaron casi todo: no me enseñaron a volar.



Hay días para todo y para todos. Día de la madre, del padre, del maestro, del abogado, del médico, del cartero (¿todavía se festeja a los carteros, esa especie en extinción? ¿Los niños sabrán qué es un cartero?). Hay incluso un día dedicado a la Tierra. Y también, desde luego, se encuentra nuestro célebre Día de Muertos. Yo he decidido instituir el Día de los Vivos. El día de la vida. ¿Pero si el Día del Trabajo no se trabaja, qué haríamos el Día de los Vivos? ¿Morirnos todos? No. El Día de los Vivos deberíamos abandonar las oficinas y las escuelas, los trabajos, los hospitales, los coches, comprarnos flores y emborracharnos, besar a las mujeres que encontremos al paso, como si hubiésemos ganado una guerra y ellas nos agradecerían su liberación; dejar de lado los celulares, los audífonos, las máquinas todas, menos las bicicletas. Ah, qué bello sería salir por la mañana a rodar, y vivir, y bajar de la bicicleta a comer helado, y sentarse en los jardines y los parques, y que ese día no salieran los políticos ni los criminales de sus casas, que nos dejaran vivir un rato, gozando del sol y de la pura vida, sencilla, tranquilamente, como si nos lo mereciéramos.



Los crepúsculos pertenecen a Händel. Aleluya. Me pregunto quién morirá esta noche. El viento viene a levantar un poco la falda de los pájaros. Las hojas son una cantilena verde, un suspiro siempre inacabado. La canción no es para siempre. Los recuerdos tampoco son inmortales. El último sol se apresura a poner un poco de

color antiguo en la fotografía de mis eternos veinte años. El espejo y yo nos parecemos en el dolor de los ojos y en las canas solitarias. Ya viene el sueño. También los pájaros se disponen a dormir. Toco en mi frente. Toco la puerta de la muerte. Aleluya. La muerte no me responde, todavía. El día de mañana, sin embargo, el periódico consignará, sin falta, el nuevo hallazgo de algún descabezado. Aleluya.

Escribir es el único consuelo que me queda frente a este universo de tareas inútiles que desbordan mi vida. Vivir es muy complicado. Cada día, cada que abro los ojos por las mañanas, compruebo que llegué tarde a la vida, cuando el encargado ya había repartido todos los instructivos. Ésa es la convicción que me ha acompañado siempre: que desconozco las instrucciones para vivir. Soy un marginal, y lo peor: soy un marginal que tiene una familia y un trabajo. Si fuera un marginal y viviera solo habría coherencia entre mi ser y mi quehacer. Pero no es así. Siento que no soy yo, realmente, el que vive esta vida. Debería vivir en una cueva, comiendo raíces y frutas silvestres, y alguna liebre de vez en cuando, chamuscada por las brasas. Sería feliz viviendo solo, alejado de las ciudades y los hombres. Soy un perfecto inútil. Despierto y la primera emoción al despertar es de temor. Temo a la vida, temo despertar y levantarme, sobre todo los lunes. Los lunes fueron inventados por la Inquisición española. La segunda emoción al despertarme es un sentimiento poderoso a caballo entre la ansiedad y la irresponsable inocencia de quien dice “no me quiero levantar”, o bien, “me reportaré enfermo”, o mejor, “quiero dormir para toda la vida”. Los peores momentos son

los domingos por la tarde, las horas inasibles, el último sol vespertino dominical, la última travesura del día del sol, la comilona pos-trera, cuyos únicos propósitos esconden este deseo: “No quiero que llegue el lunes. Mientras coma o mire la televisión o me divierta, soy eterno. Soy el domingo eterno que durará toda la vida. Nunca llegará el lunes, no habrá trabajo ni responsabilidades, ni menos aún la necesidad terrible de rendirle cuentas a otros, a esos otros que aparentemente sí saben vivir”. *Reloj, no marques las horas*. Cantoral tenía razón en reclamar al tiempo. El tiempo, esta leche vital que nos alimenta y nos engorda, que nos lleva de modo irremediable al matadero. Y es así como el lunes, inevitable, ineludiblemente, llega con su rostro de mortaja.



A veces despertaba con un dolor agudo en el centro del pecho. Ése era el dolor al que más temía. Los otros, riñones, cabeza, muelas o estómago, tenían orígenes específicos y para ellos había una solución, más o menos, inmediata. Pero el dolor del pecho aparecía de pronto, sobre todo en las madrugadas, y su origen no estaba claro en absoluto. ¿Acidez?, ¿frialdad en el pecho?, ¿anuncio de un inminente infarto?, ¿hernia hiatal?, ¿qué era ese dolor y cuál era su verdadera causa? Yo no lo sabía y, en medio de inhalaciones lentas, daba vueltas en la cama, hasta que ya no soportaba más y me levantaba, me masajeara con la palma caliente en la zona dolorida, encima del esternón, sin dejar de respirar con dificultad. En esos momentos volvía a pensar en mi “famoso” escáner universal, que nadie conocía. Años atrás había imaginado un aparato del tamaño de una

casetas telefónicas londinenses, pero en forma de cápsula, perfectamente computarizada, un aparato público ubicado en sitios estratégicos de la ciudad que cualquier individuo pudiera usar por algunas monedas. Una luz verdosa, como la de los escáneres actuales, iría de arriba abajo recorriendo el cuerpo de la persona, detectando con precisión el tipo de padecimiento y señalando la naturaleza del remedio, el cual saldría por uno de los compartimentos exteriores del aparato, como ahora salen los refrescos de las máquinas. Si es verdad, pensaba yo, que uno de los signos civilizatorios de toda sociedad es la búsqueda del bienestar de sus miembros, entonces los gobiernos, las secretarías de salud, los institutos tecnológicos, las academias y sociedades científicas, deberían trabajar en la creación de una máquina infalible que aboliera el dolor humano y retrasara la presencia de la muerte. Eso sí sería evolución, progreso, y no tanto artilugio inútil que sólo cultiva la molición de la gente. Pero también me preguntaba qué pasaría con la industria farmacéutica, con los sistemas de salud de las naciones, con los hospitales, los médicos, las enfermeras, los empleados de intendencia, ¿qué pasaría con todas esas personas? Y no tenía respuesta para esa cuestión. El escáner universal me distraía del punzante dolor y un rato después las ideas alrededor de esa máquina lograban que el dolor del pecho menguara y desapareciera lentamente, como si no pensar en él le restara importancia, como si el dolor, al sentirse menospreciado, se alejara. El momento crítico había pasado, aunque todavía podía sentir unos retazos de ardor. En todo caso, el pensamiento de mi hipotético escáner me consolaba. La ilusión de ese magnífico invento y remedio actuaba en la realidad de mi dolor, lo echaba fuera de mi cuerpo. ¿La ilusión como terapia? Sí, la ilusión siempre era una terapia, la mejor.

A cierta edad uno se echa como un perro a la sombra de la enramada, y se olvida de corretear a las suaves criaturas que picotean tranquilas en la playa. Uno entiende, entre bostezos, que ya es hora de revisar la banda de transmisión, las válvulas y los pistones, o acaso el árbol de levas y la bomba de gasolina. Las voces cercanas sugieren un ajuste de motor completo. Las suaves criaturas tienen las defensas cromadas, el parabrisas reluciente, el cuero de los asientos intacto y un motor poderoso en las subidas. Uno ya viene de una separación, de impactos, de volcaduras, de innúmeras batallas. Lo mejor que puede pasar es que alguna suave criatura se compadezca y, con la negra y prepotente grúa del desamor, lo arrastre a uno al deshuesadero.

Escribo versos en las guardas de los libros. Versos que provienen de los sueños, de las tembladuras de la sangre y la memoria. Versos que la prisa obliga a escribir en cualquier parte. Y de todos esos versos (puestos en horrible caligrafía), de esos sueños y tembladuras del corazón y la memoria, de esos estremecimientos de la carne, acaso quedará alguno que sea el testamento mejor del hombre que soy y que escribe ahora. Mas pienso en mi sano juicio que, en el futuro, cuando yo esté muerto, todos esos libros cuyas guardas he manciñado, y todos los demás que llenan las estanterías de mi biblioteca, serán pastura del reciclaje o sencilla y piadosamente rematados por mis hijos o mis nietos en desiertas librerías de viejo. Pienso en la siguiente escena: un amigo mío, octogenario, entra a la librería y,

deambulando por aquí y por allá, de repente encuentra el libro que me dedicó treinta años atrás. Observa la dedicatoria, su propia dedicatoria envejecida durante tres décadas, y luego ve que las guardas están llenas de una letra palmer incomprendible. Son mis viejos versos, que él es incapaz de descifrar. La pregunta no es si compra el libro o no lo compra, sino ¿cuál es su primer pensamiento al cerrar el libro? Tal vez piense que soy un hijo de puta, malagradecido. Lo que es seguro es que piense en sus propios libros.

Vivo con la certidumbre de mis cálculos, de mi caspa, de mi vientre blando. En la clara merma de mi semen vivo y en el volumen de mi pelo adelgazado. Pero al segundo gallo me levanto, sostenido por la médula fibrosa, cincuentona, y por este terco afán de trocar en oro el plomo de mis días. ¿Qué pensaba cuando vivía en el bosquejo de un futuro incorruptible? Hubo días en que creí que era inmortal. Inventé la palabra “Dios”. Una palabra poderosa. Y luego inventé la palabra “máquina”, una terrible palabra para no pensar en Dios. Está bien, no soy inmortal. Ya vendrá el calendario a castigarnos. ¿Subiré al cielo por la escalera eléctrica que para sus preferidos el Altísimo dispone? ¿Moriré sin deudos y sin deudas y me sentaré a la diestra del Gran Empresario de Pompas Fúnebres? Probablemente no.

Te conocí temprano, cuando fuimos al panteón a enterrar a mi hermanita en una caja de zapatos. Te llevaste a mi abuelo Diego, el

taumaturgo, y yo no pude beber, salvo en retrato, la dulzura verde de sus ojos claros. Se fue contigo mi abuela Lucina, la noble, una noche, entre el aullido desamparado de sus hijos. Y yo me refugié en un juego de niños para no mirarte a la cara. Advertí tu sombra al pie del lecho en el que mi otra abuela, Cointa, la firme, la pétrea, imploraba por un pedazo de aire, un brevísimo trozo de oxígeno que tú no quisiste darle ni a cambio de todas las lágrimas presentes y futuras. Y más tarde, mi abuelo Tomás te mentó la madre corajudo y musical porque sentía cercana su derrota. Pero de él sí conocí las últimas notas de su bohemia, el último *pizzicato* de un vals largamente añejado. Años antes o después, soldado a mi cama de hospital, te reencontré. Acudías puntual con tu vestido blanco y tu cofia a hurgar mi vientre con el ácido nuclear de tu mano descarnada.

Desde entonces te he mirado siete veces al rostro: asaltos, choques, para qué contar los detalles. Y ahora aquí estás de nueva cuenta perra, flaquita, incansable, puta hedionda, blanca, inextinguible, hermosísima señora.

Pero como cantaba María Victoria, *Todavía no me muero*. Me quedan la memoria, la risa y algunos libros. Tres de la mañana. Mi cuerpo no sabe si vive o duerme. El cáncer es un sueño de cuarenta y un grados acompañado de escalofríos. Pero los sueños, como soñaba Calderón que decía, *sueños son*.

¿Qué quieres que te diga? Yo estoy aquí, al pie de mi palabra, esperándote, como siempre.

Mientras yo escriba nada me pasará. Mientras yo cumpla con mi deber de escribir, estaré salvado. Mis palabras serán escudo contra la muerte.

En mi sueño eras la primera plañidera. Y entonabas una oración que las demás mujeres repetían: *La Virgo Mara del Día / llora limone verde / por su nino Iesu / Meu sangrazon / tene latencia viva / por l'aqua verde / de la Virgo Mara del Día / Lloremo fenbras y omes/ todos oseos lloremo / porla Virgo y su dolore*. Eras mi novia antigua y tu oración sonaba a lengua muerta. A dolor amargo de otros tiempos. Yo iba en el féretro. Yo era el muerto por el que plañías esas palabras tan antiguas. Y yo lloraba de ternura por tus tiernas lágrimas que no cesaban de mojar el ramo de flores blancas que llevabas entre las manos.

Una pirotecnia de perros. Están pasando los tonadilleros. Van al mar, a salar las mejillas del amanecer. Los tonadilleros, con sus rimas de papel estraza. Yo, hijo de mi mal dormir, en alas sueño y vuelo sobre azules algodones. Pero esta bebida de mierda no colabora a la ilusión. Miro el reloj otra vez. Del otro lado del mundo es de día. Y ahora mismo, en este momento, hay alguien en algún desierto, en alguna ruina, en alguna excavación, cepillando cuidadosamente los huesos de alguien que vivió hace mil años, o bien descifrando

los temibles libros de piedra. ¿Cuál es la verdad que encuentran, al fin y al cabo? Que la muerte es la misma siempre, sólo el cuerpo es diferente. Somos trescientos huesos revestidos de tan leves prendas, un poquito de orgullo profesional, una presunción de belleza, el recuerdo dichoso de un vuelo intacto. No es extraño que en las noches nos dé por echarnos dos tragos fuertes de ceniza y cantemos una ranchera para llorar. De este lado del planeta reina la oscuridad. Nado en mi lecho gracias al sudor que emana de mi cuerpo. El sudor se enfría y entonces es la muerte, una desagradable y pequeña y helada muerte en el pecho y en el cuello. Debo levantarme al baño, una vez más, orinar y cambiarme las ropas. Ah, ese violín de las bisagras en la madrugada.

Sí, es verdad, lloro cuando me emborracho. No lo niego, ¿sabes por qué? Porque me inunda la tristeza, la triste revelación de que la literatura no me alcanza para escribir lo que siento. Puedo describir las lágrimas y los mocos de mi padre, sus gritos de sangre y de muerte, su bragueta mojada, su ropa húmeda y el ácido picante de su sudor, pero tales palabras no bastan para expresar las verdades detrás de estas miserias, su hondo fracaso... La literatura nunca alcanza para decir lo que de verdad importa. Por eso bebo. Por eso lloro.

En ese tiempo las palomas no ponían pie en arquitecturas de hombre, pues les habían asesinado a todas sus estatuas. Y el caballo

mayor de la Belleza reventaba, una y otra vez, a las puertas inverosímiles del cielo. Imperios de hojalata eran anunciados por trompetas con sordina. En las cisternas de la ciudad reposaban cadáveres de poetas desconocidos, y sus familiares se vestían de buzos para identificar al muerto querido. El cristal del alba escribía con su tinta afilada en el rostro de los extraviados. Y los hombres oscuros ornaban sus atroces bizarrías con sebo de cerdo y consomés de cabeza de carnero. Había muchachas que vendían su carne de invisible amor por centímetro cuadrado y ofertaban su danza erguida y la brasa breve de su horario. Contingentes de hermanos horneaban quijadas de burro, y otros quemaban su llanto en la estufa del candor eterno. Se oía la felicidad como se oye el vuelo de una diosa, mas un instante era largo para el brillo de sus alas. El barro estéril aireaba su vanagloria ante la danza de trascabos. Y había un ángel con el fango a la cintura y oficiales de cualquier cosa que almorzaban asbesto y cobre en los jardines. Mugían las fraguas de los herreros y sonaban los yunques a la sombra de Vulcano, pero la música ya no era, por entonces, una buena costumbre.

El mejor sexo es el que se hace al regreso de un cementerio, luego de enterrar a un amigo. ¿Por qué? Porque la vida adquiere de pronto ese brillo apetecible de lo recién descubierto. Al salir del cementerio, uno advierte los colores como si fueran nuevos, lo mismo ocurre con los olores. La vida explota de pronto, como contraste con la muerte. Y además los amigos del muerto somos egoístas, quizá de manera inconsciente, pero egoístas al fin y al cabo. “El muerto al pozo y el

vivo al gozo”, dice el dicho. Y eso es precisamente lo que convierte un evento funerario en una oportunidad de saborear la vida, de preservarla, de alargarla, de intensificarla, así sea metiendo y sacando nuestro modesto instrumento musical.

Hay días así, ¿no?, ese no saber acomodarse el traje de la soledad y odiarse además por no saber estar solo, días en que tienes ganas de llamar a Dios a gritos y decirle “¡Ven por mí! Soy la imagen y semejanza de tu derrota. Te devuelvo mi credencial de *Homo sapiens*. Señor padrote de las ilusiones perdidas. Te abracé y quise masticar tu sustancia. Abrí tu piel y no había nada: oh, gran cebolla celestial”.

Valgo más muerto que vivo. Si muriera, y eso puede ser muy pronto, mis hijos y mi mujer dejarían de pagar la deuda de Caja Libertad, y el coche. Y quizá nuestra amiga, nuestro ángel de la guarda, se conforme con cobrar menos de lo que nos prestó. No sé qué tan terrible sea esta circunstancia: valer más muerto que vivo. Ya no me lo pregunto. Pero así son las cosas. El futuro no vale nada. Nadie me daría un peso si le prometiera escribir una novela extraordinaria, ni puedo llegar al Monte de Piedad y empeñar mi palabra y decir que soy capaz de escribir un libro de cuentos que desnude la época que me ha tocado vivir bajo el cielo mexicano. Y sin embargo, sé que si por alguna circunstancia siguiera vivo y sano y consciente, puedo escribir precisamente una novela extraordinaria y un poderoso cuentario

que no sólo me hagan rico sino que inscriban mi nombre en el catálogo de los mejores escritores mexicanos de todos los tiempos. A la mierda, a la mierda. Soñar no cuesta nada. Y este dolor no cede.



Entre el sí y el no un hombre pájaro, cuántos vuelos y dudas, insoluciones, equívocos, que cobran sus tarifas en abonos cotidianos. Pero la santa trinidad no es un triángulo equilátero: qué pasaría si sí o si no. El festín suculento de este siglo asoma por las alcantari-llas. Una tarde dibujada a golpes de lluvia, un puntillismo sonoro en el abril del alma. Los paraguas olvidados. Una comida de trapos viejos poblando las narices. La soberbia de los topes telefónicos. Esos conciertos de agua potable. Las telarañas trifásicas de la memoria. El aluminio del amanecer transfigura sensores e inyectores. Un beso tuyo, molusco ciego, dulce, carnívoro, pateo las aves negras de la muerte. Anda, es mejor sumarse al festejo del día mundial del perro callejero. La sencillez del día se embarca en naves extendidas, con las sábanas flotando en el corazón iluminado de las azoteas. Sí. No. ¿A qué le llaman elección? ¿A qué le llaman suspiro en el país del desaliento?



Caminando al camión pensé en una historia: un hombre pelea con su mujer. Ella lo corre del departamento. Este inicio puede variar. Luego se me ocurrió que él pierde el empleo y se vuelve amo de casa, cocina, va por su hijo a la escuela primaria. Pero la mujer se harta. Una

mañana él dice: “Voy por el periódico”. Ella, tras la estufa o la lavadora (es un sábado), le responde, rostro de aniquilación: “No regreses”. Él lo toma a broma y sonrío débilmente. Se va. En su rostro (*close up*) se va notando que piensa en las palabras de su mujer y acaba por embargarle la certidumbre de que ella ha hablado completamente en serio. “No regreses”, se dice él entre labios, mientras compra, en efecto, el periódico. Regresa a su casa y toca inútilmente. La escena cambia. El hombre habla con su madre desde un teléfono público, o quizá con un celular barato. El espectador entiende que hace años que él no habla con su madre. Por las respuestas de él se infiere que la madre le reclama por olvidarla y buscarla ahora que está en problemas. Finalmente ella acepta recibirlo. Nunca se oye la voz de la madre. Es de mañana. El periplo, el regreso del hombre a la casa de su madre, le llevará todo el día, porque de algún modo se queda sin dinero, y tiene que caminar a una zona del otro lado de la ciudad. El cajero se traga su tarjeta (que de cualquier modo no tenía gran cosa). En la conversación la madre le había reclamado: “Te fuiste como tu padre, que nunca volvió”. Una odisea revisitada. El hombre no es Odiseo sino Telémaco y ahora, abandonado, corrido por su mujer, busca a su madre, su consuelo, su hogar, su isla y paraíso, necesita que alguien lo consuele, y quién mejor que su madre. Cuando todo está perdido al hombre no le queda más que una madre y un hogar remoto. (Voz en *off*.) El hombre se dice cosas. Se habla, reflexiona acerca de todo lo que ve en ese viaje de retorno: un cancionero con su guitarra al hombro, un soldado con su rifle al hombro, que cuida el banco del ejército. El teatro de la esquina, un joven avejentado que domina pelotitas como de hule, como de trapo, hace malabares, como Ronaldinho, pero aún más espectacular, usa la cabeza, los pies, increíble. En una esquina

unos punks trasnochados tienen un negocio de bafles y aparatos y luces, contaminación auditiva a todo volumen, y los punks con los rostros blancos de maquillaje, como espíritus, como mensajeros de algo ominoso. La pareja de malabaristas en otra esquina, la vendedora de periódicos, los limpiaparabrisas, en fin, el hombre recorre la ciudad para llegar a la casa de su madre, y el recorrido sirve para retratar una ciudad enloquecida y desolada, él es la reencarnación de esa ciudad que ha sido abandonada por toda cordura. Descomposición. Mantas, manifestaciones, “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”. Un choque, cambios radicales de clima, en algún momento se viene una granizada (¿Poseidón?), luego sale el sol, hace viento, otra vez sol, retrato de un día y de un estado de ánimo que lo va transformando, que lo acompaña. Frases de escritores y filósofos. (Ver *The Spirit*, de Frank Miller, hay una parte donde el héroe se dice algo así como “Qué es un hombre, ¿soy un hombre?”. Quizá el hombre pasa por un tianguis de barrio, hay un puesto de películas pirata y él atina a detenerse mientras el vendedor le prueba esa película a una mujer, y entonces él oye ese fragmento). Versos en las paredes, quizá éstos sean el mejor contrapunto, o el indicador de lo que el hombre está pensando o los signos de su tormento. Una librería de viejo. Allí un libro con poemas de José Carlos Becerra, *El otoño recorre las islas*. El hombre encuentra el verso: *No hay nada sagrado en el regreso*. Ojo. Una cantina, el camión, el chofer y el canchanchán lo bajan a empujones pues no lleva dinero. Una radiografía completa de la ciudad, de sus miserias, de sus múltiples pecados, de sus instantes de belleza extrema, el escote, las piernas, los ojos, las nalgas, todo fugaz, ¿Circe?, ¿Calipso?, Escila y Caribdis, los lestrigones, un ciclista atropellado, etcétera. Algunos versos de Sábines en las paredes:

Puedo decirles una cosa por los que han muerto de amor,
 por los enfermos de esperanza,
 por los que han acabado sus días y aún andan por las calles
 con una mirada inequívoca en los ojos
 y con el corazón en las manos ofreciéndolo a nadie.

O puede ser un cancionero de cantina que ha musicalizado a Sabines. El hombre mira los letreros de los negocios en inglés y se pregunta *¿En qué país estamos, Agripina?* El retrato no sólo de una ciudad sino del país entero, la corrupción, la carestía. Los puestos de periódicos y revistas que lo van anunciando todo a través de sus titulares. Los discapacitados, el matrimonio de homosexuales, el secuestro exprés, la picaresca y el humor de una sociedad que se defiende con ello de su destino. Es el anochecer. El hombre por fin llega al rumbo donde vive su madre. Con trabajo encuentra el edificio de departamentos. Le cuesta reconocer todo. Al fin llega, toca, toca, toca. Nadie abre. Vuelve a tocar. Abre una mujer enfrente. Újule, joven, ese departamento está vacío. Hace años que murió la señora. Dicen que tenía un hijo, pero nunca nadie vino a visitarla. Homenaje velado a *El escapulario del diablo*, cuando el cura regresa por su misal y la casa es una ruina, una fiesta de telarañas. Música final. Puede ser una buena película.

Me despertó la desesperación de los primeros días de enero. No encontrar el tiempo para ponerme a escribir mi manifiesto anual, esa hoja inútil en la que registraba los propósitos del año nuevo, los

proyectos nuevos, que no eran nuevos en realidad sino siempre los mismos proyectos largamente postergados. Me despertó el vodka destilándose en el centro de mi cabeza. Me despertó el calor de la cama. Mi mujer había colocado el cobertor azul, el del león y la leona que miran en lontananza, que sólo usábamos en las noches más terribles del invierno. Me quité el pantalón del pijama. Tenía las piernas calientes. Sentí un poco de frescura. Pero al pegarme otra vez al culo de mi mujer volví a calentarme. Me estiré hacia el buró y tomé el celular. Eran las dos quince de la mañana. *Vivo en conversación con los difuntos*. Las palabras de Quevedo vinieron solas a mi boca, a mi vodka largamente destilado, y retornaron al centro de mi cabeza. Hicieron este viaje dos o tres veces y ya no pude más. Me levanté. Y mientras me ponía el pantalón pensaba en los muertos recientes. La gente se está muriendo. La mañana anterior me llamó mi mujer para decirme: “Se murió la maestra Tere”. Camino a la oficina leí en el *Metro*: “lo centraron”. En la cantina, Limón preguntó de qué murió Franco. Cáncer en el hígado. *Y escucho con mis ojos a los muertos*. Los muertos no leen, me dije al ponerme el sombrero. Salí al jardín y me bañé con el aire de la madrugada.

Aquella mañana los grandes enterraban a la abuela (los niños no íbamos al panteón porque nos marchitaba el aire de los muertos). Para pasar el rato yo jugaba con mi prima a los esposos. Nos enseñábamos las hermosas carnes que el sol no mancha con su oro. Yo la abrazaba en el tapanco y la enamoraba con el silencio perfecto de mis once años. Mas en alguna parte de su espalda —lo recuerdo

bien— presentí, al quinto abrazo, tiernísimas, las dulces alas de la muerte.

A los veintitantos me desprendía los pellejos de la boca y besaba a la muerte en el filo de mi vida joven y oscura. Bailaba con la muerte en las privadas fiestas de la sangre y del alcohol. Olvidé libros amados en los taxis y vagué con el torso desnudo, de madrugada, por esta ciudad tan fea como cualquiera. Una noche dormí en la cárcel por intento de robo a la Cámara de Diputados. Creía que ser bohemio era vomitar en el coche de un amigo a las tres de la mañana. Nadie me dijo lo que me esperaba en el futuro: ese triste oficio de escribir las penas en no más de once sílabas por verso.

Todos mis difuntos me piden enterrar sus carnes muertas en los nidos de sublimes epitafios. Y desean que proclame cuán hermosa fue la manera con que pasaron transparentes por la vida.

A veces subo a la azotea para colocar las velas al barco de las ideas. Pero no hay viento. Entonces, bajo al sótano del cuerpo, llevo la maleta llena de trapos viejos con que he secado la humedad de mis huesos. Por las noches duermo en el lecho del alma, a sufrir los mordiscos del remordimiento. Ésta es una vida muy cansada. ¿Cómo

llamarle a eso? ¿Síndrome Cristo o síndrome Hércules? He vivido tantos años con el fardo de quien se echa a la espalda los trabajos del mundo y se sacrifica por los demás. ¡Qué oficio tan lamentable escogí, hermano Francisco, porque no tengo tus medidas, ni tu peso ni tu sonrisa!

Este ahora es el ayer insomne. Este ahora es un ahora que no existe, sino en el recuerdo de lo que pienso que ocurrirá mañana. Sangra la noche en las paredes. Mi cuerpo no sabe si vive o duerme. En la honda madrugada un perro pregunta si existe el presente y otro perro le contesta: “No, no existe, tan sólo el sueño, hermano, tan sólo el sueño y el recuerdo”. Flota en el aire el secreto de la vida. ¿Cómo saberlo? “Respira”, me dice el corazón. “Pero cómo”, le digo, “si estoy muerto”.

Porque morir no es lo que duele, sino la herrumbre en el sillón del peluquero. Duele estar perdido de borracho, hincado en el lomo de un libro de memorias. Duele abandonar a tientas el álbum de lo vivo, desandar la mirada como quien vuelve sobre sus pasos por una senda de hojarasca.



He recordado algunos pasajes de mi infancia que marcaron la ruta de mi existencia. Hubo muchos, vulgares o atroces, que son en este momento simples historias flotando en el aire de mi memoria. Aprendí de mi padre y de mi abuelo a vivir en los excesos. “Vino, mujeres y canto” a discreción. Un vals a plenitud, para hartarse y desatarse. Mi abuelo me decía: “Arrímale el copal al santo aunque le chamusques los güevos”, y eso quería decir “no te acobardes, atrévete, tómate esta copa, oye esta música, conquista a esa mujer, vive, vive”. El día que cumplí diecisiete años me dijo: “Huye, hijo, vete de tu casa y de este pueblo. Tal vez, al final de tu vida te encuentres, como yo, con que no tienes nada; pero si no te vas, jamás verás de frente la verdad de tu vida”. Y le hice caso. Y me fui. Y viví. Le arrimé con mucha frecuencia el copal al santo y hoy, que no tengo nada, salvo esta cama y esta sentencia que me carcome, no me arrepiento de haber vivido como lo hice. De cualquier manera, todo es pasajero. Pasajeros el placer y el arrepentimiento; pasajero el éxtasis, igual que el tedio o la abundancia. Todo es pasajero en esta vida. Los sabios antiguos han querido consolarnos de esta desgracia, y aun existió un poeta, loado sea (cuyo nombre fue a parar a unos anteojos), que escribió: ... *y solamente lo fugitivo permanece y dura*. Pero yo tengo mis dudas. Lo fugitivo también se desvanece, lo mismo que la carne. La piedra sufre igual destino. Al final el sol se burla de nosotros, hojitas del otoño. *Verba volant, scripta manent*, reza el proverbio latino. ¿Por eso escribo? No lo sé. He disfrutado la volcadura de la piel y de los vasos, mientras otros se dedicaban a hacer billetes, hijos o historia. Ahora ya nada importa. Ya viene la agresión de la

distancia, ya se anuncian los reclamos astifinos, sin sosiego, de las verdes moscas de la muerte.

Vivir acostado la mayor parte del día conduce, tarde o temprano, a la idea de la muerte. Pienso en mi muerte. ¿Moriré como Edgar Allan Poe, en una callejuela oscura y solitaria, ebrio y ahogado en mi propio vómito? ¿Falleceré como Pierre Curie, una tarde miserable de abril, atropellado por un percherón? ¿Estiraré la pata como Tina Modotti, en la vulgar soledad de un asiento de taxi? ¿Sucumbiré como James Dean, convertido en chatarra al volante de un Jaguar 1955? ¿Me iré al más allá volando bajo como Pedro Infante? ¿Moriré enterrado vivo, como Joaquín Pardavé? ¿Me llevará la chingada como a Johnny Weissmuller, internado en un manicomio de Acapulco? No. Moriré de un vulgar cáncer de riñón.

Sé que no moriré empalado ni en la hoguera; no moriré crucificado ni en la guillotina; no moriré fusilado ni en la cámara de gases; no moriré en la silla eléctrica ni en el circo devorado por las fieras. No me hervirán en vino o aceite, como ocurría a los culpables de delitos de falsedad. No seré colgado de un árbol como vil desertor; no me lapidarán como sucedía a los ladrones. No me azotarán, no me cubrirán la cabeza con una piel de lobo, no me calzarán con zapatos de madera, no me encerrarán dentro de un saco de cuero de vaca junto con culebras y alimañas, y no me arrojarán al agua para ser purificado. No tocarán mi cuello el hacha, la espada o el garrote. No me morderán las hormigas voraces del Brasil ni despedazarán mi carne los buitres. No beberé cicuta ni arsénico.

Sé que no quiero morir de viejo ni de huelga de hambre. Sé que no quiero morir en una clínica del Seguro Social ni en una estación del Metro. Sé que no quiero morir asaltado por un judicial federal ni por un raterillo nocturno. Sé que no quiero morir de muerte natural.

Si me fuera dado escoger, si apareciera el Altísimo y me otorgara el don de elegir mi muerte, escogería morir, como lo proclamaba el poeta, *al declinar el día, en altamar y con la cara al cielo*. O mejor todavía: morir aquí, en mi cama, fornicando con alguna hembra placentera; morir con el semblante risueño, extasiado, con el miembro erecto, de manera que los familiares o los empleados de la funeraria estén obligados a cercenarlo para ungirme el traje oscuro que más convenga a mi respetable estado; morir con los labios beatos y estirados por la felicidad del supremo momento. Morir, pues, de lo que sea, a condición de que mi cuerpo reciba la bendición del fuego y después las cenizas se dispersen en los cuatro puntos cardinales de mi lecho, con estas palabras: *polvo serán, mas polvo enamorado*.

De mí sé decirte, ángel de mi guarda, que ya no soy compatible con el clima de la Tierra, que orino sangre en las mañanas (y esto que te digo no es una figura literaria). Ya mis huesos no son los huesos alegres de otros días. Cada tarde me repito: “me doblo pero no me quiebro”. Y sin embargo me quiebro al primer nublado. Habías de verme tepalcate tirado en medio del arroyo. Habías de venir un día a darme aire con tus alas, agitar tus alas sobre la llanura de mi espalda, o soplarme tu aliento tibio en la mollera, a ver si así desquitas,

ojete, tu salario. Dile a tu padre que venga a recoger los pedazos de barro que soy ahora, los tepalcates que vengo siendo en las mañanas, el jarro que él abandonó antes de la segunda quema. Si tan sólo me hubiese metido otra vez al horno, yo sería un ser vidriado, refractario a los dolores.

Por las mañanas toco mi esqueleto. Toco la clavícula, me cuento las costillas. Desciendo al sacro —no tan sagrado— y luego a las tibias. Recorro cada mañana mi esqueleto, hueso por hueso. Es una manera amable, creo, de saludar a la muerte que me habita. La muerte, la mía, vive en mí, en una callada espera, no tiene prisa. En algún momento me pregunto quién soy. No soy el esqueleto, no soy mis venas ni mi sangre. ¿Soy el que soy porque tengo un corazón y un cerebro? ¿Quién es el que piensa? ¿Quién dice mi nombre cuando alguien lo pregunta? Sé que soy un entramado de músculos y venas y nervios y tumores y sueños. Y los queridos huesos que saludo cada mañana.

Saludo a la muerte en vida, festejo mi muerte todos los días. ¿Moriré cuando la bomba de la sangre se detenga? ¿Cuando el cerebro se parta en dos como una nuez? ¿Cuando este tumor, como un globo de agua, me explote en las entrañas? (La vida es movimiento. Cuando cese el movimiento, iniciará el movimiento de la muerte.) Al final subo a la cabeza, toco las cuencas de mis ojos, siento las quijadas, los huesos de los pómulos. Toco la frente, toco en mi frente dura, toc-toc-toc, y pregunto a la muerte cuándo. Y la muerte responde: “Hoy no, joven. Todavía no”. Pero sé que mañana, o pasado,

volveré a tocar mi calavera bajo la frente, toc-toc-toc, y entonces la Señora Blanca, la mujer más bella del mundo, preguntará: “¿Quién es?”. “Soy yo”, le diré. Y ella responderá: “Ya voy”.

Nuestro tiempo transcurre bajo el imperio de la información. Los mecanismos y herramientas con que ésta se transmite actualmente eran inconcebibles hace apenas unos lustros. Sin embargo, la información y su exceso cibernético han atentado contra un patrimonio de las personas: el conocimiento. Así, es posible decir que tenemos acceso a casi cualquier tipo de información, pero del mismo modo es posible asegurar que somos esclavos de la ignorancia. Sin contar con que el vértigo es el signo de nuestros días, de nuestras vidas. La última innovación tecnológica, la desaparición de una especie animal, la tradición que ya no lo es más, el funcionario ladrón: todo lo vivible y comunicable está signado por el vértigo. Todo ocurre demasiado rápido y parece de pronto que ya no somos capaces de valorar el peso de las noticias, y menos de nuestros actos. No vivimos al día, sino al momento. Cada mañana los noticieros nos abruman con nuevas noticias, nuevos adelantos científicos (por ejemplo, en no sé dónde inventaron una taza de baño capaz de determinar si el usuario padece diabetes, hemorroides, o si hay embarazo, en el caso de ser usuaria). La percepción del paso del tiempo ha cambiado radicalmente. La vida que transcurría sosegada entre estaciones bien marcadas es hoy un infierno de cambios climáticos, de cifras, de horarios de verano, de primeras planas y modelos de última generación. “Lo último” de esto o aquello es rápidamente suplantado por “lo último” de esto o

aquello. Arrasados por novedades literarias, quisiéramos tener un respiro para volver a los clásicos. A donde quiera que enfoquemos la mirada, la prisa y la rapidez son las virtudes cardinales.

Y en este escenario pienso mucho en los hombres y las mujeres de mis tiempos de niño que son ahora una comunidad de ancianos, un pequeño grupo de seres rarísimos, pletóricos de arrugas y de canas, bastones y quejumbres, condenados de un plumazo, no a la discapacidad física, que ésa se entiende, sino a la discapacidad tecnológica. ¿Ésta es una parodia de la selección darwiniana? Los que se adaptan vivirán. De todos modos ya están en esa edad, entre los ochenta y la muerte, en que a veces la ignorancia es una madre piadosa. Lo triste no es la muerte, dicen, sino el olvido.

Soñé con mi madre muerta. Mi madre vino a mi sueño a despedirse de verdad. Fue un sueño dulce, de cierta manera. Nos abrazamos y me confundí al hablarle porque le dije “Eres mi hijo”. Y ella me corrigió “No, mi hijo eres tú”. No estaba vieja, pero tampoco era una joven señora. Tenía como sesenta años y el rostro amable e iluminado. En cierto momento le dije, con un vago tono de desesperación, que me esperara allá a donde iba. Recuerdo que le dije algo así: “Apártame un lugar junto a ti”. “Sí”, respondió, “no te preocupes, tranquilo, yo te esperaré. Ahora dime adiós”. Yo era consciente de que estaba soñando, pero no quería despertar porque sabía que, si despertaba, iba a perder su última imagen para siempre. Le acaricié el rostro, lo apreté contra mi pecho. Ella volvió a dedicarme una sonrisa. “Allá te espero, hijo mío”, me dijo dulcemente. Después de

estas palabras, quise besarle la frente, pero ella se hizo aire y desapareció. Desperté. Estaba oscuro. Afuera, en plena madrugada, caían las primeras gotas de la tormenta. Gotas gruesas, como avisos del tiempo.

Miro en el espejo el maniquí desnudo que soy por las mañanas. El cadáver presenta una rara belleza consumida, el pecho roto, las rodillas mancilladas por el uso, descarapelados los codos y la frente. Lo más triste son los ojos, con esa fijeza impertinente de los que viven una vida falsa, de los que han viajado mucho. Y no han aprendido nada.

Remato corazón en regular estado. Papeles en regla. Ofrézcame. Carne abierta en canal para el baile de la muerte. Entretanto, sigo aquí, con los pies hundidos, batiendo lodo, en la insomne ladrillera.

Dulce es la derrota cuando uno inclina la cabeza y, con una sonrisa amarga, claudica de una vez por todas (mejor si es una tarde de tormenta). Rendirse de una buena vez. Volver la médula a su sitio y alisarse los cabellos. Quise ser el mejor, y apenas fui el rastreador de los medianos. Quizá ni siquiera eso. Y me engaño. Y los vi pasar a todos, echado sobre una colina. Quisiera besar el polvo de los

huesos de mi madre muerta. Filtrar el agua de mi corazón para decirle que perdone a este hijo de la chingada, y escuchar de sus amables labios: “Puedes venir en paz”. (Aunque la vida no haya terminado.)

Granada de fragmentación
(Cuentos y brevedades)

El nuevo continente

que ésser fidel, mustia.

JOSEP CARNER

En la esquina de Carranza y Degollado estaba la cantina El Nuevo Continente. No era ésta la cantina habitual de Agamenón. La había visitado seis meses atrás y entonces le había disgustado el ambiente rancio del local, el espeso olor del urinario. Pero tenía una ventaja: estaba alejada del centro. En su cantina favorita, El Bohemio, distante un kilómetro, abundaban el ruido y la gente que lo conocía.

Antes de entrar, Agamenón miró su reloj: 2:55. Había citado a la muchacha a las tres. El lugar estaba vacío, excepto por un trío de viejos que jugaba dominó en una de las mesas. A Agamenón le bastaron unos segundos para darse cuenta de que el ambiente y el olor, inalterados, mantenían su lamentable prestigio.

Tomó asiento.

—¿Qué va a ser, don? —dijo un mesero, acercándose.

—Una Vicky bien “helodia”.

—¿Un caldito de camarón?

—Al rato te aviso —dijo Agamenón—. Voy a esperar a alguien.

El mesero terminó de limpiar la mesa y fue al refrigerador. El cantinero, un hombre escuálido a quien le colgaba el pellejo de la papada, tenía los ojos fijos en la pantalla donde el Milán le estaba ganando dos-cero al Real Madrid. Agamenón se quitó la corbata y la metió en el portafolio. Como había ocurrido en aquella primera visita, atrapó su atención el mural naíf, pintado en la pared del fondo, donde un Cristóbal Colón demasiado rubio tiene una rodilla puesta en la arena de una playa tropical, con el brazo izquierdo extendido y en el derecho un estandarte con una vaga cruz flordelisada; el descubridor del nuevo continente está rodeado por algunos de sus hombres (¿los hermanos Pinzón?), y entre el follaje, al pie de los cocoteros, asoman varios indígenas; al fondo, el mar y las carabelas. “Aquí estoy, en El Nuevo Continente”, pensó Agamenón, con una sonrisa, “soy un aventurero, un descubridor de emociones”. Quiso interesarse por el partido, pero en ese momento el árbitro silbó el final del primer tiempo. El cantinero cambió de canal y empezó a ver una telenovela colombiana en la que aparecieron dos mujeres en bikini. “Ésas son nalgas”, le gritó uno de los viejos, “no las chingaderas de tu hermana”. El cantinero, sin mirarlo, exhibió una sonrisa aburrida que parecía tener ensayada desde hacía quinientos años. El mesero puso una charola con trozos de bolillo, y segundos después colocó la cerveza y un tarro helado. Agamenón tomó un pedazo de pan y lo mordió. Estaba crujiente.

En ese momento entró la muchacha.

El Marqués de Sade escribió que no hay nada más dulce que una mujer infiel. Pero, ¿qué hay del hombre? ¿Un hombre infiel es una criatura también dulce?, ¿o amarga?, ¿o acaso agridulce? Agamenón, que endulzaba con frecuencia sus labios en las mieles ajenas, se hacía esas preguntas, sin la menor intención de responderlas. Para él, eso que llaman infidelidad era una tradición familiar, alejada de la moral, la religión, la lealtad o lo socialmente correcto. Su abuelo, músico él, dejó a su abuela por otra mujer, y a ésta la cambió también a la vuelta de algunos años. Su padre perfeccionó su ejemplo, pues dividía su vida entre su madre y otra señora más joven, además de los “detalles” que le fueran saliendo en la semana. Es fácil ser mujeriego. A Agamenón la infidelidad le parecía un deporte divertido, emocionante y, sobre todo, placentero. La clave de la infidelidad es el placer. Sin placer, hasta las mieles ajenas pueden convertirse en una rutina. Eso lo sabía Agamenón perfectamente. Por eso buscaba, cada vez con mayor ansiedad, las experiencias más deliciosas o turbadoras o sórdidas que alimentaran el placer de lo prohibido.

La muchacha hizo un mohín de disgusto al percibir el espeso olor del urinario. Tomó asiento y besó a Agamenón en la mejilla.

—¿Por qué me citaste aquí? —dijo con un aire de reclamo.

—Porque aquí nadie me conoce —contestó Agamenón—. Tranquila, ven aquí.

La tomó del rostro y la besó en los labios.

El beso era el arma secreta de Agamenón. Había estudiado y practicado el arte del beso desde la adolescencia. Y si algo había aprendido en la vida era que un buen “besador” es aquel que al besar a una mujer la hace sentir que ella es la mujer de su vida. Un gran

beso es suficiente para humedecer a una mujer. Y quien franquea la puerta del beso, tiene a su disposición el paraíso.

Agamenón se regodeó en los labios carnosos de la muchacha. Al separarse, ella sonrió. El leve disgusto había desaparecido de su rostro.

Se llamaba Brisa. La había conocido en una oficina de gobierno, una de las tantas que Agamenón visitaba con el propósito de auditar los manuales de procedimientos. Agamenón trabajaba en la Contraloría. Y le fascinaba que los empleados le tuvieran miedo. Las secretarias le sonreían nerviosas. “Pásele, licenciado, tome asiento; en un momento lo recibe el director”. Esos minutos de espera bastaban para establecer el primer contacto. “¿Y usted cómo se llama?”. Brisa. En las visitas siguientes Agamenón obtenía la información necesaria para desplegar su estrategia. Le gustaban las esposas jóvenes, muchachas de veintiuno o veintidós, ya con un hijo en el kínder, gordibuenas, a quienes el marido tiene en un semiabandono. “Ésas son las más cachondas”, se decían entre sí Agamenón y sus amigos. Mujeres que se casaron muy jovencitas y, después de haber vivido su primera maternidad, están tratando de recuperar su figura y la conciencia de su libido. “Ya probaron la carne y difícilmente querrán hacerse vegetarianas”.

Así que una mañana Agamenón le llevó chocolates a Brisa. Y recibió la respuesta que esperaba:

—Muchas gracias, licenciado, qué amable, pero no debo comer chocolates, son muchas calorías.

Entonces Agamenón esgrimió su espada y dirigió la filosa punta a los oídos de la muchacha:

—Un beso de un minuto puede quemar hasta cincuenta y seis calorías. Así que no te preocupes.

Lo demás era cuestión de tiempo. Y el tiempo había trabajado en su favor. Una tarde encontró a Brisa, camino del estacionamiento. Además de su bolso, ella llevaba una botella de agua y un paquete de documentos. Agamenón le cargó los documentos y la acompañó hasta su coche. Cuando Brisa había acomodado todo, cerrado la cajuela, y estaba por dar las gracias, recibió en la penumbra del lugar un beso que la desarmó. En la indefensión total, no tuvo argumentos ni escudos para protegerse de ese beso pleno de alevosía y ventaja, un relámpago que parte en dos al tiempo: antes y después. A partir de ese momento no hay camino de regreso. Porque además ellas también —se decía Agamenón—, secreta o abiertamente, lo desean, anhelan volver a sentirse vivas: desean el deseo, el chicotazo fulgurante de lo prohibido, la adrenalina, el dulce chocolate de la lujuria.

De manera que volvieron a encontrarse en el estacionamiento al día siguiente. Y esa vez, en el coche de Agamenón, quemaron más de mil calorías.

Y ahora, Agamenón y la muchacha, en su tercer encuentro, se estaban besando en una cantina espantosa, sin importarles el ambiente rancio ni el espeso olor del urinario.

El mesero sirvió a Brisa un caballito de tequila blanco. Y un minuto más tarde volvió con dos caldos humeantes de camarón y limones partidos en cuatro. El cantinero continuaba mirando la telenovela colombiana. Colón seguía de hinojos en la arena. La cruz flordelisada. Los indígenas expectantes. “Salud, bonita”, dijo Agamenón, tomó la botella del cuello, chocó el cristal con el cristal

del caballito, y empinó la cerveza sobre sus labios: uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos. La criatura rubia, helada y amarga, que habitaba en el cuerpo de la cerveza, le quemó la garganta y le nubló la vista con un manto sutil de lágrimas, lágrimas falsas, lágrimas de felicidad.

El caldo estaba caliente. Agamenón llevó una mano bajo la mesa y tocó las rodillas desnudas de Brisa. Uno de los viejos que jugaba dominó detectó el movimiento y sonrió, con la complicidad del camarada. De pronto, Agamenón pareció recordar algo importante. Con la otra mano extrajo el celular del saco y marcó el número de su esposa. Mientras escuchaba los tonos de llamada, llevó su mano más adentro, entre las piernas de la muchacha. Ella abrió el compás, con discreción. Agamenón finalizó la llamada y volvió a marcar. Nuevamente dejó que los sonidos del teléfono se repitieran. Miró a la muchacha soplarle al caldo de camarón y menearlo con la cuchara. Estaba a punto de colgar, cuando su esposa finalmente contestó. “Bueno”. Su voz se notaba agitada. Él le preguntó: “¿Qué estás haciendo?”. “Estoy poniendo la cortina del baño”, dijo ella. Agamenón recordó en ese instante las numerosas ocasiones en que ella le había pedido que hiciera ese trabajo. Y sintió una punzada de remordimiento. Saberse ahí, tocando el paraíso, mientras su esposa realizaba una tarea que él había ofrecido ejecutar lo hizo sentirse mal. Pero la sensación duró apenas unos segundos. Ya la compensaría dándole dinero para comprar alguna joya de fantasía, de las que tanto le gustaban. Ahora había que disfrutar de esos labios carnosos que se abrían, que le mordían el lóbulo de la oreja y le susurraban quedamente: “Vámonos a otro lado”. En ese momento las puertas de la cantina dieron paso a un trío. El del requinto picoteó

sobre las cuerdas mientras sus compañeros esbozaban acordes. “¿En dónde estás, que escucho música?”, preguntó la esposa de Agamenón. Éste acentuó la caricia sobre las piernas de la muchacha. “Estoy en la oficina”, dijo enseguida, “es el cumpleaños de una compañera y alguien contrató un trío... Oye, pero deja eso de la cortina, llegando lo hago”. “No”, dijo la mujer, “ya estoy terminando”. Su agitación era notoria. Agamenón la imaginó con un martillo en la mano, un clavo en la otra, y el celular encajado entre la quijada y la clavícula. “¿Una melodía, mi jefe?”, preguntó de pronto el del requinto. Agamenón negó con la cabeza, al tiempo que decía: “Por favor, mujer, deja eso”. Pero su esposa repetía con voz temblorosa: “No, no, ya mero termino”. Agamenón buscaba una frase para despedirse, cuando la escuchó quejarse. “¡Ay!”. “¿Qué te pasó?”, le preguntó, alarmado. “¡Me machuqué!” exclamó su esposa. Luego Agamenón pudo escuchar al otro lado de la línea un aghhh prolongado. La muchacha le acariciaba el antebrazo. “¡Te dije que lo dejaras!” le reclamó. Su mujer dijo, con evidente esfuerzo: “Voy a colgar”. Y, en efecto, cortó la comunicación.

—¿Algún problema? —indagó Brisa.

—No, ninguno —respondió Agamenón—, un asuntito casero.

El caldo de camarón estaba en su punto. Colón seguía de hinijos en la arena. La cruz flordelisada. Los indígenas expectantes.

—Termina tu caldo y nos vamos.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa —dijo Agamenón, y volvió a devorar los carnosos labios.

Dos oficinistas entraron al local. En la mesa del dominó detonaban las risas y las palabras de los viejos: lugares comunes, alburess

astillados por la costumbre. Agamenón bebió los últimos tragos de cerveza y enseguida se dio maña para acariciar la mejilla de la muchacha y sopear el caldo. El caballito de ella estaba vacío. “¿Quieres otro?”, preguntó Agamenón. Brisa lo miró con su cara redonda y juvenil. Lo miró en silencio y acercó su boca para besarlo. Fundido en la húmeda y suave oscuridad del beso, Agamenón pudo advertir la adrenalina de la muchacha, la intensa voluptuosidad de quien descubre algo nuevo: un placer, un sabor, una tierra nueva..., un continente.

En la barra, el cantinero devolvió la pantalla al fútbol.

Estaba por empezar el segundo tiempo.

Con Madonna, a la luna

En un edificio de departamentos todo se sabe. Lo primero que Teresa supo de él fue que se llamaba Egisto, vivía solo y estudiaba en la Facultad de Arquitectura. Lo segundo que supo fue que era muy amable. Al cruzarse por las escaleras, él le decía “Buenos días, señora Tere”, o “Buenas tardes, doña Tere”. Lo odiaba por ser tan joven y tan atractivo, lo odiaba por llamarla señora o doña. Hasta que un día, en una junta de condóminos, se lo dijo: “No me gusta que me digas doña ni señora, no soy tan vieja”.

A partir de entonces, al encontrarse en la entrada del edificio o cruzarse por el pasillo, le decía simplemente “Buenas tardes, Tere, cómo le va”; o “Buenos días, qué gusto saludarla”. Aunque Egisto continuaba hablándole de usted, Teresa descubrió una mañana que empezaba a simpatizar con el muchacho. Porque además éste era como el ideal

de toda madre: serio, buen estudiante, respetuoso y trabajador. Y la cereza sobre el pastel: sabía hacer cosas con las manos, ese tipo de trabajo con las manos que las mujeres adoran en un hombre: componer casi cualquier máquina, arreglar una fuga en el lavabo, cambiar una llanta, atornillar, clavar...

Teresa estaba casada con Agamenón, un empleado de gobierno a quien se le veía poco por el edificio: salía temprano y regresaba ya muy noche de la oficina. Tenían dos hijos, Ifigenia, de diez años, y Orestes, de ocho. Teresa llevaba sus treinta y siete cumplidos con una “resignada impaciencia”. Esa frase se la había encajado su amiga Leonor, que vivía en el último piso. Leonor era viuda, cuarentona, y se dedicaba a la venta de joyería de fantasía. Leonor visitaba a Teresa con frecuencia para venderle pulseras, aretes, collares y otras piezas muy vistosas elaboradas con zirconia y cristales de Swarovski. Y en esas ocasiones charlaban de joyería y de la vida. Desde luego evitaban conversar de las joyas apagadas en que se estaban convirtiendo sus vidas, aunque, al contrario de Teresa, Leonor no pareciera una mujer insatisfecha ni triste. A Teresa le había costado un esfuerzo considerable hacerse su amiga, porque Leonor no era querida en el edificio. Sus fiestas escandalosas los viernes por la noche le habían granjeado el odio de la comunidad. Sus invitados, hombres solos y también parejas, fundidos por el alcohol, bajaban las escaleras a las cuatro de la mañana, e incluso al amanecer del sábado, en calidad de zombis o espectros.

Teresa recordaba muy bien la tarde en que ella y Leonor empezaron a conocerse mejor y a ser amigas. Aquel día sus hijos estaban en curso de verano y saldrían hasta las seis. Y Agamenón siempre

comía en el centro, cerca de la oficina. Así que a las dos de la tarde Teresa subió al último piso y la invitó a comer.

—Con una condición, mi reina —dijo Leonor.

—¿Cuál? —preguntó Teresa.

—Yo preparo las bebidas.

—Oqueei —aceptó Teresa y desgranó una pequeña carcajada.

—Nada de Baileys ni margaritas —afirmó Leonor—. Me cuentan que eso es lo que ofreces en tus reuniones, ¿no?

Teresa no estaba sorprendida. En un edificio de departamentos todo se sabe.

—¿Qué te gusta a ti? —preguntó.

Leonor bajó unas botellas y un rato más tarde estaban en el departamento de Teresa bebiendo la primera cuba libre de la tarde. Leonor la ayudó a poner la mesa. La cocina era un territorio en el que Teresa se desenvolvía no como reina, sino como generala, una generala con buen gusto y sazón. Así que comieron espagueti a la boloñesa, salmón en costra de miel, y de postre pay de limón. Hablaron de los vecinos, del negocio de joyería, de los hijos de Teresa, del trabajo de Agamenón. Hablaron de Egisto. “Ese cabrón chamaco no ha dejado a nadie para comadre”, dijo Leonor en algún momento. Teresa sonrió con la confidencia, pero no se atrevió a preguntar a qué se refería. Después retiraron los platos. Leonor se ofreció a lavarlos. Y por fin pasaron a la sala, con la tercera cuba de la tarde en las manos.

—Ahora sí, corazón —dijo Leonor—, vamos a platicar.

“¿Y qué hemos estado haciendo?”, se preguntó Teresa. Leonor era una extraña mezcla de María Félix y Erin Brockovich, con la voz aguardentosa de Chavela Vargas, en sus mejores días.

—Me vale madre el feminismo y me encantan los hombres —aseguró Leonor a quemarropa, y encendió un cigarro, sin preguntarle a Teresa si podía fumar—. Voy a cumplir cuarenta y cinco años. Enviudé hace diez. Tengo un hijo exitoso que vive en Estados Unidos, está casado, así que me encanta verlo, incluyendo a la nuera y al nieto, cuando me visita en navidad. No tengo pareja fija —prosiguió diciendo—, no dependo de nadie, vivo sola en un departamento que yo me estoy pagando. Cuando quiero coger voy y se lo propongo al fulano, si acepta, bien, y si no, también. Me cuido mucho porque este cuerpo es lo único que tengo. No le rindo cuentas a nadie y no quiero compromisos con nadie. Ésa soy yo, mi reina —concluyó Leonor—. ¿Y tú, Tere, quién eres tú, realmente?

Teresa mintió. Dijo que amaba a su marido (“Agamenón batalla mucho en su trabajo, por eso no viene a comer, pero siempre me llama a mediodía. Trabaja mucho el pobre, y yo tengo que apoyarlo”), dijo que era feliz, que estaba a gusto con su vida.

—Tere —la interrumpió Leonor—, yo quiero ser tu amiga.

—Yo también —aceptó Teresa.

—Entonces no me mientas —expresó Leonor con un tono judicial. Pero enseguida suavizó el tono y dijo, conciliadora—: Te voy a decir quién eres, Tere. Y no te enojés...

Teresa se puso a la defensiva.

—Ahora resulta que tú me conoces mejor que yo.

—Tranquila —murmuró Leonor y la tomó de las manos.

—Bueno —dijo Teresa, y se obligó a sonreír—. A ver, dime quién soy.

Leonor le dijo:

—Imagínate una fruta apetitosa en medio del frutero, una fruta madura, espléndida, todavía brillante. Pero nadie la toca; la miran y la admiran, pero nadie se atreve a tomarla. La fruta está buenísima, pero está como hechizada, como congelada en una extraña espera, en una resignada impaciencia. ¿Por qué nadie se la come? No lo sé. Eres una señora hermosa, pero te vistes como vieja. No te importas, no te cuidas. Me has comprado joyería que casi nunca usas... —Leonor hizo una pausa y acercó su rostro al de Teresa, en su mirada no había compasión sino curiosidad—. ¿Hace cuánto que no coges con tu marido? No me lo digas. Pero estoy segura que no te ha tocado en semanas, tal vez en meses. ¿Cierto? No me lo digas. El cabrón andará cogiendo con su secretaria.

Los ojos de Teresa se pusieron brillantes. Leonor iba a decir “no llores”, pero se arrepintió a tiempo. Sabía que todo lo que había dicho era verdad.

—Tere —dijo—. Soy una comerciante. Y los comerciantes somos los mejores psicólogos del mundo. Te he observado, te he “leído”. Hay que saber leer a las personas para venderles.

Teresa bebió el resto de la cuba, luego se cubrió el rostro con las manos y no pudo reprimir las lágrimas. Leonor le acarició el cabello, en silencio. El llanto de Teresa inundó la estancia por un momento. Cuando pasó la tormenta, Teresa se levantó y fue al baño. Al regresar venía seca, con el rostro ligeramente maquillado, y una sonrisa en los labios.

—Gracias —dijo en un suspiro.

—¿Gracias de qué, mi reina? —respondió Leonor.

Teresa le dio un abrazo. Ambas se palmearon y acariciaron la espalda. Unos segundos después, Leonor exclamó:

—¡Carajo, tengo una cita! ¡Y tú debes ir por tus niños!

En el umbral de la puerta se dieron otro abrazo. Antes de despedirse, Teresa recordó algo y le preguntó:

—Oye, ¿por qué dijiste eso de Egisto?

—¿Qué?

—Que no ha dejado a nadie para comadre.

—Ay, Tere, no te hagas tonta, ¡no me digas que no sabes! Si aquí todo el mundo está enterado.

Teresa estaba sorprendida.

—Pues no lo sé, perdón.

—Egisto ya se cogió a Mayté, la del cuarto piso, ya le hizo el favor a Susana, la mamá de los gemelos, y no sé a cuántas más... Creo que sólo faltamos tú y yo. Yo, la verdad, paso sin ver —y agregó—: No me gustan los jovencitos. Y tú, no sé, a lo mejor deberías probar esa carne fresca, te vendría muy bien.

A partir de esa tarde, se volvieron confidentes. Y otra consecuencia más de aquella comida fue que Teresa comenzó a mirar a Egisto con otros ojos.

Un día, a solas, cuando los hijos se habían marchado a la escuela y el marido al trabajo, Teresa revisó su clóset, miró su ropa. Se miró al espejo repetidas veces. Miró fotos de sus hijos y se preguntó quiénes eran esos niños. Miró el retrato de bodas y dijo en voz alta:

—¿Quién es este hombre?

Concentró su mirada fría en Agamenón, con quien se había casado quince años atrás, miró su sonrisa de macho alfa, el ramo de azahar en la solapa del esmoquin, el cabello reluciente. Y la revelación le cayó encima: reconoció que hacía tiempo que odiaba a su marido, que lo odiaba en secreto, que ese odio metido en las

entrañas la estaba quemando. Y decidió que debía sacar ese odio y expresarlo, que debía, si quería vivir en paz, odiarlo a la luz del día, odiarlo durante todas las horas del día. Teresa pasó los dedos sobre el rostro de Agamenón, sobre el frío cristal del retrato de bodas y exclamó:

—Hijo de puta.

Un sábado por la mañana, semanas más tarde, Teresa estaba en la cocina, frente al fregadero, mirando la torre de trastes que había salido del desayuno. Tenía los guantes puestos, pero no se atrevía a abrir la llave del agua. Apenas podía controlar la rabia que le había ido creciendo durante esos días. Agamenón, como todos los sábados, se había marchado con sus amigos a la unidad deportiva, a hacer el ridículo jugando fútbol, por Dios, con esa panza. Ifigenia y Orestes, como todos los sábados, y en realidad como todas las tardes entre semana, se encontraban en sus cuartos, con los audífonos puestos, oyendo música o metidos en Facebook, separados del mundo. Teresa encendió la televisión en la sala. Necesitaba ese ruido. Desde la cocina no podía ver pero sí escuchaba perfectamente. Por fin se atrevió a abrir la llave del agua. Miró el chorro cortar a medias la grasa de los platos. Metió la mano al cubo donde estaba el jabón y agitó furiosamente el agua para hacer espuma. En la pantalla estaba un programa de chismes, en el que se destazaba la vida de los artistas de México y de Hollywood. La conductora dijo de pronto: “Y ahora quiero platicarles que la cantante Madonna, la Reina del Pop, pagará doscientos mil dólares por viajar en un cohete espacial

a la luna, pues desea olvidarse de sus problemas. ¿Qué les parece? ¿Quién fuera Madonna, no? Se dice que ha estado muy deprimida por todos los rumores que giran alrededor de su separación con su esposo Guy Ritchie. Además de la publicación del libro de su hermano, Christopher Ciccone, en el cual se narran varias intimidades de la vida de la cantante. Madonna ha estado llorando mucho y está muy dolida por todo esto. El sentimiento de traición es demasiado fuerte para soportarlo. La Chica Material viajará en el *SpaceShip Two* del empresario británico Richard Branson, dueño de la compañía Virgin. El periódico dominical *News of the World* dice que aunque los vuelos de turistas a la luna comenzarán a partir del año próximo, se hará una excepción con la Reina del Pop, pues ella atraviesa un momento crítico en su vida y pagará esa cantidad de dinero para poder alejarse de todos estos problemas”. “¿Y a dónde puedo yo viajar para olvidarme de los míos?”, se dijo Teresa, que enjabonaba los platos y las tazas con un furor que no recordaba haber sentido nunca antes. Se imaginó a Madonna, asomada a la ventanilla del cohete, con una sonrisa glamorosa y diciéndole adiós con la mano: “Ahí te quedas, Teresita, con tus problemas, yo me voy a la luna”. Una taza resbaló de sus manos y se estrelló contra un plato. Teresa cogió otro plato, lo enjabonó, y éste volvió a resbalar. Tenía la vista nublada por la furia. Veía los pedazos de loza esparcidos en el fondo del fregadero. Un calor irritante le subió de las piernas al pecho y, más arriba, se estancó en la cabeza. Teresa tomó un nuevo plato, lo levantó y lo estrelló violentamente contra la llave del agua. El plato se repartió en pedazos por el fregadero y el piso. La llave del agua salió despedida por un potente chorro de agua que se proyectó contra el techo. Teresa gritó. Puso la mano sobre el agujero y sólo consiguió

quedar empapada. Volvió a gritar. Ninguno de sus hijos acudió a ver qué pasaba. Alcanzó un trapo de cocina y logró taponar la fuga. Salió corriendo de su departamento y rogó porque Egisto estuviese en casa. Subió al siguiente piso y golpeó la puerta. Egisto abrió, alarmado por los toquidos. “¿Podrías ayudarme?”, alcanzó a decir Teresa. A Egisto le bastó una mirada para darse cuenta de lo que ocurría. Volvió al interior de su departamento y unos segundos después salió con una caja de herramientas.

Egisto también se empapó, pero logró colocar la llave del agua en su lugar. “La cuerda está desgastada”, le dijo a Teresa. “Te recomiendo comprar una nueva. Yo te la puedo instalar”. Después pasó al baño a secarse. A su regreso, Teresa no sabía qué decir. Le parecía que dar las gracias no era suficiente. Pero fue él quien se adelantó para comentar:

—Tienes un problema con la cortina del baño, ¿verdad?

—Sí —respondió Teresa, con una sensación de pequeña y suave felicidad creciéndole en el pecho, al darse cuenta de que Egisto la estaba tuteando—. El que nos iba a poner el cancel nos estafó, y desde entonces se ha quedado así. No sé qué hacer. Mi marido no tiene tiempo...

—No te preocupes —dijo Egisto—, eso se arregla con unos clavos para concreto. Mira, el próximo martes no tengo clases. Vengo a mediodía y te lo arreglo, ¿te parece?

—¡No! ¡Es demasiada molestia!

—No pasa nada, Tere —dijo Egisto—. Te ayudaré con mucho gusto.

—Bueno... Si no te incomoda —Teresa estaba nerviosa, sin saber si el tuteo era inconsciente o voluntario—. ¿Te puedo ofrecer algo, agua, refresco?

—No, no te apures —dijo Egisto—, otro día, gracias.

—¿De veras no quieres nada? —insistió Teresa—. No sé cómo agradecerte. Y me siento muy mal por haberte molestado.

—Ninguna molestia —Egisto se acercó y le puso una mano sobre el hombro—. Para mí fue un placer poder ayudarte.

—¿Entonces el martes? —dijo Teresa.

—El martes por aquí nos vemos.

Teresa lo acompañó a la puerta. Le dio las gracias nuevamente. Egisto le extendió la mano y, sin decir nada más, subió de varias zancadas las escaleras.

El martes siguiente Teresa se levantó muy temprano. No había podido dormir bien. Planchó una camisa y una corbata, preparó el desayuno y los lonches; hizo lo que hacía todas las mañanas, de lunes a viernes, pero lo hizo con cuidada y silenciosa eficacia, tratando de no revelar el temblor de sus manos. A Agamenón no le pasó inadvertida la extraña actitud de su mujer. Pero pensó en los treintaitantos días que llevaban sin tener sexo y prefirió no decir nada. Incluso se ofreció a llevar a los niños a la escuela.

—Tengo una cita importante a las tres —dijo Agamenón, desde la puerta—. Pero te llamo antes, como siempre.

—Que les vaya bien —dijo Teresa, casi con dulzura.

Teresa recordaba, letra por letra, las palabras de Egisto: “Vengo a mediodía”. Hacia las once ya estaba bañada y arreglada, como para asistir a una fiesta. Se miró al espejo por enésima vez. ¿Qué me pasa? Se quitó la falda color crema y la blusa floreada. En el espejo miró su ropa interior. No tuvo inconveniente en dejársela. Se puso un pantalón de mezclilla y una blusa blanca de algodón. Se arrepintió quince minutos después y buscó un vestido en el clóset. ¿Qué vestido? Su mente era un remolino. A sus labios acudieron las palabras “vestida para amar”. “¡Qué estupideces se te ocurren!”, se dijo. “¿Qué estás haciendo, idiota? ¡Esto no es una cita!”. Entre cambios de vestido se le fue media hora más. Al diez para las doce todavía no estaba lista. “¿Y si es puntual? ¡Maldita sea!”. Finalmente se puso un vestido color salmón. “El salmón te gusta mucho, eh”, se dijo. “Te gusta cocinarlo y te gusta ponértelo”. Estaba temblando como una muchacha en su primera cita. Se miró al espejo. Luego tomó asiento en la cama. El vestido le quedaba bien, un poco corto, pero bien. Acarició sus piernas desnudas. “Todavía las tengo bonitas”, se dijo.

Dieron las doce.

Y después el reloj marcó la una.

A las dos, Teresa entró al baño a desmaquillarse y a llorar como una niña. Vio a su lado la cortina chueca, con el tubo medio caído, y se sintió como una fruta podrida, olvidada.

A las dos y veinte tocaron a su puerta.

Egisto, playera blanca de algodón y pantalón de mezclilla, la miró con una sonrisa apenada.

—Hola, Tere —dijo—. ¿Cómo le va?

“¿Por qué otra vez de usted?”, se preguntó Teresa, con una sensación amarga en el pecho.

—Hola... —atinó a responder—. Pensé que ya no...

—Lo siento, me llamaron de la escuela por un asunto.

—¿Pero todo está bien? —indagó ella. De pronto advirtió que lo tenía en la puerta—. Perdón. Pasa, por favor.

—No hay problema —dijo Egisto, mientras pasaba a su lado. Dejó la caja de herramientas en el centro de la sala y contempló a Teresa, con admiración—. Oye, si vas a salir, puedo volver otro día.

“Me arreglé para ti”, quiso decirle Teresa. Pero lo que dijo fue:

—No, no hay problema... Salí temprano a hacer unas compras.

—Nunca te había visto tan guapa —exclamó Egisto, con franqueza.

El tuteo era como una ráfaga de aire tibio y consolador.

—Uy, ¿te parece? —dijo Teresa, sin agradecer el elogio.

—Bueno —suspiró Egisto—, pues a lo que vengo. Alzó su caja y se dirigió al baño, con Teresa siguiéndole los pasos.

—Oye —le dijo él—. Voy a hacer ruido, y quizá polvo.

—No importa —dijo Teresa—, ya limpiaré.

—Me refiero a que puedes ensuciarte el vestido...

—Pues me lo quito, y asunto arreglado —dijo ella. Y Egisto sonrió por la ocurrencia.

Teresa estaba asombrada de sus propias palabras.

En el espacio reducido del baño, ambos se quedaron en silencio, expectantes.

—Vamos a ver... —dijo por fin Egisto, revisando los extremos del tubo que hacía las veces de cortinero—. Quizá utilice clavos, o tal vez pijas con taquetes. Dime una cosa, Tere, ¿cuánto tiempo quieres que te dure?

—Pues la verdad, no lo sé —confesó Teresa. Y pensando en los gastos de su marido, aventuró—: ¿Medio año?

—De acuerdo, entonces con clavos es suficiente.

—Mientras lo arreglas... —murmuró Teresa—, ¿no te importa si aprovecho para acomodar algunas toallas en ese mueble? —y señaló un mueble empotrado arriba del lavabo, más bien pegado al techo.

—No *problem* —dijo Egisto—. Sólo espero que no te moleste el ruido.

—No *problem* —dijo Teresa. Y ambos estallaron en una amigable carcajada.

Egisto abrió su caja y extrajo varias herramientas. Martillo, pinzas, guantes de carnaza. Luego sacó un puñado de clavos negros. Teresa lo miraba de reojo. Ella salió del baño y volvió con un banco; volvió a salir y ahora regresó con un montón de toallas, que depositó sobre el lavabo. Colocó el banco y se trepó en él.

—¿Te ayudo? —le preguntó Egisto.

—No, no te preocupes —contestó Teresa, mientras abría el par de puercillas del mueble—. Pero si quieres, pásame las toallas.

Egisto le pasó el montón de toallas. Pero ella le dijo:

—No, pásame de una por una, por favor..., para que no se arruguen.

Egisto le fue pasando una por una. Y en cada movimiento Teresa se estiraba lo más que podía para acomodar las toallas, una sobre otra, en uno de los anaqueles. Al final, Egisto se quedó a su lado, pensando en ofrecerle la mano para ayudarla a bajar. Pero Teresa se demoró en el acomodo, a propósito. Y lamentó que su vestido no fuera más corto. Ella advirtió que el rostro de Egisto se hallaba a la

altura de su pecho. Y entonces deseó, con una sed inaplazable, que él levantara alguno de los brazos y le tocara las piernas, que metiera su mano y le acariciara la parte interior de los muslos, que llevara su mano hacia arriba... Por un instante percibió cierta tibieza cerca de su piel. Volteó a mirar a Egisto, pero éste la observaba con una sonrisa aséptica. Teresa escuchó enseguida una voz en su cabeza que le dijo: “¿Por qué tienes que ser tan obvia?”. Egisto la ayudó a bajar. Teresa tomó el banco y, antes de salir del baño, le dijo:

—Te dejo trabajar... Cualquier cosa que necesites, me avisas.

—Va que va —dijo Egisto.

Faltaban veinte minutos para las tres. Desde la cocina, Teresa escuchaba unos fuertes martillazos. Pensó en la llamada que Agamenón hacía más o menos a esa hora. Siempre al veinte o cuarto para las tres. Caminó al baño para pedirle a Egisto que parara un momento. A medio camino se arrepintió y volvió a la cocina. Decidió que, si sonaba su celular, no contestaría. Pero luego de unos minutos los golpes secos y penetrantes cesaron por completo.

“¡Tere!”. Se oyó la voz de Egisto llamándola desde el baño. Teresa acudió presurosa. Al entrar, Egisto la atrajo con violencia y la besó. En el reducido espacio del baño, Teresa recibió ese beso que la desarmó. En la indefensión total, no quiso tener argumentos ni escudos para protegerse de ese beso, pleno de alevosía y ventaja, un relámpago que partía su tiempo en dos: antes y después. A partir de ese fulgurante momento, Teresa supo que no había camino de regreso. Porque además ella así lo deseaba, secreta y abiertamente lo deseaba, anhelaba volver a sentirse viva, deseaba sentirse deseada, ansiaba sentir en la piel el chicotazo delicioso de lo prohibido, el dulce abismo de la lujuria, la adrenalina estremeciendo su sangre:

todos esos viscerales y terribles lugares comunes que ayudan a evadir las pútridas fauces de la bestia, a la que los interesados llaman tedio matrimonial.

Egisto la cargó en sus brazos y, sin dejar de besarla, la llevó a la sala.

Allí le subió el vestido y le abrió las piernas. Enseguida hundió su rostro en el nido. Enfebrecido, hizo a un lado la pantaleta y hurgó entre los labios con la lengua. Juntó la humedad de su lengua con los humedecidos labios de Teresa. Ella apretaba los otros labios y, con los ojos cerrados, pensaba en el cielo. El silencio fue roto por los gemidos de Teresa. Egisto se la estaba comiendo. Minutos más tarde él se incorporó y se desabrochó el pantalón. Ahora fue ella la que tomó aquel trozo de carne fresca y se lo metió a la boca. “¡Qué extraña y maravillosa sensación!”, se dijo, tener algo vivo latiendo en la boca. Teresa creyó que podía estar horas y horas pasando la lengua por esa piel amoratada, engullendo esa cabeza hermosa. Las manos de él se habían ocupado de bajarle el cierre del vestido. Egisto tomó a Teresa de los brazos y la obligó a incorporarse. La besó de nuevo, sin violencia, con una sed minuciosa, con un hambre intensa pero delicada, como quien agradece por el alimento recibido. El beso de Egisto hizo sentir a Teresa que ella era la mujer de su vida. Él le descubrió los senos, le quitó el brasier, y fue dejando besos, como huellas, desde los hombros hasta la punta de los pezones. Estaban de pie. Egisto le rodeó las nalgas, la apretó contra sí, se la untó como si fuese un bálsamo. Luego tomaron asiento sobre el sofá. Él la despojó del calzón y le acarició con los dedos la parte interior de los muslos, recorrió con lentitud la piel lisa de las piernas. Teresa suspiraba cada vez con mayor fuerza. Y de pronto Egisto fue directo a la vulva,

la acarició de arriba abajo y enseguida metió un dedo. Lo ocultaba y lo sacaba, brillante de líquido. Repitió el movimiento, con destreza y creciente rapidez, hasta sentir la convulsión en el vientre de Teresa, un temblor que se extendió a los senos, y luego a todo el cuerpo.

Egisto la puso en cuatro sobre el sofá. Teresa hundió el rostro entre los cojines y levantó las nalgas. Con los ojos cerrados, ella trató de guardar ese momento en su memoria, congelarlo, atesorar ese instante en que Egisto tomó su miembro y con la punta empezó a recorrer los húmedos labios.

Teresa tenía miedo de tanta felicidad.

En ese momento sonó su celular sobre la mesa de centro. Por un instante, ambos se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. Teresa dijo “No te detengas, por favor”. “¿No vas a contestar?”, preguntó Egisto. “No, es mi marido”, dijo Teresa. El celular seguía sonando, bailando sobre el cristal de la mesa. Luego dejó de sonar. La pareja suspiró, aliviada. Egisto le besó las nalgas, llevó las manos a los pechos de Teresa. Pero el celular volvió a repiquetear, a bailar sobre la mesa, con ese timbre musical que Teresa odiaba. No iba a contestar, claro que no iba a contestar. Pero Egisto dijo “Respóndele”, y él mismo se estiró y le pasó el aparato. Con el celular sonando entre las manos, Teresa no supo qué hacer. “Contéstale”, insistió Egisto. “Pero no digas nada, no hagas nada, por favor”, le rogó Teresa. Con las nalgas levantadas, el rostro metido entre los cojines, se dispuso a contestar. Dijo “Bueno”, y en ese instante Egisto la embistió. Teresa escuchó la voz de Agamenón preguntarle “¿Qué estás haciendo?”. “Estoy poniendo la cortina del baño”, improvisó ella, y volteó la cabeza para reclamar a Egisto con la mirada. Teresa escuchó un rasgueo de guitarra, y preguntó a su vez “¿En dónde estás, que escucho

música?”. “Estoy en la oficina”, respondió Agamenón enseguida, “es el cumpleaños de una compañera y alguien contrató un trío...”. “Maldito mentiroso”, estuvo a punto de decirle Teresa. Entre tanto Egisto le clavaba el miembro con lentitud, iba hasta el fondo, lo sacaba por completo, y luego lo volvía a clavar. “Oye”, le dijo Agamenón, “pero deja eso de la cortina, llegando lo hago”. “No”, dijo Teresa, “ya estoy terminando”. Su agitación era notoria. “Por favor, mujer, deja eso”, insistió Agamenón. Pero Teresa repetía con voz temblorosa: “No, no, ya mero termino”. Egisto la bombeaba con reconcentrada parsimonia, pero de pronto la penetró con furia. “¡Ay!” , gritó Teresa. “¿Qué te pasó?” , le preguntó Agamenón, alarmado. “¡Me machuqué!” , exclamó ella, y no pudo evitar proferir un aghhhh prolongado. Agamenón la escuchaba del otro lado de la línea. “¡Te dije que lo dejaras!” , le reclamó. Teresa sentía entrar y salir la impetuosa verga de Egisto. Así que, rendida, incapaz de soportar por más tiempo tanta delicia, dijo con evidente esfuerzo: “Voy a colgar” . Y, en efecto, cortó la comunicación.

Segundos después se le ocurrió a Teresa que ahora ella podía llamar a Agamenón, que podía destilar veneno en sus oídos, que podía decirle “¿Sabes qué estoy haciendo realmente? Estoy cogiendo con el vecino” . Y así asesinar su orgullo, su machismo trasnochado.

Pero el odio había desaparecido.

Teresa, sollozando, gimiendo, con esas lágrimas de felicidad saliendo de sus ojos y mojando los cojines, vuelta mujer otra vez gracias a esa carne fresca y maravillosa que no cesaba de entrar en su cuerpo, Teresa, la fruta madura, espléndida, todavía brillante y objeto de admiración, estaba siendo por fin tomada. El hechizo, la extraña espera, la resignada impaciencia, terminaban con ese potente

tronco que la invadía, con esas manos que la sujetaban, con esa voz que le susurraba “¡Teresa!”.

Teresa, con los ojos cerrados, como si soñara, se vio a un lado de Madonna, las dos en el cohete, asomadas a la ventanilla, y pudo escuchar la voz de la Reina del Pop que le decía: “Tere, dejemos a los hombres en la Tierra, soñando que conquistan secretos territorios, que descubren nuevos continentes. Que se queden los miserables con su miserable vida. Nosotras, mi reina, nos vamos a la luna”.

Reina del sur

Transbordé en Centro Médico rumbo a Universidad. Eran las tres y media de la tarde. Racimos de novelas, promesas contenidas y cuchillos en los ojos florecían en todos los vagones: sardinas. Quedé cerca de la puerta. La mano derecha en el tubo y la izquierda sujetando el portafolio. Me rodeaban un estudiante universitario con anteojos y coleta, una enfermera gorda y una pareja de darketos (cuero, labios negros, *piercings*).

Frente a mí, del otro lado del tubo, estaba Ella.

También su mano derecha en el tubo. El primer roce fue un latigazo tibio. No retiré la mano y ella acentuó el contacto. La miré. ¿Cuántos tendría? ¿Dieciocho, veinte? Ella, perfil de tres cuartos, el bolso colgando del hombro, sostenía un libro con la mano izquierda. *La reina del sur*. Leía dentro de su burbuja, ajena por completo

a todo lo que ocurría a su alrededor. Su mano se tallaba un poco contra la mía, fruto del vaivén del vagón. Mi mano, juiciosa y por cuenta propia, rehuyó por fin el contacto y subió diez centímetros a lo largo del tubo. Ella recorrió la misma distancia y se colocó debajo, sin tocarme.

En Etiopía bajaron apenas dos o tres en mi sección, pero subieron cuatro. La coleta crespa del universitario rozándome la nariz, los darketos con su código de sonrisitas y besos untado a mi espalda, el sobrepeso de la enfermera sitiado, asaltado, masajeado, y por todos los rumbos del vagón los bostezos, el cabeceante sueño, las miradas perdidas, civilizadas e indiferentes de todos nosotros, los condenados. “Para el niño, para la niña, el bonito regalo, mire”. El vendedor de turno anunciaba una pistola de pompas de jabón.

Decenas de pompas de todos los tamaños se dispersaron por el vagón. Una de ellas, del tamaño de una esfera navideña, quedó flotando, equidistante, entre Ella y yo, muy cerca del tubo. Ella alzó el rostro, y, dejando de leer, la miró brevemente y sonrió por primera vez. Sus ojos eran de un vago color aceituna. Ahora fui yo quien bajó (¿un centímetro, medio centímetro?) la mano y rocé la suya. Tibieza. Ella volvió a la lectura. Con el dedo meñique acaricié discretamente el lomo de su pulgar. Ella fingió no enterarse. Me vino a la cabeza aquel poema de Vicente Aleixandre, en el que un hombre acaricia la mano de una mujer y sabe que sólo el hueso rehúsa el amor, mientras la carne entera flamea gracias a ese lento contacto por donde él entra, “despacio, despacísimo, secretamente”, en su vida.

Eugenia. Del vagón descendieron los darketos y subió una señora rubia con su vivo retrato de doce años. Yo trataba de recordar el título del poema y miré la pompa que flotó un instante sobre mi

cabeza. Dentro de la pompa Ella y yo, tomados de la mano, entrábamos a una librería y luego nos besábamos por encima de nuestras tazas frías de café. “Mi reina del sur”, le decía yo y ella sonreía dejándome su mano entregada en prenda ¿de qué? “Mano entregada”, claro, así se llamaba el poema de Aleixandre. Ella no despegaba la vista de los renglones. Miré sus labios cerrados. Y seguí recorriendo la piel de su pulgar, entre uno y otro huesecillo. Su mano (¿entregada?) se retiró del tubo sólo para dar vuelta a la página y volvió a su sitio, debajo de la mía. Insistí en recorrer la extensión de su pulgar con el meñique trémulo, casi adolescente. Ella sonrió otra vez, sin despegar la vista de la página. ¿Era por mi caricia o por algo que había leído? La pompa de jabón se escurrió por una ventanilla y con ella se fueron nuestros cuerpos tomados de las manos y aquellos besos sobre las tazas de café.

División del Norte. Zapata. Coyoacán. Viveros.

Ella bajó en Miguel Ángel de Quevedo, y yo, que iba hasta Universidad, después de depositar en Ella mis ojos y mi piel y confiarle mis sueños durante el tiempo que dura una pompa de jabón, supe que no volvería a verla nunca más. Y sentí otra vez esa centella quemando mi columna vertebral, ese dolor húmedo, sanguíneo, pueril y cotidiano de encontrar en el Metro a la mujer de mi vida y, luego de siete estaciones, perderla para siempre.

Ninis paleolíticos

Me es fácil imaginar a nómadas paleolíticos oponiéndose con indignación a la idea de que sería mejor para la gente disponer de moradas permanentes, o prediciendo la inminente degeneración de la humanidad como consecuencia de la nefasta invención de la rueda.

LESZEK KOLAKOWSKI

¡Sólo esto me faltaba, que a estos parásitos se les ocurriera la estúpida idea de ponerse a pintar las paredes de la caverna! Ni cazan ni acarrean leña y ni siquiera tienen interés en aprender los secretos de la curtiembre, ¡gusanos mugrientos, rebeldes y escandalosos! Aún recuerdo cuando tenían el tamaño de los perros y decían “Sí, abuela, lo que tú digas, abuela”. Pero ahora se la pasan presumiendo sus primeras pelambres en la barba y en el pecho y no obedecen a nadie. “Tú no entiendes nada, abuela”, eso es lo que dicen, “ya estás muy dura de la cabeza y no comprendes lo que ocurre a tu alrededor”.

¡Estos nietos son una plaga! Ya me imagino qué hubiese pasado si en mi juventud yo le hubiera dicho a la madre de mi madre alguna frase inconveniente. Desde luego en aquellos tiempos todavía valían el respeto y la obediencia a las enseñanzas de los ancianos. Sus palabras y, mejor aún, sus ejemplos hacían nacer en nosotros, los jóvenes de entonces, un genuino sentimiento de admiración. En cambio ahora, ¡bah!, ¡qué tiempos!, ¡qué tiempos!

Mi hijo no me escucha cuando le aseguro que esos muchachos deberían estar adiestrándose en el uso de las lanzas y de las piedras para curtir.

—Pero, madre —exclama él con una sonrisa indulgente—, apenas son unos chiquillos, déjalos que se diviertan un poco.

—¿Que se diviertan? —lo increpo con la autoridad que me corresponde—, ¡eso es lo que hacen todo el maldito día: divertirse! A su edad ya habías cazado tu primera pieza mayor, ¿acaso ya lo olvidaste?

—Si mi padre no hubiese sido tan duro conmigo... —murmura mi hijo, y en sus palabras entreveo una especie de dolor—. ¿Nunca pensaste, madre, que tal vez yo necesitaba un poco más de juegos, de corretear a mis anchas por las llanuras y arrojarme a las aguas de los ríos sin la pesada carga de las obligaciones?

—Nunca se es lo suficientemente muchacho para empezar a ser un hombre. Te arrepentirás —le advierto con la juiciosa y firme convicción que conviene a mis palabras— si permites que tus hijos prosigan graznando y jugueteando por todas partes, sin demostrar el debido respeto a las tradiciones de labor y esfuerzo de la tribu.

—Son chicos soñadores, madre.

—¡Pues despiértalos!

—Tienes que ser un poco más comprensiva —dice y se levanta para marcharse—. En fin, ya veremos.

—¡Eso es, ya veremos! —repito, y siento una punzada de ira en el pecho.

¿Y la nuera qué dice? Ella no dice nada, aunque por sus gestos supongo que está del lado de mi hijo. Ella es una sombra y la odio porque me recuerda la propia sombra que yo fui cuando tuve sus años.

¡Demonios! Ahora tengo miedo de encender la hoguera pues la luz del fuego me obliga a ver las criaturas cuernilargas que parecen moverse en la pared, al ritmo de las flamas. ¡Qué espanto mirar la vaca negra, los bisontes y los ciervos que no cesan de perseguirme en sueños! Si no fuera tan vieja, huiría de este lugar, dejaría a mi hijo y a su familia para acomodarme sola en algún otro paraje donde poder darle cauce a mis recuerdos. ¡Si mi marido viviera para observar esto, moriría otra vez, fulminado por la vergüenza!

Y no bastándoles a estos animales, hijos de mi hijo, con colorear las paredes de este hogar, de ultrajar las superficies de la caverna con tales visiones, ¡vienen una mañana a hacer alharaca de un invento!, ¿qué es un invento?

—¡Ven, abuela, mira lo que hemos inventado! —gritan y me zarandean para que salga a mirar los frutos de su trágica molicie.

Los palurdos estos, que jamás han sabido lo que es el hambre y el trabajo, me muestran dos piedras labradas y perfectamente redondas, agujereadas en el centro, unidas por un tronco joven al que le han pelado las ramas. “¿Y qué diablos es esto?”, les pregunto.

—¡A esto le llamamos ruedas, abuela! —dice uno.

—¡Y servirán para que no trabajemos tanto! —dice otro.

¡Lo sabía! ¡Sabía que el ocio exagerado echa a perder las voluntades y la dignidad!

Miro a mi hijo y me causa una gran pesadumbre observar en su rostro una sonrisa plena de orgullosa satisfacción.

—¡Pues he aquí —le digo con lágrimas de rabia— los resultados de consentir en demasía a tus muchachos! ¡He aquí lo que se obtiene de no asumir la autoridad como se debe! ¡Una buena tunda es lo que merecían desde hace tiempo estas bestias que se dicen mis nietos! Lo que te predije, lo que te auguré tiempo atrás, ha ocurrido finalmente. ¡Y pensar que tú y tu mujer y todos los demás se atrevieron a dudar de mí, a colocar en entredicho mi sensatez y experiencia!

—Madre, ¡no seas tan dura y espera a ver cómo funciona!

Doy la media vuelta y me alejo. Entro en la cueva. Preparo un hatillo y, esperando el momento oportuno para salir e irme de una vez por todas, me dedico a espiar aquellas escenas de lamentable e inútil jolgorio. Mi hijo y su mujer y otros muchos integrantes de la tribu, dejando de lado sus labores, contemplan los juegos de esos buenos para nada, quienes colocan hatajos de pieles o leña sobre las piedras labradas y los trasladan de un sitio a otro, sin emplear sus espaldas.

De algún modo percibo en las corrientes oscuras de mi alma que ese acontecimiento, así como la blandengue paternidad de mi propio hijo y las calamidades pictóricas e imaginativas de mis nietos, representan no sólo el principio del fin de una manera de vivir, sino la aniquilación del mundo tal como yo lo he conocido hasta ahora. Y comprendo, con pena y agravio, que a partir de este día los hombres, los verdaderos hombres investidos de coraje, orgullo, pundonor y fuerza de trabajo, empezarán a dejar de ser el centro mismo de la creación.

Pero yo no estaré aquí para verlo.

El simio que quería ser escritor

Un joven simio, cansado ya de comer plátanos, columpiarse de las ramas y, sobre todo, de las largas sesiones partidistas, tomó la decisión de convertirse en escritor.

—¡Pero si no sabes leer ni escribir! —le dijo su padre, quien pretendía iniciarlo en la política.

—Aprenderé —respondió el simio, lleno de entusiasmo.

Así que ingresó a la AEE (Academia de Escritores Emergentes).

Tras largos meses de intenso estudio aprendió a leer y a escribir.

—Ahora sí podré convertirme en escritor —manifestó a Los Cuatro Vientos.

Los Cuatro Vientos le contestaron:

—Espera, antes de tomar la pluma, deberías consultar al maestro Búho.

—Leer y escribir no es suficiente —le advirtió el maestro, en su momento—. Para llegar a ser un buen escritor debes leer muchos libros, las biografías de grandes escritores, en fin...

El joven simio compró numerosos volúmenes en los que se consignaba la vida de los escritores más ilustres de la historia. Entre otras cosas se enteró de las cuarenta mil tazas de café que mataron a Balzac, de que Henry James se preguntaba por qué escribía Flaubert si le dolía tanto, de la corte donde vivió Lope de Vega, de que Shakespeare cambió el teatro por los negocios, de la poesía que abandonó Rimbaud para volverse traficante de armas y de la sífilis que mató a Dumas, padre. Y memorizó fechas y títulos y citas y anécdotas, conocimientos que lo hicieron muy popular en los programas culturales de la televisión, además de recibir una oferta para hacerse cargo de la cátedra de literatura de la preparatoria de la selva. Pero el joven simio no quería eso sino llegar a ser un escritor de verdad. Visitó nuevamente al maestro Búho y éste le aconsejó que lo que tenía que hacer ahora era leer a los clásicos. Entonces el simio consiguió una vieja edición del *Quijote*, y al cabo de su lectura subrayó una frase que le gustó: *Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes...*

Dicha frase se convirtió en su divisa y así, sin escribir jamás una línea, se pasaba los días sin comer, tumbado en su cama de hojas de plátano. El ayuno y las vigiliias que solía imponer a su cuerpo, lejos de convertirlo en literato, lo volvieron un espectro. Transcurridas unas semanas advirtió con amargura que no tenía fuerzas ni para levantar el lápiz.

Una mañana lo visitó finalmente su padre y un grupo numeroso de correligionarios. Todos le exigieron que se dejara ya de esas chingaderas literarias, que estaban próximas las elecciones y que necesitaban de un candidato joven y entusiasta para una diputación plurinominal.

Piedra y hombre

Para mí ha sido como una señal que venía de la piedra: la piedra quería advertirme de que nuestra sustancia era común y que por ello algo de lo que constituye mi persona perduraría, no se perdería con el fin del mundo.

ITALO CALVINO

Porque ustedes también son piedras vivas.

SAN PEDRO: 2,4-9

Llega el día en que todo hombre encuentra su piedra y toda piedra encuentra su hombre. No importa si es en el lecho de un río, en la calle, a la orilla de la carretera o en el desierto; el encuentro puede ocurrir en cualquier parte, a la orilla del mar o en la senda de una montaña. Lo esencial es el momento sagrado en que el hombre y la piedra se presienten y se miran. ¿Cómo miran las piedras? Las piedras tienen ojos y piel y huesos y, sobre todo, un corazón

extraordinariamente viejo y duro, pero sensible. Todo ello no es visible para el ojo humano porque se encuentra mezclado de una manera antigua y misteriosa que sólo el tiempo conoce.

Lo que el hombre debe hacer al encontrar su piedra, luego de mirar y decir su nombre, es ponerse en cuclillas y pedir permiso a la tierra para recoger la piedra. Es menester frotarla enseguida con las dos manos para desprender el polvo, la arena, las delgadas costuras de tierra que suelen acompañar a las piedras en sus viajes. Ya se sabe que las piedras nunca permanecen estáticas y aun su aparente quietud es un estilo diferente de movimiento ancestral.

De pertenencia e interrogación es el sentimiento que envuelve al hombre y a la piedra y gradualmente los va atando para conducirlos por un camino sin regreso. Interrogación. Silencio. El hombre sopesa la piedra, la envuelve con la palma de la mano. Observa los árboles a su alrededor, a las demás piedras; voltea hacia el cielo. Y otra vez deposita la mirada sobre el cuerpo de la piedra, aunque ahora los ojos del hombre tienen ese brillo peculiar de veneración con que se saluda la presencia de un sabio. El hombre mira la piedra con respeto y una profunda curiosidad. Antes de formularlas, saborea las preguntas.

¿Quién eres tú? ¿Cuánto hace que estás aquí?

Es la primera ocasión en que la piedra se encuentra sobre la mano de un hombre. Bajo la intensa contemplación la piedra no se siente incómoda en absoluto; antes, al contrario, exhibiendo toda su orgullosa redondez, entrega sin remilgos su tersa superficie, su extraordinario corazón antiguo, y se abandona a la mano que la sostiene. Este abandonarse vale por una respuesta, por la única respuesta pertinente:

Estoy aquí desde siempre, esperándote.

La insoportable y bellísima respuesta marca el inicio de la despedida, un adiós que no es sino un modo callado de establecer en los días por venir un vínculo invisible y poderoso: la superficie lisa de la palma suelta la piedra, la deposita. El hombre, con los ojos cerrados, ciegos para siempre, cree caer de hinojos sobre la tierra. Después de todo no es más que un hombre. Siente erguirse a su lado el cuerpo de la piedra que ahora lo mira con los ojos transparentes de la vindicación. Los huesos del hombre se constriñen dispuestos a aprender las lecciones del tiempo. Su corazón tierno percibe la soberana quietud y, a través de la impecable redondez de su nuevo cuerpo, alcanza a sentir claramente los pasos de la piedra, ahora sombra bípeda y erguida, que se aleja por el camino.

Beneficios de la menopausia

No sé a ustedes, pero a mí nunca deja de sorprenderme la vida, esta sangre inacabable, esta maquinaria que va engarzando, solícita, sus dulces o nefastos eslabones. Gracias a su menopausia —bochornos, resequedad, malhumor— mi mujer dejó de interesarse gradualmente en la cogienda. Yo la obligaba a masturbarme a altas horas de la noche, obligado a mi vez por la portentosa actividad de que era víctima mi sistema hormonal, gracias a las infusiones de damiana de California que tomaba a diario. La turgencia de mi miembro era improrrogable en esas horas tan altas y tan negras. Y la mano derecha de mi cónyuge, primero inconsciente y luego resignada, actuaba en calidad de motor de pistón, más o menos a veinte por hora, digo, tampoco era cuestión de desbielarme merced a un frenesí sin sentido. El lubricante era generoso, eso sí, de la mejor calidad,

un multigrado poblado de fantasías, “dame chance cogermé a fulana”, “soñé que se la mamabas a zutano”, cosas así, inocentes murmullos que sólo erizan los vellos del interesado. Mas esta frecuente actividad, violenta por lo cotidiana, terminó por causarle a mi mujer una tendinitis severa. Compungido, la llevé a terapia con el doctor López Frasco, que es una eminencia en tendones. La cuestión tenía remedio con masajes, medicamento y la colocación de una férula.

En la segunda consulta, me encontraba yo en la recepción, aguardando la salida de mi mujer, buscando entre tanto una revista decente con que alimentar la pupila, cuando apareció una muchacha con el brazo izquierdo inmovilizado. Pensé en una vaga y temible criatura que la obligaba a actos cuyo nombre me reservo.

—Señorita, vengo a terapia —dijo a la señora arrugada y soñolienta que estaba detrás del cristal. La mujer le pidió que esperara.

Aunque no había nadie más, la muchacha tomó asiento a mi derecha, con una silla vacía de por medio. Mis palabras se despeñaron con una voluntad propia, ajena por completo a mis canas, tan engañosamente serenas y respetables:

—Yo te puedo curar.

—¿Cómo?

—Te puedo curar el brazo...

—¿Perdón?

—Puedo aliviarte los huesos con historias de un desierto donde se queman los deseos; te puedo entibiar la sangre a razón de dos poemas por minuto, palabra por palabra, y encarnar la filosofía de la epidermis, esa filosofía que no sirve para nada, pero que es dulce como la más hermosa de las muertes...

Debo decir en su favor que mi ataque la encontró con su guardia baja. Hay un momento del día en que las mujeres tienen la guardia a la altura de la cadera: están sin pintar, en pants, con una cola de caballo que suple la ausencia de peinado, en una palabra, fodongas, como ellas dicen, pero bellas en su fodonguez (no todas, claro). La muchacha estaba fodonga y casi hermosa, sin maquillar, sin peinar, con su brazo entablillado, la guardia totalmente baja. Indefensa.

—¿Perdón? —repitió.

(¿Perdón por qué? ¿Por no escuchar? ¿Por no entender?)

El perdón de la muchacha retumbó musical en mis oídos.

—Yo te puedo dar una terapia distinta, corazón.

—¿En serio? —arqueó las cejas—. ¿Eres fisioterapeuta?

—No, soy poeta.

—¿Perdón?

—Poeta.

No es necesario, creo yo, abrumarlos con los detalles del resto de la conversación. Es necesario apuntar, eso sí, que tengo cierta gracia y cierta energía conmovedora para hablar galantemente cuando se requiere. Lo cierto es que quedamos de vernos otro día, en otro lugar, y entonces, que me perdone García Lorca (Dios lo guarde), pero sucedió que, en su momento, me llevé la muchacha al río, al hotel Río, quiero decir. Y encerrados en la habitación recuerdo que le di un masaje inconcebible, y ella bebió de mi fuente y los dos pretendimos domar a ciegas la luz del mediodía. Pero no quiero decir, por hombre, las cosas que ella me dijo. Claro, en algún momento tuve que decirle que era casado. A ella no le importó.

Así se van enlazando las historias.

Una cosa te lleva a otra.

Y pensar que el asunto empezó con la menopausia de mi mujer, bendita sea.

Como enanos

Manuel sonrió a los que estábamos en la mesa y terminó de contar su historia con estas palabras:

—Nos divertimos como enanos.

Y a su lado apareció un enano, que estaba sentado en la mesa vecina y a quien nadie había visto. El enano preguntó con un airado tono de voz:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel.

—Señor, le aviso que voy a demandarlo.

—¿Por qué? —preguntó Manuel.

—Por ignorante y mentiroso —dijo el enano.

—No sé a qué se refiere. Por favor, retírese...

—Los enanos no nos divertimos —explicó el enano, enfático—. ¿Usted cree que es divertido medir ochenta centímetros, tener este cuerpo deforme, esta cabezota, y soportar a diario la mirada de decenas de idiotas mientras se camina por la calle tratando de pasar inadvertido?

—Óigame, yo no inventé la frase... —intentó defenderse Manuel.

—¡No me importa si la inventó o no! —exclamó el enano, cólico—. Lo que importa es que la usa sin conciencia de lo que está diciendo. ¡A ver si aprende a saber qué hay detrás de las palabras, imbécil!

Al enano le temblaban los labios. Tenía la barba entrecana y la piel morena de su rostro sufrió la congestión y las normales variaciones de color que suceden a la rabia y a la impotencia. Apoyó los enormes puños en la mesa y dirigió una mirada mortífera a Manuel. Éste suspiró al sentir el vibrador de su celular, bebió el último trago de su capuchino, se levantó de la mesa y fue estirándose hasta alcanzar los 2.10 metros de estatura que lo hacían el jugador más alto de nuestro equipo de basquetbol escolar. Decenas de idiotas lo miraron caminar por la acera, con el celular pegado a la oreja, llegar al semáforo y regresar a la mesa, a la misma silla, en la que volvió a sentarse.

El enano, que lo había visto levantarse, ir y venir, regresó a su propio asiento, desde ahí sonrió alzando el rostro hacia el cielo. Luego nos dijo “salud” con un gesto de simpatía.

Mía

Era una mujer intonsa, pero desgastada. Era una mujer verano, casi a principios del otoño. Así lo indicaban sus miradas, que caían como las hojas. Iba dejando miradas en el espejo, como quien se despide de un álbum fotográfico. Alondra era su nombre. Yo la llamé Miamor, o simplemente Mía.

Yo era un joven vendedor de todo, pero en esos días me dedicaba a vender lencería y perfumes de casa en casa.

—Te compro todo, si te quedas conmigo —dijo y sus ojos me miraron como se mira a un perro callejero al que bastaría una buena bañada y tres comidas al día para darle un aire de bestia fina.

Me compró todo en diez minutos y así pude tomarme el resto del día.

Yo estaba en plena primavera y la mujer intonsa se prendó de mis flores y de mis frutos. Era el final de su verano, casi principios del otoño.

Mía se prendó de mis pájaros.

Quiero hablar de nuestro primer beso (todo primer beso es inolvidable): zartzardiente y dulce en un solo acorde. La zartzamora por el color casi *dark* de sus labios, queriendo sentirse jovenzuela la señora. Pero quién soy yo para criticar a nadie. *El beso en España*, lo dice la canción, *lo lleva la hembra muy dentro del alma*, pero también en este valle de lágrimas, del otro lado del Atlántico, las mujeres como Mía están hechas para besar. Besar es un oficio de mujeres. Y los hombres apenas alcanzamos modestas alturas de aprendices, alumnos irregulares. Fósiles. Sí, maestra, perdón, maestra.

Después del primer beso la mujer del final del verano, casi principios del otoño, me abrió las puertas de su cama. ¿Qué hombre es capaz de negarse a esta invitación de trajo y encaje, de carne y almohada?

Chopin se repitió, dos o tres veces, a medida que la zartzardiente se entibiaba. Pasó el tiempo. Al apagarse los últimos aires del piano, Mía, antes intonsa y ahora simplemente desgastada, me sonrió con su risa de escarcha y me envolvió en sus brazos.

El invierno descendió, piadosamente, de sus ojos.

Instrucciones para subir una escalera eléctrica

*A la memoria del querido
y perdurable Julio Cortázar*

Seguramente usted habrá notado que en ciertos lugares públicos se levantan extrañas estructuras inclinadas, de cuya parte inferior surgen planchas metálicas rectangulares, con la apariencia de rasuradoras del tiempo. Para utilizar debidamente este artefacto es muy importante tener el deseo de ascender al nivel superior. Si no es así, continúe mirando los aparadores y conviviendo con la correspondiente tribu de condenados. Para subir no es necesario comprender los principios de funcionamiento de esta maquinaria, basta que usted sepa que dos más dos siempre serán cuatro. No indague, no se interrogue, simplemente déjese llevar por la intensa experiencia del ascenso. Los poetas, los pintores, los músicos y todos esos batracios espirituales habitualmente están pensando en otras cosas. Para ellos esta maquinaria no representa una oportunidad de ascender sino

una traición al romanticismo o, en el mejor de los casos, una vulgar ilusión del barroco posmoderno. Usted no está hecho para tales extravagancias, se sube para arriba y se baja para abajo, así de simple.

De manera que, colocado frente a este mecanismo, párese tranquila y completamente erguido, respirando con naturalidad. El paso siguiente es muy importante. Usted debe saber con absoluta certidumbre en qué preciso instante aparece su turno. Esto es sencillo de saber porque cada plancha metálica, o rasuradora del tiempo, está delimitada y va surgiendo del piso con una puntualidad asombrosa, como si la vida fuese perfecta. Dé, pues, un paso decidido con esa parte de su cuerpo que se llama pie, sin olvidar mover un tercio de segundo más tarde esa otra parte del cuerpo que también se llama pie, a fin de que los dos pies queden emparejados en una posición perpendicular con respecto a la largura de la plancha metálica elegida. Nunca vaya a brincar con los dos pies juntos, a menos que tenga usted dos años de edad y una de sus manos vaya sujeta a una de las manos de alguno de los paterfamilias o miembros de la sociedad protectora de infantes.

La estructura, que para abreviar llamaremos escalera, posee a ambos lados una barandilla rematada con una banda, que por lo general se mueve a la misma velocidad que las rasuradoras del tiempo. Si usted se colocó hacia la izquierda de la plancha deberá poner la mano izquierda sobre la banda correspondiente. Si lo hizo a la derecha, use la banda derecha. Estas bandas son designadas como pasamanos y su principal función es ofrecer al usuario una palpable seguridad durante el ascenso.

Usted viene de los niveles inferiores y se entiende que ha derrochado sus recursos y comido en abundancia, pero es de suma

importancia olvidarse de esto. Ahora usted ya está camino hacia el nivel superior. Eso es lo único que debe importarles. Así que mire hacia el frente y hacia arriba. Toda vez que no está empleando el cerebro para ejecutar la acción de subir, puesto que la máquina lo hace por usted, tiene espacio en su mente para aventurar alguna ligera reflexión, es decir, no está de más recordar que las oportunidades de ascender son excepcionales y no deben desperdiciarse. Quizá nunca más vuelva a presentarse una ocasión tan promisorias. Es muy probable que la Lujuria se instale en el escalón superior, frente a usted. Suele presentarse como una atractiva y extremadamente tensa y pronunciada redondez envuelta en algodón, aunque sus presentaciones ofrecen en realidad una notable variedad en dimensiones y propuestas cromáticas. Observe a la Lujuria con disimulo, con sumo cuidado, no le clave los ojos abiertamente. Sobre todo, no la toque. (Ya habrá tiempo, en el nivel superior, de dar libre cauce a sus deseos.)

No voltee hacia atrás ni mire hacia abajo. Es verdad que a nadie le gusta que lo miren por sobre el hombro, desde una posición aunque sea ligeramente superior. Pero lo destacable en este paso es que voltear hacia atrás y hacia abajo lo obliga a contemplar los tormentos del tiempo pasado, y tal visión es, como la mayoría de los que ascienden está dispuesta a reconocerlo, intolerable.

El ascenso puede durar algunos segundos o una eternidad. De manera que es recomendable entornar los párpados y dejar vagar sus pensamientos. Sin embargo, no cierre los ojos para siempre. El arribo al nivel superior se anuncia con un levísimo estremecimiento de la maquinaria bajo los pies. En este punto, ponga alerta la mirada a fin de ubicar perfectamente el sitio donde las rasuradoras

del tiempo se aglutinan y desaparecen. Repita la operación del principio y dé otro paso decidido con esa parte de su cuerpo que denominamos pie, completando este movimiento con esa otra parte de su cuerpo que también se llama pie, a fin de que los dos pies queden emparejados en una posición perpendicular con respecto a la largura del área fija que marca el inicio del nivel superior.

Deambule un rato por éste. Goce lo que tenga que gozar. Al fondo de este piso podrá ver otra maquinaria idéntica. Repita la operación del ascenso cuantas veces sea necesario. Esta actividad puede resultar muy fastidiosa y prolongada. Cuando usted encuentre el letrero “Bienvenido”, siéntase justamente bienvenido: habrá llegado usted al anteinferno, donde circulan eternamente los *ignavi*, los indiferentes, entre los que está destinado usted a pertenecer desde el principio de los tiempos.

Herbolaria

A mi padre le dio un día por la herbolaria, y cuando le da por algo se vuelve fanático. Yo le digo que en esto de la herbolaria, como en todo, algunas cosas funcionan y otras no. Pero él se obsesiona y no hay nada que lo desvíe de sus opiniones. Que le da el dolor del riñón, pone a hervir un litro de agua y, a punto del hervor, le agrega tres cucharadas de su té Yndú, que desde luego no es de la India, sino una mezcla de hierbas para infusión preparada por la empresa Yerbas Mexicanas que, según Google, no existe.

Pues, señor, la semana pasada le subió la presión y mi padre empezó a prepararse un agua de alpiste. Todas las mañanas se preparaba su litro de agua de alpiste, que se bebía en el transcurso del día. Agua de tiempo, le dicen.

Pasaron los días y la presión no le bajó. Pero entonces vinieron los efectos secundarios. Cada mañana, muy temprano, mi padre empezó a asomarse por la ventana y a silbar como gorrión. Después le dio por subir al tejado y silbar y mover los brazos, como si aleteara. Para entonces, ya no le era suficiente un litro de agua de alpiste, sino que se preparaba dos y a veces tres. Todas las mañanas, en punto de las seis, mi padre subía al tejado, paraba la boca, la fruncía, y chiflaba como cualquier gorrión. Los pájaros revoloteaban a su alrededor, no en señal de amistoso recibimiento, sino al contrario: era evidente que les disgustaba sobradamente que un enorme pájaro se inmiscuyera en sus costumbres y territorios.

Un día ocurrió lo inevitable: mi padre se arrojó desde el tejado. Mientas caía agitó los brazos de una manera nada elegante. Pensé en Ícaro cayendo al mar. Por un segundo anhelé sinceramente que mi padre pudiera volar, para que no se rompiera las piernas. Pero, claro, el alpiste no tiene las virtudes de hacer volar a las personas, y mi padre se estrelló sobre el césped del jardín y se rompió las piernas.

Ahora mi padre está en su cama. Tiene las piernas enyesadas. Han venido a visitarlo dos amigos suyos que comparten su afición por la herbolaria. Es evidente que se llevan muy bien. De hecho, se la pasan bromeando y riendo mientras fuman sus cigarros gordos de hierba. Dice mi padre que el humo le disminuye el dolor y ayuda a que suelden los huesos rotos. Sus amigos ríen. Y yo también me alegro de ver a mi padre contento. Luego los tres se ponen a silbar, y llenan con sus melodías todo el hospital.

Brevedades

Decálogo

1. **Abreviarás con el sudor de tu mente.** (La vastedad y la cortedad dependen de tus latidos. Extensión que no da vida, mata.)
2. Santificarás largamente las fiestas de la brevedad.
3. Tu vida, el sueño, la realidad, tu tiempo. Escarbarás en ellos con las uñas, con los huesos, con los ojos, con los testículos, hasta extraer un diamante envuelto en sangre. Arrópalo, límpialo, amamántalo: es el inicio de un cuento; es el rostro de su final.
4. No robarás historias ajenas en vano (eso quiere decir que si vas a robar la historia de otro, tu deber principalísimo es escribir una pequeña obra maestra, para que los ingenuos crean que fue aquél quien robó primero).
5. No fornicarás con el espejo. La vanidad es una pésima costumbre si crees que has escrito una pequeña obra maestra.

6. Que nadie te haga sentir mal por el tamaño. Ya lo dijo aquél (y si no lo dijo, no importa): “A mis brevedades voy, / de mis brevedades vengo, / porque para andar conmigo / me bastan mis minicuentos”.
7. Respetarás a tus padres (literarios), pero no usarás sus corbatas ni sus trajes, a menos que consigas una cita de amor con la loca de la casa.
8. Si piensas que tu oficio es beber océanos, tragar lumbre, masticar vidrio, increpar a Dios por su fastuosa desmemoria, amar a todas-todas las mujeres y sorber los sesos vivos de las criaturas más extrañas del mundo, inscríbete entonces en el Taller de Cuentagotas.
9. No matarás la historia en aras de la pirotecnia. No matarás a los personajes buscando el oropel. No matarás a nadie. El brillo, como la perfección, no existe. A lo único que puedes aspirar, en este valle de lágrimas, es al decoro.
10. Por eso honrarás las sencillas palabras, las palabras justas.
11. (Y sobre todo, nunca olvides que los decálogos son catálogos del Diablo.)

Los cigarros

La verdad es que estaba un poco aburrido. Le dije: “Penélope, mi vida, no me tardo, voy a comprar unos cigarros y a tomarme una cerveza”. La cantina estaba lejos: de un lado el mar, del otro, la muralla. El viejo, tras la barra, estaba ciego. Me ofreció una cerveza oscura y un caldo de gallina. Me tomé unos tragos y me quedé un buen rato. Y de pronto, lo de siempre, estalló el pleito en una mesa: “No, que tú te metiste con mi mujer”. “No, que ella se vino solita”. Y en lo que te platico ya había ríos de vino y de sangre. La pelea duró un buen rato. Recuerdo que en la sinfonola un macho de cartón empezó a cantar en algún momento *Este amor apasionado anda todo alborotado por volver*. Y yo me acordé de mi vieja y mi chamaco. Para despedirme dibujé un caballo (el dibujo se me da bien) para obsequiar al cantinero. Él dijo “Gracias, pero no veo nada”. Luego me lancé a la calle

para volver a casa. Pero afuera de la cantina había un par de putas. “Estamos de promoción, papito”, me dijeron. “Por mil quinientos no vas a sentir pasar el tiempo”. Y en efecto, a su lado, yendo de unos pezones a otros, de unos labios a otros, pasaron los años sin sentirlo. Por fin me despedí de ellas. Ah, qué trabajo salirme de sus brazos. Me agarró una tormenta. Al llegar a casa había unos fulanos mal encarados, prepotentes todos. Pensé que habían ido a embargarme los muebles de la casa. Total, nos agarramos a madrazos y los acabé corriendo. Mi vieja estaba en la recámara, cosiendo mis calcetines. Estaba bien acabada la pobre, parecía mi suegra. “Mírate al espejo”, me dijo, “tú no cantas mal las rancheras”. Volver, volver. Se puso a chillar y yo le di un beso. “¿Quieres de cenar?”, me preguntó. “Pues sí”, le dije, “no he comido nada desde hace un rato”. “¿Y los cigarrros?”, volvió a preguntar. Me le quedé viendo como niño regañado y le dije la verdad: “Se me olvidaron”.

Un dios con demasiada humanidad

—Sí, soy un adúltero. No es una presunción ni una tragedia. Es una circunstancia. Yo soy el padre y el trueno. Soy el águila, el dispensador de la felicidad y la desgracia. Pastor de nubes, mi carne está a salvo de las dolencias del tiempo. Pero también soy un cisne, un cisne fornicador. No soy un dios con demasiado amor ni con demasiada calentura ni con demasiada soledad. Soy un dios con demasiada humanidad.

Hera acomoda su almohada y enciende la lámpara para leer. Mira a Zeus mirarla de reojo y, como una actriz que ha ensayado sobradamente su parlamento, dice con una voz colérica cuyo acento dramático ha perdido su eficacia:

—¿Y qué dirías si yo anduviera también revolcándome en los establos y en los bosques, en la tierra y en el cielo, eh, dime, qué dirías, amor mío?

Cumplir con el trabajo

Zeus despertó y se asomó por la ventana. Allá abajo, en el valle, los hombres apagaban las fogatas y se preparaban para las mezquinas batallas del día. No pudo ver el horizonte debido a la contaminación. Pero adivinó la línea de rosáceos dedos que indicaba un nuevo amanecer. De repente sintió un cansancio infinito. No quería tomar partido por nadie. Estaba absolutamente harto de los reclamos de su parentela; harto de las mujeres y su juventud irresponsable. Y por si fuera poco, tenía que atender su declaración de impuestos. Lo que más deseaba en ese momento era volver al lecho y echarse a dormir por toda la eternidad. Quería meterse entre las sábanas calientes y que alguien besara sus párpados y le cantara al oído. Despertó a Hera y le pidió que lo reportara enfermo. Ella se negó con palabras soeces y lo fulminó con sus ojos minerales.

—¡Poco hombre, ahora ni siquiera te sientes capaz de cumplir con tu trabajo!

Zeus miró a su esposa. “¿Quién es esta mujer?”, se preguntó, mirando a la desconocida que gruñía desde la cama revuelta. Enseguida otras preguntas lo asaltaron. Se miró al espejo y vio un par de ojos opacos, desolados, el cabello ralo y la barba completamente encanecida. Las increpaciones, desde la cama, se tornaron más agresivas. Turbado, con las mejillas sonrojadas, se puso las sandalias, tomó la égida y el carcaj donde guardaba los rayos, dio los buenos días y salió al frío del exterior.

El canto de la sirena

Odiseo escuchó la sirena, a lo lejos. En sus ojos había niebla. Su cuerpo era la casa del dolor. La sangre había expulsado los tapones de cera y le brotaba por los oídos. La colisión había destrozado la proa y el agua del mar bañaba violentamente los cuerpos de sus compañeros, también sangrantes. La sirena se escuchaba cada vez más cercana. Odiseo logró ocultarse algo entre las ropas. Un gesto inútil. Escila y Caribdis bajaron de la ambulancia y, con fingidos ademanes de paramédico, le esculcaron los bolsillos y lo despojaron del reloj y la cartera.

La pesadilla de Julio Torri

Soñó que las sirenas no cantaban para él.

Era una pesadilla recurrente.

Una mañana, por fin, se decidió a desprenderse de esa pesadilla, como de “una alimaña”, y la única manera que se le ocurrió fue perseguir a las sirenas en su famosa bicicleta.

Pero el policía del barrio, que lo conocía, lo detuvo con estas palabras:

—No son sirenas, don Julio, mírelas bien: son apenas las sirvientas de su colonia.

Y cuentan que don Julio, a partir de entonces, se aficionó a las sirvientas, para servirse de ellas, no en el sentido tradicional, sino para que le contaran cositas al oído, susurros, tiernos cuchicheos,

polvo de oro, ese tipo de cantos que levantan la carne de los hombres cuando éstos han cumplido cierta edad.

Pragmática

Le dije a la sirena:

—Pago por ver cada centímetro, el lunar, la cicatriz, esa mancha suave a mitad de tus suavísimas escamas; quiero nadar en el agua de tus ojos despiertos, que mi humedad manufacture tus bellos acociles, que nos coma la humedad los cuerpos, que salten y crucen mis besos en el jardín de sal de tu cadera. No pondré gotas de mar para tu llanto. Nada de granos de arena. Que otros te conviden desiertos. Yo te brindo agua de sal, la líquida sal de la pasión sobre la sencilla playa solitaria. Y que gaviotas y cangrejos no sean metáforas de nada.

Pero ella, la sirena, pragmática como todas las hembras, me respondió con una frase, no de agua, sino de piedra:

—Querido, lo que tú quieres es coger, pero eso es imposible.

Adolfo

“Éste no, éste tampoco, éste menos, éste sí, éste también”. Así pensaba y procedía Adolfo. Con un solo vistazo era capaz de identificar a los útiles y a los que no eran sino simples despojos. Sin tocarse el corazón ponía a un lado a los prietitos, a aquellos con la cara arrugada, a los que les faltaba un pedazo del cuerpo, a los que se-
mejaban piedras. Todos éstos eran arrojados al abismo sin ningún miramiento. Con lentísimo cuidado y admirable concentración elegía solamente a los miembros más sanos y brillantes, pensando en el exquisito futuro que les aguardaba. Y cuando su implacable labor segregacionista llegaba a su fin, Adolfo levantaba el rostro de la mesa y decía con su habitual tono de inocencia:

—Ya limpié los frijoles, mamá.

Y la señora, que oficiaba ante la estufa, esbozaba una sonrisa, feliz de que su hijo de diez años se acomodiera a ayudarle en esa tarea tan fastidiosa.

Destino

Reconozco en otros la pericia para repetir el mundo con líneas de grafito. Me inclino ante los que saben de números y máquinas. Admiro a los que ofician con la voz, a los artesanos que son diestros en parir chayotes de barro con rostro de ángeles, a los poetas que —más que nadie en el mundo— saben dónde abreva el misterio. Y en cada persona reconozco el talento, la utilidad, la cortesía.

Sólo yo no sirvo para nada. Soy incapaz de repetir la vida en un trozo de arcilla. No he sabido hacer feliz a una mujer. Nadie me llama padre. Soy menos que neófito en el tema de las máquinas.

He interrogado a Dios sobre mi absoluta inutilidad y su respuesta ha sido esta curul que acoge mi cuerpo cansado y lo consuela de su condición parasitaria. Apenas puedo, a cierta hora del día, levantar la mano para sentirme vivo.

Mi verdadera madre

Durante los años de infancia, y aun los de adolescencia, creí que la sala de cine era mi verdadera madre. No había un sitio donde me sintiera más feliz que en una sala de cine. Enterrado en la butaca de terciopelo, en la penumbra olorosa a palomitas, yo era un feto agradecido que se mantenía en un estado de inmovilidad maravillosa. La vida entraba por los ojos. Cada historia mirada en la pantalla significaba el alimento que entraba a mi cuerpo a través de un cordón umbilical hecho de luz. La luz de la vida. Y sólo el final de la película venía a dotar de movimiento a mi cuerpo, un movimiento desgraciado, fatal, esa estremecida sensación de espanto que antecede al nacimiento, el arribo al mundo frío, la expulsión de aquel paraíso tibio y maternal. Abrir las cortinas del cine después de los créditos finales desfilando por la pantalla, oyendo los últimos acordes del

soundtrack, era nacer al mundo real, a la realidad gris y fea de todos los días, en la que los hombres no son héroes o semidioses sino un hatajo de bestias hambrientas, lúbricas y anodinas que sólo aspiran a postrarse ante el papel moneda y besar los rostros de aquellos que, según la historia oficial, nos dieron patria y libertad.

El lector

—Durante una época fui un lector que hacía de cada lectura una experiencia sensorial. Quería sentir lo mismo que el personaje en turno. Si éste salía a caminar, digamos, por una calle nevada y luego se metía a un bar a tomar un whisky para calentarse, yo trataba de equiparar las condiciones climatológicas de algún modo, así que salía de casa con abrigo y bufanda y echaba a caminar por la avenida. Al final, en efecto, entraba a la cantina del barrio y pedía un whisky. Leyendo de esta manera sentía lo que *sentía* y narraba el personaje. La narración me tocaba de una manera diferente y profunda. No imaginaba al personaje bebiendo un whisky, yo me *sentía* el personaje bebiendo un whisky. Un día leí *Hambre*, de Knut Hamsun, y pasé un día entero sin probar bocado, para sentir cómo se sentía el muchacho de la historia.

—Lo que tu método revela es muy poca imaginación —le dijo alguien—. Tenías que imaginar lo que sienten los personajes, no recrear las condiciones en las que viven. Lo que hacías no tenía ninguna gracia.

—Por el contrario, lo que hacía era vivir el libro. No leía el libro, sino *entraba* en él. Entraba en las palabras, en la existencia del libro, formaba parte de la historia que se estaba contando.

—¿Leíste en esa época “Los asesinos”, de Hemingway? —preguntó la misma voz.

—Sí —respondí.

—¿Y qué hiciste para entrar en la historia?

—No te lo diré. Pero pasé dos años en la cárcel.

El gran poeta

Soñé que ganaba el mayor premio de poesía en lengua española. En la premiación, el presidente del jurado leía lo siguiente: “La historia de un hombre, la historia de un país, de una ciudad y de un clan (toda ciudad es Ítaca, en la que todos somos Nadie), la historia de un regreso amargo y tragicómico, concentradas en ochenta páginas plenas de versos sorprendentes, polifónicos, deudores a un tiempo de la poesía clásica, de la poesía prehispánica, de la tradición poética occidental de los siglos XIX y XX y de la poesía más vanguardista que pueda leerse en idioma castellano. Estamos ante un poemario de factura extraordinaria, con una inusitada y poderosa vitalidad lírica, nutrido magistralmente por voces corales en las que colisionan la sabiduría, el amor sensual, el dolor ineludible, las atormentadas epopeyas del mundo antiguo, la desolación de la vida cotidiana,

los acentos corrosivos y sentimentales de la lírica popular, la triste esperanza de lo imposible y la visión posmoderna, desarraigada y devastadora, fatal y fallida, que impregna la existencia de los hombres del presente. Este poemario del gran poeta (y aquí decía mi nombre) constituye un admirable corpus poético, de naturaleza sísmica, que irrumpe con palabras mayores y pleno derecho en el escenario lírico de la poesía en lengua española”. Luego recordé que Dios descansa los fines de semana, y que en ese periodo todos los sueños están faltos de carácter profético. Y además yo no escribo poesía.

El mariachi que odiaba a Montaigne

¿Que por qué canto ranchero? La culpa es de mi padre y de Michel de Montaigne. En su juventud mi padre era un tenaz lector de biografías y en algún libro leyó que Montaigne había recibido una educación esmerada: su padre contrató a un tutor alemán, que no hablaba francés, para que lo educara en latín. Además, todas las mañanas Michel era despertado por una orquesta de cámara, también pagada por su padre.

Cuando yo nací mi amoroso padre decidió emular al padre de Montaigne en lo que se refiere a la estimulación musical. Pero en nuestro pueblo no consiguió reunir una orquesta de cámara, nadie sabía qué era eso, y se conformó con llevarme un mariachi cada mañana. Dígame usted una cosa, después de escuchar las notas de guitarrones, violines, guitarras y trompetas durante diez años

consecutivos, ¿en qué carajos me iba yo a convertir? Claro, en un mariachi.

Y aquí estoy, mire usted, detestando a Montaigne y a mi padre y al padre de Montaigne, y cantando *El rey* a los turistas borrachos que hacen el favor de contratarnos.

Viaje a la ceremonia del pesaje

A la memoria de Alejo Carpentier

El Carnicero Zurita se levantó de la lona para recibir el temible gancho que le devolvió la vida, abrió entonces la guardia y retrajo el volado de derecha, mientras su contrincante, el de calzoncillo blanco, el Látigo Martínez, afianzaba el pie derecho y lo retiraba enseguida. El *referee* gritó que nada de golpes en la nuca y los unió en el abrazo sudoroso que duró algunos segundos. Zurita sintió que el Látigo le atenazaba el antebrazo derecho y deshizo con la zurda un gancho al hígado sin demasiada fuerza. El Látigo Martínez se sumergió en el intercambio de golpes y se retiró amenazador rumbo a las cuerdas. Danzó un poco, agitó la cabeza y tomó asiento en el banco que había puesto el *second*, mientras el *manager* le hablaba fuerte al oído. El agua subía de su cabello hacia el interior de una botella que el *manager* dejaba de agitar para devolverla a las manos del *second*.

Sonó la campana. El Carnicero Zurita se deslizó hacia la lona, pero enseguida se irguió llevando los guantes al rostro, dejando sin embargo descubierta la quijada que recibió el recto del Látigo Martínez. Éste alejó el puño derecho con una velocidad inaudita. Con este movimiento ambos boxeadores se separaron y dieron vueltas por el *ring* dibujando las fintas propias del *round* de estudio, el primero. Más tarde tocaron los himnos y luego los dos boxeadores bajaron y se dirigieron al túnel. Pasado un tiempo, acompañados de sus respectivos equipos, ambos se encontraron en la sala de prensa del hotel y se tomaron numerosas fotos. El Látigo Martínez dijo al Carnicero Zurita “Te voy a matar”. Los rostros, las narices, estaban a punto de tocarse. Al final, pasaron muy bravucones a la ceremonia del pesaje.

Francesero

Vi el anuncio pegado en el cristal de una panadería: “Francesero nocturno ofrece sus servicios”. Soy una mujer sola, independiente y librepensadora. Así que llamé y lo contraté. Llegó a las once de la noche y tocó a la puerta de mi departamento. Era un hombre mayor, con un leve encanto femenino. Para estar a tono, abrí un par de botellas de Latour Beaujolais. Me entretuvo divinamente. Sus temas iban de las *soirées* maravillosas de Versalles a las orgías de la *Belle Époque*, de Modigliani y sus putas de Montparnasse y del Moulin Rouge a las borracheras de Édith Piaf.

¡Oh, qué delicia de conversación la de ese experto francesero!

Pero lo mejor de su repertorio era, desde luego, el beso francés. Se despidió a las seis de la mañana con la promesa de volver.

La venganza

Me daba la impresión de que su fogosidad adolescente cabía a duras penas en su cuerpo de arcilla. Tenía el rostro de catequista cansada del olor del templo. Pertenecía al grupo de las mujeres hermosas del pueblo en quienes florecían racimos de jamases. Un florecimiento cotidiano, recurrente, promovido desde luego por la madre. Pero un día se casaría, inevitablemente, y lo haría con el asno de su grupo, forrado de papel moneda. Yo la podía imaginar muy bien en el festejo de sus cincuenta años. El esmeril conyugal habría limado ya por entonces la carne y los huesos, hasta llegar al tuétano, donde los aniversarios esperarían convertidos en agua envenenada. Ese pensamiento me vengaba de su indiferencia.

Premio de consolución

Amanece un día en que las nalgas de las mujeres de cincuenta empiezan a replegarse tranquila, lenta y definitivamente. Tal repliegue es hijo, a un tiempo, del abandono y la obligación. Después del conocimiento de todos los vicios no conviene sino guardarse en el reflujó muscular, que remite menos a la beatitud que a la soledad. Esas nalgas cincuentonas lo han visto todo. ¿Qué queda por vivir? Es ciertamente una pregunta triste, pero dura menos que una llovizna vespertina. Pero siempre queda un momento de alegría, de consolución. Basta que la mejor amiga recuerde el cumpleaños de la cincuentona y vaya y le lleve un pastelito de chocolate y le regale (“¡Mira lo que te traje!”) un consolador doble, modelo *king cock*.

La importancia de la disciplina

Y de qué otra manera puede uno lograr que el hijo sirva para algo en esta vida sino arrimándole el cinturón cuando niño, y jalándole fuerte la rienda cuando joven. Sé que muchos no estarán de acuerdo con mi filosofía personal y acaso piensen que soy un tirano. Y yo mismo, en las noches profundas, cuando el insomnio no me permite cerrar los ojos, me pregunto si no me habré excedido un poco en mis singulares métodos. Pero con el sol de la mañana las cosas se aclaran en mi cabeza y entiendo que me he conducido bien, después de todo. Desoigo las críticas pues provienen de la calle, de la casa del vecino o del pariente cercano. Merecerían un poco de respeto esos críticos si vinieran a calzarse mis zapatos y a vivir unos días bajo mi techo. Para criticar hay que vivir la vida desde dentro.

Insensible a mis deseos, mi hijo ha sido el mejor promotor de la disciplina que prevalece en casa. (A veces me pongo sentimental y quiero acercarme y acariciar amorosamente su cabeza, pero él me rehúye como temiendo un golpe.) Es una criatura huraña, aun con su madre y sus hermanas. Su actitud antisocial es vergonzosa. No es gratuito que algunos de sus escritos estén firmados con el seudónimo de Yerba Amarga. Es verdad que en privado, frente al espejo, soy capaz de reconocer su talento literario, pero me guardo muy bien de decírselo para no ser cómplice de una enfermiza soberbia.

Acaso de aquí a cien años su nombre será célebre y el mío permanecerá, felizmente, en la oscuridad. Mi autoridad inflexible es la que lo construye. Y no pierdo el tiempo en consideraciones sensibleras. Por ello, no dudo en gritarle a cada momento:

—¡Franz, ven acá, maldito muchacho!

Volverse a ver

Se encontraron en un velatorio. Con la mirada se dijeron “qué milagro”. Él pensó “qué buenísima se puso, con lo flaca que estaba”, y ella, viendo el mechón de canas de él, se dijo “qué interesante está” y se relamió los labios. Habían sido amantes diez años atrás y un día, simplemente, se dejaron de ver. Ahora estaban ahí, en el velorio de la esposa de un amigo en común. Repartieron abrazos y se quedaron quietos, de pie, a varios metros de distancia una de otro, con el ataúd de la difunta en medio. La funeraria tenía tres salas, una en cada piso. El velorio ocurría en la planta baja. La mujer, sin perder de vista esas canas y esos deseados ojos que la miraban con inusitado deseo, subió en busca de un baño. El hombre, que ya había madurado y sabía interpretar muy bien algunas señales femeninas, la siguió. Un rato más tarde se encontraban solos, en la tercera

sala, en penumbras, gimiendo como locas criaturas en uno de los sillones de cuero negro, ella con las piernas en alto y él clavándole el miembro durísimo, mientras de abajo subía una apagada y monótona cantilena arca de la alianza, ruega por ella, estrella de la mañana, ruega por ella...

Presumidas

—Para soda, la de Sodoma —dijo una mujer de aquel lugar, con un sonoro timbre de orgullo.

—Y para goma la de Gomorra —dijo una segunda mujer, nativa de tal ciudad, sin dejarse impresionar por la presunción de aquélla.

—Patrañas —dijo la mujer de Lot—. No hay nada como mi sal; es cien veces más sabrosa, curativa y cosmética que la del Mar Muerto.

—Veamos —dijo la primera, y le pellizó la nariz.

Las Cursivas

Eran **hermanas gemelas**. Les apodaban las Cursivas, por cursis y evasivas, y porque caminaban como inclinadas hacia adelante, parando las nalgas perfectas y orgullosas, astros en cimbreado y reiterada traslación, alimento bestial para las bestias que caminan, culos orfebres que tallaban con su danza la mirada de los mirones. A eso le llaman los sabios dar de comer a la pupila. Pan de dioses a las cinco de la tarde. Los mirones, al mirarlas, imaginaban epopeyas carnales y escribían sus efímeras y lúbricas historias en la imaginación de sus dieciocho años. Y cada mirada, con egoísta y furibunda calentura, parecía afirmar: “Las Cursivas son mías”.

Casanova

—¿Y tiene usted vicios? —preguntó en un susurro la hermosísima monja.

—Ninguno —respondió Casanova al oído de la deliciosa criatura—. Yo, de la casa al trabajo y del trabajo a la *caza*.

—No le creo, caballero.

—Créalo —dijo Casanova—. Yo por usted sería capaz de empeñar los oficios más extraños.

—¿Qué haría usted por mí?

—¡Qué no haría por usted, mi hermosa amiga! —murmuró el Caballero de Seingalt, y tomándola del talle acercó su boca al oído derecho de la hermosísima monja—. Yo por usted sería traficante de miel en el infierno, desollaría lobos con las manos y con las pieles haría un abrigo eterno para que usted nunca pase frío...

—No le creo —murmuró la muchacha.

—¡Ah, créalo, divina criatura! Yo por usted sería domador de colibríes, arrancarí­a las alas a un ángel para abanicar y refrescar su rostro —y diciéndolo la tomó de la barbilla— con un aire de suavísima santidad...

—No le creo —volvió a decir la bellísima monja con un hilo de voz.

Y a continuación cerró los ojos y, con un gesto de rendida expectación, levantó el rostro hacia el rostro de Casanova y abrió los húmedos labios.

La intolerante tercera edad

Pero, mamá, ¿cómo es que compraste un terrenito en medio del bosque? ¿Y de dónde sacaste esa loca idea de construirte una cabaña? ¿Ya tienes la licencia de construcción del ayuntamiento? ¿Y el camino, quién hará el camino? Y luego, aun creyendo que puedas conseguir irte a vivir allí, ¿quién te cuidará? ¿Te imaginas las dificultades para ir a visitarte? Yo, la verdad, no podría con esta hija en quinto de primaria y mi marido siempre fuera en viajes de negocios. Por favor, mamá, piénsalo bien. Reconozco que en estos condominios no se tiene la privacidad necesaria, pero tú también deberías reconocer que, aunque estamos un poco apretados, aquí nos podemos cuidar unas a otras, nos podemos ver. ¿Quién te atenderá si llegas a enfermarte de diabetes? ¿Quién te inyectará las dosis de insulina? Peor todavía: ¿quién te protegerá de los lobos? ¿No puedes ser como las

otras mamás, que se quedan con sus hijas, y aceptan gustosas un rincón de la casa, y se la pasan cosiendo caperucitas para sus nietas? ¿No puedes resignarte a quedarte aquí, con tu familia? Si tuvieras algo de buena voluntad podrías ir con tus amigas al parque de la tercera edad, hacer yoga, tomar clases de bailes de salón, no sé... ¡Por el amor de Dios, mamá, a quién se le ocurre irse a vivir de ermitaña en medio de un remoto bosque sombrío!

Por la vía del cloroformo

Para definirla rápidamente diré que era la mejor hembra libra por libra del vecindario. Estaba invicta en sus dos defensas y era campeona de peso ligero. Yo estaba en la lista de retadores y me moría de ganas de tumbarla en la lona y aplicarle la cuenta de protección. Pero en el fondo lo que de verdad deseaba era que ella me diera una madriza, que me reventara los labios con sus labios, que me llevara al cielo por vía del cloroformo: ese aroma que revoloteaba alrededor de su cabeza griega.

Y un día se lo dije: quiero una mujer todoterreno, ni totalmente *palazzo* ni totalmente de cieno, una mujer campana que cante en mis fiestas y doble por mis muertos, una mujer sandía, abierta a mediodía, con su pulpa roja veteada de breves pecados negros, una

mujer lagartija que forniche como diosa y reine sobre el aire y el imperio solar de mi casa y de mi lecho.

Puso cara de no entender. Y, prefiriendo sentirse ofendida, que me agarra verdaderamente a madrazos. Me metió un gancho y luego caí fulminado con un recto a la quijada.

Piropos

Estaban hablando de piropos, de los que habían inventado en esos días. Dijo uno de ellos:

—Oye éste, cabrón: eres la mujer más hermosa del mundo y una mirada tuya haría florecer el desierto más inhóspito de la tierra.

—Está muy pinche. Escucha, pendejete: tienes unos ojos mar caribe a las cinco y media de la tarde cuando la fiesta aún no comienza en la playa y el señor poniente se dispone a devorar al sol infinito una vez más.

—Uy, está mamoncísimo. Oye nomás: tus ojos son lagos donde yo me bañaría desnudo esperando que el lento ascenso de la luna llena me bañe con su luz.

—Qué asco. Ahí te va esto, puto, para que aprendas: si la belleza fuese pecado, tú no tendrías perdón de Dios y yo haría lo imposible

por hacerte cargar la amorosa cruz de mis brazos hasta el monte calvario, donde el olvido no existe ni el arrepentimiento y sólo perdura la pasión inmaculada e incesante de la carne. Eh, quióbole, cabrón, ¿cómo te quedó el oído?

Así estuvieron otro rato, fanfarroneando, soltando piropos barrocos, extraños y cultísimos.

En eso apareció una mujer hermosa, impecable y diamantina, fresca, con una perfecta sonrisa dibujada en los hermosos labios.

Los dos amigos la miraron pasar sin decirle nada.

Ni las cenizas

Cuando me daba el pecho mi madre era la Afrodita de Cnido, tenía entonces la tersa piel de los veintitantos, aromatizada con el habitual frotamiento del aceite de oliva. Para mis años de secundaria ya se había convertido en un personaje de Rubens, idéntica a una de las sirenas o nereidas que aparecen en *El desembarco de María de Médicis en el puerto de Marsella...* Y ahora, que de Edipo no me quedan ni las cenizas sino apenas un vago humo como de vela de cumpleaños, ella está hecha una verdadera Venus de Willendorf.

Hace años que mi padre se fue de casa.

Yo también preparo mis maletas.

Alzheimer

Estaba el grupo completo en el jardín del asilo, tomando el sol. Viejas y viejos sentados bajo los parasoles. Eran las doce del día. Entonces se escuchó en la calle la voz del pregonero: “¡Fierro viejo que vendan! ¡Compramos su fierro viejo!”.

Una anciana animó a su compañero de al lado:

—Ándale, Ramón, vende tu fierrito, a ver cuánto te dan. Aunque sea diez centavos son buenos.

—Pendeja, no sabes lo que dices. Aquí puro fierro dulce, del bueno, del antiguo. Tú deberías promocionar tu cueva como museo del horror, telarañas y murciélagos incluidos.

El viejo Ramón y su vieja interlocutora reían de sus ocurrencias. Esa escena se repetía a diario.

Y los viejos a su alrededor festejaban también el breve diálogo, como si lo escucharan siempre por vez primera.

Comunicado

Algunas personas me reclaman que el Partido Hedonista Cristiano de Tendencia Inmoderada, del cual soy fundador y presidente vitalicio, en estos tiempos de herrumbre ideológica, no sea sino un manojo de principios y teorías. Arguyen estas personas, a quienes llamaré mis detractores, que la justificación de un partido político, cualquiera que sea su signo, estriba en la capacidad de potenciar la movilización social en aras de un beneficio común, sin menoscabo de la habilidad para controlar los diferentes poderes en juego. Mis detractores acaso ignoran que mi instituto político se ha dado a la tarea de fundar colegios hedonistas de artes y oficios. Fue precisamente el profundo deseo de llevar el ideario hedonista cristiano al terreno fértil de la acción comunitaria lo que impulsó este gesto, sin duda patriótico, de quien esto escribe.

Quiero decir, pues, a todos aquellos individuos que perversamente colocan en entredicho la integridad política de nuestro partido que, si así lo desean, pueden acudir al colegio hedonista cristiano de artes y oficios más cercano a su domicilio y comprobar, por un lado, el nivel intelectual y moral de la planta docente y, por otro, el programa integral de educación, política y cultura que allí se desarrolla.

Pasando a otro asunto, menos enojoso, me permito avisar a todos los correligionarios de nuestro Partido Hedonista que ya recibieron su membresía, que en el plantel número dos “Caballero de Seingalt” se ha iniciado la enseñanza de los siguientes oficios:

- Traficante de miel en el infierno.
- Barbacoyero de lobos.
- Domador de colibríes.
- Lector de besos.

El colegio número tres “Vladimir Nabokov”, por su parte, inaugurará muy pronto los diplomados con valor a currículum que se enlistan a continuación:

- La importancia de la cata de hímenes en la coloración de las mejillas púberes.
- La trascendencia demográfica del dedo medio en las maquiladoras de los motores para triciclo.
- La fornicación de colegialas melindrosas como estrategia para la formación de cuadros.

Sin otro particular,

Atentamente

Sufragio afectivo, no delación

El presidente

Carne de noticiero y el delito de alto impacto

Y es así como en el gran teatro en el que actuamos, vivimos y sobrevivimos, la obra nacional se escribe a diario. Cada quien aporta una línea o una escena. Los personajes entran, dan pie y salen del escenario conforme a un misterioso y azaroso orden tragicómico. Por lo pronto, decenas de miles de muertos ya hicieron mutis (¿se convertirán en el coro griego que incendie las conciencias?). Los actores son abundantes y variados: jefes de cárteles, *lady*s y *lord*s, migrantes de todos los colores, pregoneras de la equidad de género, comerciantes del mercado negro, usuarios y consumidores que coquetean con la desmesura, atletas-ya-merito, seres bipolares, heteroflexibles o guadalupanos, “defensores de la vida”, pregoneros del matrimonio igualitario, políticos escapistas, franeleros, empresarios de la economía subterránea, activistas de buró, tuiteros,

blogueros, instagrameros. ¿Y qué decir de los temas?: leyes como lepra de las constituciones, valemadrismo delirante, secuestro exprés, narcotráfico, desempleo, trata de personas, migración, corrupción, narcocorridos, pobreza extrema, impunidad, esclavitud mediática. (Ah, y además debemos lidiar con el imperio de las cifras: penúltimo lugar en lectura de comprensión y primer lugar en obesidad.) Y por sobre todas las voces una cantilena, una música de matraca, que nos recuerda tristemente el título de aquel cuento de Martín Luis Guzmán: “La fiesta de las balas”.

En medio de este teatro sueño a veces que un comando armado asalta mi casa en las frías horas de la madrugada —como le ocurriera en la vida real al poeta Efraín Bartolomé— y el jefe, un señor oscuro, me pregunta por las armas. Y entonces yo le digo que las únicas armas en la casa son mis poemas eróticos y él, con voz tronante, se enfurece y me grita que la poesía es un delito de alto impacto. Y yo me emociono hasta el delirio.

Encuentro en las catacumbas

En las catacumbas de la historia mexicana, a primera hora de la tarde, se encontraron la pierna de Antonio López de Santa Anna y el brazo de Álvaro Obregón. Se trataba de una cita a ciegas.

—Y bien, aquí estamos, por fin —dijo Brazo.

—Sí —dijo Pierna—. Aunque esta reunión, si he de ser sincera, no es de mi completo agrado.

—No seas quisquillosa —dijo Brazo.

—No me tutee —dijo Pierna—, que no somos iguales...

—Claro que no somos iguales, eso es evidente —se defendió Brazo.

—Yo, señor, me he vestido de seda y organdí —expresó Pierna, ufana.

—¿Ah, sí? —exclamó Brazo—. ¡Pues yo ordené la muerte de incontables hombres!

—¡Y yo caminé las rutas del poder absoluto para subir al trono del mundo!

—¡Y yo abracé el cuerpo de las mujeres más hermosas de mi país!

—¡Y yo pisoteé a los hombres más estúpidos de mi nación!

La perorata furibunda continuó unos segundos más. Sin embargo, al advertir que mediante tal estrategia no llegarían a ninguna parte en el diálogo, se decidieron por el silencio antes del segundo *round* de estudio. Afuera, en la lejanía, sonaban las campanadas del bicentenario de la patria.

Y era un sonido recurrente, pero lóbrego.

El Misterio

Yo soñaba con una ciudad perfectamente planeada. En las calles que comenzaban con P, por ejemplo Pinosuárez, se vendían piñatas, pisos laminados, pinturas, y ahí se encontraba la pinacoteca nacional; en las que iniciaban con D la gente podía adquirir diademas, diamantes, discos, dentífricos, duendes de fibra de vidrio para adornar sus jardines. Me gustaba transitar, en el sueño, por las calles de Corregidora, Calandria y Colombia (República de), especialmente en esta última, en la que se hallaban los cines y las tiendas de camas, colchones y culos. Éstos se ofrecían a la clientela en amplísimos aparadores y había de todas las nacionalidades, pues el gobierno había firmado años atrás diversos tratados de libre comercio con las naciones hermanas del mundo conocido. Culos blancos, morenos, aceitunados, apiñonados, negrísimos, que yo pasaba

horas contemplando, sin mirar el precio, buscando averiguar en sus pliegues, en sus redondeces, el Misterio.

En el sueño, el Misterio me quitaba el sueño, y eso, invariablemente, tarde o temprano, me hacía despertar.

Yazmín

“Yazmín, hermosísima tapatía, piernudota, pompudita, bessémos, si no te convenzo no pagas, incluye an...”. Mi cartera estaba relativamente bien alimentada y el tiempo bailaba despacio en mi muñeca. Entré al cincoletras, ese milagro trivial que florece a la vuelta de cualquier esquina. Hice la llamada y esperé con una quemada de ron quemándome las manos. En la pantalla brillaba una alternativa, futbol o coños rasurados. Apagué el aparato y me asomé por la ventana. El mundo es diferente desde una ventana de hotel, hasta podría parecer una película interesante si no fuera porque lo mirado siempre tiene un dejo de realidad en tercera dimensión. Siempre pienso que la vida real es excesivamente literaria, que es necesario hacerla ficción para volverla verosímil.

Tocaron a la puerta.

Yazmín.

No estaba hermosísima ni era tapatía. De hecho, no era la de la foto.

Y las piernas tenían el encanto de lo imperfecto, pero las nalgas..., ah, las nalgas, ellas eran el redondo oasis en que todo ensabanado solitario piensa cuando piensa en un bálsamo nocturno que lo consuele de tanta desértica carroña. Y me consolé a lo largo y ancho de aquella redonda piel, sin pensar ni un segundo en mis tres billetes de quinientos pesos.

Promoción de la lectura

Después de la tragedia de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, se descubrió que una industria que no se vio afectada por la desaceleración económica fue la editorial. Las librerías estaban a rebosar de gente comprando libros de historia sobre Oriente Medio, fotografía, turismo, biografías, diarios, y aun volúmenes acerca del terrorismo internacional. Esta circunstancia se repitió en todas las librerías del planeta. Así que en el siguiente congreso internacional de editores, celebrado en la Gran Feria del Libro de Kuala Lumpur, uno de los magnos acuerdos fue instituir la costumbre anual de derribar la torre más emblemática de alguna nación, elegida al azar, a fin de promover entre los ciudadanos del mundo el gusto por la lectura.

La bestia iracunda

—¿No es doloroso?

—¿Qué?

—Encontrar en el Metro a la mujer de tu vida, cruzar los ojos durante siete estaciones y luego perderla para siempre.

—Sí, tan doloroso como echarle miraditas en la iglesia con aquel que quisieras llevarte a tu cama, si no fuera porque te da miedo que te salga igual de puto que tu marido.

Los esposos Jiménez, después de veinte años de casados, juegan a dialogar de esta manera, como si entablaran un duelo de tenis o una partida de conquíán. Es su manera de entretenerse, de encelarse, de herirse, de combatir a la bestia iracunda, incansable, abyecta, del tedio matrimonial.

Víctima de la crisis económica

Lo primero que hizo al entrar a la habitación del hotel fue besarme como una novia que vuelve de un viaje prolongado. Eso me gustó.

—¿Por qué te dedicas a esto? —le pregunté.

—¿Por qué? —contraatacó con evidente molestia.

—Sí, ¿por qué? —supe de inmediato que había hecho una pregunta idiota.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—No, no quieres saberlo...

—Claro que sí, cuéntame... —yo insistía como un imbécil.

—Bueno, la política económica nacional ha sido un absoluto fracaso, sin contar con que la banca de desarrollo no ha cumplido con su función de promotora del progreso económico y social,

especialmente en las áreas de empleo y productividad. Si a esto le agregas la subida del dólar, te explicarás que la situación coyuntural macro se refleja en el incremento de los índices de inflación, lo que a su vez provoca, a nivel micro, que los insumos de la canasta básica se eleven...

La interrumpí con un beso. La besé larga y profundamente mientras la ayudaba a quitarse la tanga...

—Por eso trabajo en esto —volvió a decir—, ¿y quieres saber más?...

No, no quise saber nada más. Ella pretendió abrir la boca nuevamente. No se lo permití. Supe que había cometido un error al hacerla hablar, así que mantuve ocupada su boca todo el tiempo.

El anuncio

El anuncio decía: “Se solicita estilista. Solicitud elaborada. Buena presentación”. El primero en llegar se llamaba Flaubert. Era un hombre grueso, de corbatín y bigotes segundo imperio. No tenía buena presentación. Fue rechazado. En el curso de la mañana llegaron otros. Algunos olvidaron la solicitud elaborada. Otros no eran estilistas o pretendían disfrazar su desaseo. Al filo de las seis llegó el último. En su apariencia se reunía la exquisitez del *dandy* y el aire juvenil, entre asombrado e impertinente, de quien anhela por sobre todas las cosas comerse la lumbre a puños. Extendió su solicitud. En la primera línea estaba escrito “Capote” con una letra palmer pulcra y cuidadosa. Tomó asiento y cruzó la pierna con un gesto amenerado, pero de pronto se irguió y dio unos pasos de claqué. Olía a

bourbon, y este detalle provocó que fuera rechazado también, como los otros.

El anuncio continuó en su sitio al otro día y los días que siguieron.

En el interior, amorfos peluqueros, con las uñas sucias, se afanaban en la cabeza petrificada de la Medusa. Y, sin saber por dónde comenzar, chasqueaban la lengua como cerdos.

Partido amistoso

De pie, junto a la cama, nos desnudamos con parsimonia, como muestra de respeto a la ceremonia de los himnos. Intercambiamos prendas, cual banderines, y nos dimos la mano para rubricar nuestra voluntad del *fair play*. Escogimos cancha y enseguida vino el primer beso, un silbatazo inicial, largo y penetrante. En dos pases ella quiso hacer un desborde por mi área chica. Yo tenía un buen parado y mi central resistió su primer embate. Con un despeje largo presioné sus defensas aunque mi ariete se hallaba en fuera de lugar. Ella se lanzó al contraataque y, dueña de la media cancha mediante precisas triangulaciones, mandó un balón elevado al centro de mi área que despejé como pude. Mi medio creativo controló la esférica y con dos gambetas abrió sus defensas. Pero la cancha estaba muy rápida y apenas fui capaz de pegar un sólido punterazo. El balón se metió en

el ángulo, allí donde aquél dice que las arañas hacen su nido. Fue un gol de vestidor. Desde ese momento fui dueño de las acciones. Ella protestaba todo. El partido se convirtió en un ir y venir, pleno de roces, choques, faltas fingidas y clavados. Ella intercambió posiciones y adelantó líneas queriendo empatar antes del descanso, cosa que logró en el minuto treinta con un fogonazo desde el centro del área. Yo tenía a mi central amonestado y no pude evitar la expulsión. Nos fuimos uno y uno a las regaderas, empapados en sudor, y pensando en la batalla del segundo tiempo.

Ambos sabíamos que ese marcador no iba a ser definitivo.

El imaginante

El joven escritor imaginó una historia donde los personajes nacían de la tierra, ancianos, y paulatinamente iban decreciendo, haciéndose jóvenes y al final morían a la edad en que los bebés son amamantados. Escribió emocionado esta idea en su cuaderno de notas, pensando que más tarde podría desarrollar un cuento con todas las de la ley. Por la tarde quiso regalarse un momento de esparcimiento, así que fue al cine y entró a cualquier sala, sin fijarse en el título ni en el tema de la película. El joven miró en la pantalla *El curioso caso de Benjamin Button*, dirigida por David Fincher y con Brad Pitt y Cate Blanchett en los papeles protagónicos. ¡Ésa era la historia que había imaginado, y con otros muchos detalles que a él todavía ni se le ocurrían!

Salió del cine con la boca reseca y un profundo rencor contra la vida. No era la primera vez que le pasaba. Con alarmante frecuencia comprobaba que las imágenes, ideas y tramas que asaltaban su cabeza, al cabo de las semanas o meses, o incluso años, se transformaban en películas de Hollywood, o bien eran libros ajenos escritos décadas atrás, que él, desde luego, no había leído.

Se preguntó qué sentido tenía vivir así. Pensó en el suicidio. Analizó diversos medios. Su imaginación era profusa, casi tanto como su cobardía. Escribió algunas notas, para un futuro proyecto de libro, al que titularía: “Suicídese usted mismo”. Pero alguien le informó que el libro ya existía en Estados Unidos, por lo menos desde cinco años atrás, y que había sido, por cierto, éxito de ventas.

El centauro y el poeta (homenaje a Gustave Moreau)

Se detuvo en medio de la plaza. Templó la lira y acarició las cuerdas como si un dios amable habitara entre sus dedos. Habló del sol, del movimiento que hace el corazón por la mañana. Cantó de la vida amorosa de las piedras, de las ubres de la ternura, del ritmo sordomudo de la niebla. Dijo que los besos eran vivas cicatrices, leyendas pluviales, peleas de aves del paraíso en la esquina de los labios. Habló de ese escalofrío, de ese ardor en la penumbra que se desprende de la piel cuando hay una buena canción templando las entrañas. Y acompañó con la música algunas palabras más, que sonaron como una despedida.

La multitud se disolvió a la llegada del crepúsculo y el propio poeta se perdió en las últimas calles del poblado, con el sol sangrante bañando su rostro.

Al borde de un trigal, lo esperaba el fiel centauro. Como cada tarde, éste abrazó al poeta y lo sostuvo entre sus fuertes brazos y lo llevó como un padre carga a su hijo máspreciado, como un hermano mayor lleva al pequeño héroe, al pequeño dios de la palabra que ha regalado un poco de belleza a los animales, sus hermanos.

Entre Amor y Odio

Un tío mío, tirado a la bohemia, me contó que estuvo una tarde en un coctel, de esos que los artistas y escritores aprovechan para emborracharse de gorra, con la excusa de que han sido invitados a la presentación de un libro nuevo. Mi tío era experto en enterarse de esas dichas presentaciones y caer en la primera fila, como si fuese uno de los amigos importantes del autor o los presentadores. Mi tío era un gorrón elegante y era de admirarse cómo devoraba un rato más tarde los canapés, los bocadillos, los rollitos de jamón, en fin... Mi tío tiene una sola virtud: su buena memoria. Y es capaz de citar versos y repetir las frases que dijo fulano o zutano.

Pues resulta que en la tarde referida estaba mi tío, como de costumbre, atiborrándose el gañote con los bocadillos y bajándose los con el vino blanco y el vino tinto, cuando se acercó una mujer a

tomar un canapé. Al notar su presencia, mi tío dijo: “No hay amor más sincero que el amor a la comida”. La mujer, que iba vestida como para un carnaval, volteó a mirarlo y le dijo: “Eso lo dijo George Bernard Shaw”. “Es correcto, querida señora”. Eso bastó para que mi tío y la señora entablaran una charla, salpicada de citas y ocurrencias. Esa mujer se llamaba Rita Amor. Al rato se les agregó otra señora, metida en un elegante vestido negro. Y de pronto mi tío estaba en medio de una batalla femenina de decires poéticos. La otra mujer se llamaba Eugenia Odio. Y lo que decía una lo refutaba la otra, como se sabe que suelen hacer las mujeres, que pocas veces se ponen de acuerdo entre sí.

Ahí seguía, pues, mi querido tío, enmudecido, entre Eugenia Odio y Rita Amor. Cada una defendía a sus poetas. Pero más que defender a sus autores de cabecera, defendían su personal manera de sentir y mirar el mundo, así lo entendió mi tío. Y mientras Amor citaba a don Francisco de Quevedo, con aquello de *Polvo será, mas polvo enamorado*, la otra decía ese terrible verso de don Vallejo *Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! Golpes como del odio de Dios*.

Mi tío dio un prudente paso hacia atrás y volvió a enfrentar la mesa de los bocadillos. Después, poco a poco, hizo mutis, dejando a aquellas poetisas declararse una guerra sin cuartel.

Filiaciones

Se cuenta que en aquella república los *calvinistas* seguían devotamente a Italo Calvino. Los *jacobinos* tenían por gran maestro a Jacobo Casanova y los *girondinos* idolatraban a Oliverio Girondo. Los *eluteranos*, en cambio, eran unos analfabetos un poco bestiales, que no respetaban, a nada ni a nadie, y sólo seguían su sencilla doctrina, que consistía en irrigar con sus persistentes jugos varoniles el-útero de las mujeres.

En la hora más callada

Me entrelazo en las tareas sencillas de la vida: padre de mis hijos, marido que cumple con el gasto y la faena. Alguno diría que soy un buen hombre. Pero en la hora más callada, cuando el sueño se siembra gutural en la garganta de mi esposa, pienso en otra piel y en otros ojos y un perfume se renueva en mi recuerdo, un vago perfume que vuelve sobre sus pasos y muerde y acaricia mi conciencia.

Deseo

Escribir una historia con vida propia, que sea distinta a los ojos de cada lector: tal es mi sueño, tal mi desesperación.

Índice

- 9 Libro primero
- 11 La conciencia de las tareas
- 13 El fogonazo de la historia
- 21 El invierno conversa con los muertos
- 29 Reconstruir el paraíso
- 41 El tercer jurado
- 45 Sin abuela
- 47 La cabeza

49	Ventajas de no ser un genio
51	Apocalipsis ahora
53	Amasijo y Transfiguración
55	La camisola
59	¿Qué es la realidad?
61	<i>The Second Coming Project</i>
65	Famosos
69	Mil maneras de morir
71	Rosca de Reyes
73	Pedir prestado
75	¿Qué has hecho, Rosario?
77	Recado en la contestadora
79	<i>After day</i>
81	Prólogo
85	Padre Tiempo. Señora Blanca
87	Libro segundo

- 117 Granada de fragmentación
(Cuentos y brevedades)
- 119 El nuevo continente
- 127 Con Madonna, a la luna
- 145 Reina del sur
- 149 Ninis paleolíticos
- 155 El simio que quería ser escritor
- 159 Piedra y hombre
- 163 Beneficios de la menopausia
- 167 Como enanos
- 169 Mía
- 171 Instrucciones para subir una escalera eléctrica
- 175 Herbolaria
- 177 Brevedades
- 179 Decálogo
- 181 Los cigarros
- 183 Un dios con demasiada humanidad

185	Cumplir con el trabajo
187	El canto de la sirena
189	La pesadilla de Julio Torri
191	Pragmática
193	Adolfo
195	Destino
197	Mi verdadera madre
199	El lector
201	El gran poeta
203	El mariachi que odiaba a Montaigne
205	Viaje a la ceremonia del pesaje
207	Francesero
209	La venganza
211	Premio de consolación
213	La importancia de la disciplina
215	Volverse a ver
217	Presumidas
219	Las Cursivas
221	Casanova

223	La intolerante tercera edad
225	Por la vía del cloroformo
227	Piropos
229	Ni las cenizas
231	Alzheimer
233	Comunicado
235	Carne de noticiero y el delito de alto impacto
237	Encuentro en las catacumbas
239	El Misterio
241	Yazmín
243	Promoción de la lectura
245	La bestia iracunda
247	Víctima de la crisis económica
249	El anuncio
251	Partido amistoso
253	El imaginante
255	El centauro y el poeta (homenaje a Gustave Moreau)
257	Entre Amor y Odio
259	Filiaciones

261 En la hora más callada

263 Deseo



Camisa

negra, de Marco Aurelio

Chavezmaya, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta, Erika Yanet Medina Trinidad (como parte de sus prácticas profesionales) y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

